

F. José Alcántara



La muerte le sienta bien a Villalobos

Premio Eugenio Nadal
1954



Lectulandia

La muerte le sienta bien a Villalobos es la paradoja de cómo un fallecimiento saca del entumecimiento a una población rural de la España franquista, de cómo la muerte trae la vida al pueblo.

Humor y ternura son ingredientes estéticos que a menudo se ofrecen aliados, entrelazados, tal como si pidiesen vivir en indisoluble pareja; ingredientes, por otra parte, de nada fácil manejo. Alcántara ha visto un asunto —la muerte de doña Paula y la conmoción que por espacio de casi un día hace presa en el vecindario de Villalobos—, apto para ser tratado por vía humorística, y en su tratamiento acierta no pocas veces: en personajes, en situaciones, en el enredo de la fábula. Acá y allá percibe el lector una leve y tierna vaharada emotiva, a cargo, por ejemplo, de las inocentes monjitas del Hospital de Afuera, ya en la última parte del volumen.

La acción de la novela sucede en un pueblo castellano, pero en ella no hay asomos ni de costumbrismo ni de ruralismo; la acción es una sola, sin dispersión ni simultaneidad algunas, y todos los actores de la misma, con olvido de su propia y personal peripecia, viven únicamente para la peripecia colectiva. (Antonio y la Cinda, los dos enamorados a los que la muerte de la señora sienta bien, son caso aparte; lo mismo que las religiosas del Hospital de Afuera, monjas de clausura).

La muerte le sienta bien a Villalobos tiene una intención burlesca y satírica que divierte y convence. Es un libro escrito con suelta fluidez y cierta ternura, pero parece que el novelista atiende más a la burla, al trazo caricaturesco, al enmarañamiento regocijante de la intriga que a promover sensaciones delicadas.

En 1977 TVE realizó una adaptación televisiva de esta novela, en ocho capítulos, protagonizada por Alfonso del Real y Amparo Pamplona.

Lectulandia

Francisco José Alcántara

La muerte le sienta bien a Villalobos

ePub r1.0

Artifex 08.05.14

Título original: *La muerte le sienta bien a Villalobos*
Francisco José Alcántara, 1955

Editor digital: Artifex
a partir de un pdf de Koriel
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRELUDIO

LA MADRUGADA

Para que no lo lea el que no quiera leerlo.

ES POSIBLE que en Villalobos hayan estado alguna vez de acuerdo los relojes. Nadie sabe si de eso se habla aún y si los más viejos tienen memoria de un fenómeno tan extraordinario. Que cada reloj empiece a dar una hora determinada cuando el vecino hace tiempo que acabó de sonarla, es lo vulgar y corriente en Villalobos, y nadie creería otra cosa si se la contaran.

Por ejemplo, esta hora de la madrugada. Lentamente se han descolgado las campanadas de la Parroquia; estas despertaron al reloj del Ayuntamiento, que a su vez hizo bostezar al esquilón pequeño del Hospital de Afuera. No crean: todo en poco tiempo. De tal manera que las agujas de la Parroquia pasaban sobre los minutos cercanos al cuarto cuando las vocecillas del Hospital dejaron de quejarse por el madrugón.

¿Qué es un cuarto de hora en estos tiempos y de madrugada?

En el horizonte, la noche empieza a palidecer. Hay un rizo en las mieses azuladas, encima de la meseta total de esta tierra agazapada a los lados de la carretera, cuando el día se asoma recostado en la línea lejana donde todos los caminos concluyen. Las ondas de la última campanada estremecen todavía el aire y, a lo lejos, tiemblan las estrellas en el estanque del espacio.

Dicen que es necesario invocar a alguien cuando se empieza un canto. ¿Y a quién voy a invocar yo al comenzar el mío, si no hay musa, ni diosa, ni siquiera mujer que me asista?

A no ser que llame a esa que sale a la trilla...

Te invocaré a ti, al pueblo horizontal, al caserío extraviado en esta tierra con pasos de andar; suelo de mesones, ventorros y muleros malcriados. Invocaré a tus relojes desacordes, a tus adobes encalados, uno encima de otro, hasta escalar la torre. A ti, que yaces aún en la sombra y no te veo.

¿Dónde estás tú, con quien hablo mientras la noche palidece y la luz avanza desde el horizonte?

También te has escondido, también te has agazapado junto a la carretera, desposeído de todo lo que eres cada día, de tus tejados polvorientos, de tu torre amazotada, de tus calles y de tus gentes.

En la penumbra no se te ve, porque eres igual a toda la tierra que gira en torno a ti, bautizada de horizontes, toda holocausto a los vientos de los cuatro ángulos.

Por fin, mientras la luz crece, veo desenvolverse tu sombra. Eres el mismo de ayer cuando anochecía y estoy seguro de que mañana seguirás igual a ti mismo, como un escarabajo pisoteado contra el polvo calcinado.

Villalobos: si estás ahí, si tú eres esa sombra, seguramente has oído mi

invocación. Porque dicen que es necesario invocarte. Te veo en el desperezo matinal, cuando salen tus labriegos a la mies, tus mozas a la fuente y tus ediles al servicio. Sigues bostezando, aburrido en la llanada, aplastado contra el cobijo de la meseta en la que creces igual que los cardos, polvoriento y huraño, semejante a otros pueblos menos importantes que tú.

En Villalobos, la madrugada es igual que en todos los pueblos de Castilla, aun los menos importantes. Realmente, esta función de amanecer, tan elemental, como todo lo que se fragua en la Naturaleza, no distingue partidos judiciales: le basta que un reloj cualquiera dé cierto número de campanadas en verano y otro número determinado de campanadas en invierno, para que mecánicamente todo se ponga en marcha.

Como por ensalmo, el grillo que ha aturcido a las mieses durante toda la noche con su chirrido, empieza a vacilar; se siente inseguro.

—Cri, cri...

Después insiste, oyéndose a sí mismo:

—Cri, cri, cri...

Y por fin se calla.

Esa es la señal que está esperando todo un universo a punto de bostezo. Como si de pronto se desencadenaran fuerzas ocultas encima de la meseta, todo lo que estaba dormido se pone en movimiento mientras la luz avanza por una senda de colores: las perdices dan sus golpes y corretean entre las aristas del trigal. Una algarabía de vencejos traza su geometría laberíntica sobre los tejados, de cara al día que surge tímidamente en el fondo de la llanada. En adelante ya no será tan fácil percibir el desacuerdo de los relojes que miden la jornada en Villalobos.

El pueblo está ahí, desde la torre de la Parroquia hasta el camino del Hospital de Afuera. Es inverosímil el estoicismo con que estos pueblos castellanos asisten cada día al espectáculo de la madrugada: diríase que están aburridos de presenciar lo mismo, una sucesión de luces anaranjadas, rojas, azules y blancas por fin. Hay una claridad fresca y tierna sobre el arroyo que bordea el pueblo. Los tejados resucitan de la palidez nocturna y vuelven a vivir: también ellos tienen su vida, con añoranzas de cigüeñas y de golondrinas. Una mujer sale a dejar la basura en el camino. Vuelven a pasar grupos de labradores. Hay puertas que se abren tímidamente con un chirrido; igual las ventanas. Las vecinas se saludan desde ahora con la misma voz monótona con que hablarán durante todo el día. Puede decirse que en Villalobos, como en otros pueblos de menos importancia, las vecinas no tienen en realidad demasiadas cosas que hacer.

Y entre tanto, fuera del pueblo, la salida del sol impone un silencio de espera en toda la tierra con pasos de anclar.

Es el instante en que ocurre algo mientras el pueblo bosteza impersonal.

Es por ese camino. El de la derecha. Donde está aquella luz.

Hay algunas sombras que se mueven con precipitación. La alquería de los Gormaz de la Oropesa: gente de abolengo, que han ido pasando por la historia de Villalobos como un torrente de venturas y desdichas. Ahora, los Gormaz de la Oropesa están a punto de extinguirse, porque la pobre doña Paula ha sido siempre una solterona empedernida contra viento y marea de tentaciones, halagos y partidos.

En la vieja alquería las gentes se mueven de puntillas. Acuden a un lugar concreto, con alarma, en silencio, con miedo.

No puede ser otra cosa: alguien está muriendo allí. Es posible que alguien esté muriendo, porque siempre se muere cuando nace el día. En las primeras horas, en el silencio.

Ahora Villalobos es un pueblo anaranjado de adobes y cal. Un pueblo redondo, como un insecto de colores brillantes en medio de la igualdad del campo. Hay una voluptuosidad calculada, perezosa, en cada amanecer de la meseta: una caricia excesiva de la mañana para una piel tan rugosa y tan vieja.

El grillo rasca aún los élitros excitado por la luz.

—Cri, cri, cri...

Hace, entre el trigo. Y vuelve a callarse; no tornará al virtuosismo unísono de su concierto hasta que el calor de mediodía le hierva en la cabeza.

Una codorniz responde a otra y todas salen por fin en desbandada. Y en el cielo, la algarabía de vencejos se diluye en la claridad como una cascada de gritos y de alas impalpables.

Pero allí, en la vieja alquería, alguien ha muerto. Acaba de hacerlo, en un silencio elemental. En el instante en que la brisa se detiene:

—Chis...

El momento en que los astros se retiran y el sol aún no besa el caserío. Cuando la vida es pálida todavía y los colores absolutos de esta tierra no han regresado de su peregrinación nocturna.

Sospechamos lo que ocurre, porque la Gumer, que nunca sale a estas horas, corre por el camino del pueblo con su trote de can.

Después, cuando el vecindario se despierte, las gentes lo sabrán como se saben estas cosas en Villalobos. Uno habrá muerto. Bien: nada habrá cambiado. ¿O es que todo habrá cambiado para alguien? El día sigue su ruta hacia Castilla. Es un día azul, un áspero día azul de junio. Una jornada más que se estrella en el caserío de adobes y cal. Se retira; ataca otra vez; vacila y vuelve a avanzar. Lo llena todo, restaurándolo en la secular monotonía. Las calles, las plazuelas, los trigales.

El esquilón del Hospital de Afuera casca el aire con sus inquietudes de monja madrugadora. Las hermanas estarán entrando de dos en dos en la pequeña capilla toda revocada de blanco. Harán sus genuflexiones simétricas, inclinarán la cabeza

ante el Altísimo, se darán las espaldas y cada una entrará en su banco, de la misma manera que lo hicieron ayer, no de otro modo a como lo harán mañana.

Después el esquilón volverá a cantar una vez más y las voces blancas, nasales, gangosas, de las monjitas, entonarán con la languidez de siempre:

—*Venite exultemus domino...*

Porque eso es lo que entonaron ayer y lo que seguirán diciendo todas las mañanas a la misma hora las monjitas del Hospital de Afuera.

Algunas ventanas siguen abriéndose en Villalobos y las vecinas cuelgan las pelambres a la calle, comentando:

—Era la Gumer. Que te lo digo yo, que la he visto bien.

—Calla, Ciri. La Gumer estará bien dormida a estas horas. ¿Cómo va a venir desde allá?

—Que la he visto con estos ojos, mujer.

—Los ojos los tienes cerraos aún, tonta. Déjate de fantasías.

Después suenan las campanas de la Parroquia. Son unas campanas broncas, destempladas, como la risa de una vieja.

Hay pocos pueblos en Castilla que tengan estas campanas de Villalobos: las hizo poner monseñor Robledo, que después fué obispo del Burgo, cuando aún era párroco de Villalobos, Pero de esto hará ya setenta y cinco años.

Varias sombras negras, fugitivas por la plaza recién nacida, se acercan a la iglesia. Se agrupan, entran.

Detrás de ellas, el sol se ha quedado a la puerta.

PRIMERA PARTE

LA MAÑANA

EL SEÑOR PÁRROCO de Villalobos acababa de decir a sus feligreses que la misa estaba terminada y que podían retirarse.

Era extraordinario que desde hacía siete años y medio justamente, el señor párroco de Villalobos pensara siempre las mismas cosas al volverse de cara al pueblo para decirle que la misa había terminado y que podían marcharse.

Al señor cura le invadía a esa hora una especie de nostalgia de hombres en la iglesia, porque le parecía que el Señor debía aburrirse tanto como él de mirar siempre las mismas caras apergaminadas, los mismos labios bisbiseantes y las mismas manos sarmentosas con idénticos rosarios.

Nunca había ocurrido que el cura párroco de Villalobos viera, al volverse de cara a sus fieles, al señor alcalde o al secretario, ni siquiera al maestro o al tabernero.

Viejas y siempre viejas. Vestidas de negro, con sayas amplias y macizos pañolones hasta las cejas. Viejas que le miraban con unos ojuelos mortificantes, suspicaces y cabestrones. Rezaban con un siseo que le estorbaba el rezo de la Colecta y la lectura de la Epístola. Muchas veces, por lo bajo, había murmurado mientras el hijo de la sacristana le servía el vino para la consagración:

—¡Recontra, la Castañera! Creerá que si reza bajo no la oye ni Dios.

Pero la mayoría de las veces era el mismo monaguillo el que se llevaba lo mejorcito de los truenos, porque en la ceremonia del lavabo se le iba la mano en echar agua.

—...*ut audiam vocem laudis...* ¡Imbécil, me has echado el agua hasta los codos! ¡Quita de ahí, rediez!

Y daba un discreto y significativo empellón al hijo de la sacristana, que se quedaba así, con el agua chorreándole hasta las alpargatas, pasmado por aquel ensalmo de latines y romances más recio que las voces de un mulero.

Pero las viejas seguían ajenas a lo que ocurría en el presbiterio, ensartando trisagios en el bisbiseo de sus bocas desdentadas.

Al señor párroco de Villalobos le parecía, siempre que salía camino de la sacristía al concluir la misa, que el Señor agradecería lo mismo que él un pequeño cambio en los acostumbradores del templo, y que no estarían mal que el señor alcalde, el tabernero, el maestro y el secretario asomaran de vez en cuando por allí la oreja.

En semejantes ocasiones, al señor cura le venían verdaderas ganas de guiñarle el ojo al Santísimo mientras hacía la genuflexión antes de retirarse, porque el señor párroco sospechaba que el Señor se sabía de memoria tan bien como él mismo un sermoncito que tenía preparado sobre ciertas verdades y ciertos vicios, para espetarlo en la primera ocasión en que aquellos hombrones del pueblo se pusieron a tiro de su lengua.

Más de una vez había deseado que alguno de aquellos muriera, porque no le cabía duda de que la muerte de un pícaro de esos era una buena ocasión para que sus

compinches vinieran al funeral y oyeran unas cuantas cosas que les hacían falta. Pero en seguida se había arrepentido de sus deseos, porque le parecía que al Señor no podía saberle bien que por ganas de soltar un sermón el señor cura deseara la muerte de nadie.

Pero esta vez lo deseó más que nunca. Era la única manera de frenar la orgía que se desataba en Villalobos, precisamente por estas fechas, cuando se acercaba la fiesta de la Patrona. ¡Si los hombres se reunieran en la iglesia y pudiera hablarles claro! Con las mujeres no se puede: no saben, no entienden por claro que se hable. Ellas, a rezar.

Y pidió al Señor, mientras agradecía el beneficio diario de la misa, que le mandara algún acontecimiento gordo. En lo subterráneo de su conciencia pasó, imperceptible, la imagen de una muerte: el tabernero, el maestro... el alcalde. ¡No! Eso, no... Otra cosa. Cualquier cosa. Cualquier cosa que les haga pasar por el aro.

Una buena pedrisca es un medio eficaz de que hasta los hombres vengan a las rogativas. Entonces se les puede hablar del infierno.

El párroco de Villalobos rechazó horrorizado la idea de la pedrisca, porque también él tenía sus trigos, y además los de doña Paula rendían siempre buenos diezmos a la iglesia.

Rápidamente pensó en diversas cosas. Un incendio. No: un incendio puede correrse y en la iglesia siempre hay mucho que arder. Una epidemia... Imposible: él era viejo y caería el primero, porque sus obligaciones le meterían en la boca del lobo, mientras que el calzonazos del alcalde y el herejote del maestro pondrían tierra por medio y saldrían a mil leguas de Villalobos. Una crecida del río. Pero, ¿dónde estaba el río? El arroyo donde lavaban las mujeres, aunque creciera mil veces más de su tamaño, no tendría ni para inundar un chaparral que había junto a la fuente.

Entonces era cuando al buen cura desde el subterráneo de su conciencia le subía una vez más la idea de la muerte como un remedio eficaz. El cura de Villalobos sabía que la muerte era una de las cosas más saludables que podían ocurrir en Villalobos. Siempre había sido así: nadie sabía por qué, pero el caso es que a los funerales de cualquiera acudía todo el pueblo, hasta los hombres, y por un momento parecía que todos los vecinos de Villalobos participaban de las ideas del señor párroco, que indudablemente eran las ideas de Dios.

Pero era en el preciso momento en que el párroco con timidez escogía la víctima propicia entre los enemigos de la fe, cuando debía interrumpir la acción de gracias porque la Isabel le llamaba al desayuno.

Para entonces el sacristán había apagado todas las velas menos las de las ánimas. Quedaban las viejas más recalcitrantes. Y el párroco de Villalobos desaparecía de junto al altar, con una sonrisa que tenía muy poco de angélica, porque indudablemente eran graciosas las ocurrencias del demonio para turbarle sus

oraciones.

Por tercera vez tuvo que interrumpir el rezo del breviario. Levantó su vista fatigada. Husmeó rápidamente en el aire, aguzando sus orejas puntiagudas y llenas de pelo blanco, hacia el rincón de su casa de donde venían los gritos.

(Villalobos tiene una hermosa casa parroquial. Es un edificio amplio, de aspecto rústico, con sus aleros carcomidos por el tiempo y bordados por nidos de vencejos que hacen allí su estío. Hay un soleado patio interior, con algunas mecedoras a medio desvencijar y una parra en la parte trasera, donde el cura tiene su minúsculo huerto.

La casa parroquial comprende dos pisos. El bajo es ordinario y sombrío, con grandes estancias donde nadie vive ni se hace nada. Pero en el segundo hay una magnífica galería que da a la plaza donde está la iglesia, que es la misma del ayuntamiento, del puesto de teléfonos y del pequeño edificio de correos, de donde sale el cartero cada mañana para barrer las calles después de repartir la correspondencia.

En esta galería del segundo piso estaba sentado don Jenaro para rezar el oficio del día. Había dicho su misa temprano, como cada mañana; igualmente acababa de resistir a las tentaciones consabidas, con las que el enemigo trataba de impedir sus oraciones, y el ama le había espabilado ya el tradicional desayuno, de manera que no le quedaba sino mecerse tranquilamente al arrullo de los salmos y antifonas.

Pero estaba de Dios que aquel día tenía que vencer el enemigo. Ni los pensamientos necrológicos se habían esfumado como otras veces, ni el breviario puede descansar en sus manos con tranquilidad.

Que el sacristán quiere saber cómo hay que adornar el altar de Santa Olegaria para la novena que empieza esta tarde. «Porque ya han venido las mujeres a ayudar, ¿sabe usted?»

Que el ama pide dinero para la compra. «Hay que madrugar, señor cura. Porque esas lagartonas suben los precios con las horas.» Y que hay que levantarse a dárselo, porque todo el dinero de las misas está ahí, en un cofre de hierro, detrás del escritorio.

Pero ahora la cosa parece algo más seria, a juzgar por los gritos que se acercan desde la escalera y estallan a sus espaldas.)

—¡Señor cura! ¡Señor cura!

El ama traía una cara despavorida, igual que si acabara de ver al mismísimo diablo en la escalera.

Don Jenaro se revolvió impaciente.

—*In conspectu tuo...* ¿Qué demonios ocurre ahora?

Siempre, en ocasiones semejantes, el cura de Villalobos hacía una algarabía de latines y romances.

—¡Ay, señor cura! Ha muerto la vieja.

El párroco de Villalobos arqueó las cejas impaciente.

—¿Qué vieja ni qué castañas?

—¡Ay, señor cura! ¿No sabe?

Don Jenaro se quedó mirando a la mujer como si estuviera delante de una loca.

—¿Cómo he de saberlo, concho, si no me lo dices?

Isabel, el ama del cura, era una mujer cuarentona, corpulenta y magra, sin demasiados colores en las mejillas, a vuelta de quehaceres. Coronaba su cabeza con un moño altivo, sonreía sólo en ocasiones muy solemnes, hablaba en todas las ocasiones aún en las de menor solemnidad y lo hacía con tal precipitación que nunca decía «Villalobos», sino «Villaobos».

—Doña Paula, la señora —informó ahora con un gimoteo.

—¡Cristo! —vociferó el cura, levantándose—. ¿Cómo no me ha avisado antes de morirse?

La buena mujer le miraba atónita. Ahora era ella la que parecía tener ante sí a un demente, porque el rostro del cura se había puesto al rojo vivo, estallante, hasta tensársele la piel de la sotabarba.

(Es de notar que el señor cura de Villalobos tenía una hermosa papada y que esta era lo primero que se pigmentaba de color brillante cuando el humor del párroco subía de grado.)

—Cuando vino la Gumer ya era tarde. Está abajo esperando —balbució la Isabel, atolondrada, con más ganas de salir del paso que un ratero entre los civiles.

—¡Qué esperando ni qué chanfollas! —bramó el presbítero—. ¿Acaso el demonio espera? ¡*Vade retro!* Ya me estás trayendo el hisopo de ahí al lado, y la teja y el manteo. Y avisas al sacristán que encienda dos velas a las Ánimas, y al monaguillo que toque las campanas. A rebato. No, a rebato no; se enteraría el Plicio demasiado pronto. Ese condenado, que no aparezca por todo esto si no quiere que le arree más hisopazos que a la difunta. Tengo que ir yo antes que nadie a la alquería. Haz lo que te he dicho, y pronto. ¿Qué haces ahí como un pasmarote? ¡Diantre! ¿No te moverás?

La pobre Isabel estaba pasmada, en realidad, tratando de sorber la retahíla que con voz de trueno acababa de soltarle don Jenaro.

Con indecisión comenzó a moverse de un lado a otro.

Por fin voló por el hisopo y volvió con la teja y el manteo. Al dárselos, preguntaba:

—¿No tomará su huevo ahora, señor cura?

—¡Qué huevo ni qué...! Bueno, tráelo —filosofó—. La mañana es larga y lo de doña Paula me llevará tiempo.

Y siguió rezongando mientras el ama se iba para preparar el huevo:

—¡Morirse! No hay que hacer más que eso: morirse esa vieja estúpida así como así, sin decir esta boca es mía, con todo lo que deja por delante.

Devoró el huevo sin sentarse apenas. La Isabel le dejó un instante para avisar al sacristán; de manera que cuando don Jenaro salía de la casa parroquial ya sonaban las campanas lanzadas a un toque desaforado, en el que había mezcladas algunas notas de duelo en medio del rebato que el monaguillo había tomado al galope.

Aunque al señor alcalde de Villalobos no le hubiera dado qué pensar la desacostumbrada carrerilla del párroco por mitad de la plaza donde estaban el Ayuntamiento, la Parroquia, Correos y Teléfonos, hubiese bastado la llegada del secretario, pálido y descompuesto, jadeante como un muchacho después de un buen partido de pelota, para que algo le oliera mal en todo el ajetreo de esta hermosa mañana de junio.

(Las mañanas de junio son todas hermosas en Villalobos, pero esta lo era de un modo especial para el alcalde, porque, contra lo avisado desde la capital, no vendrían por entonces los empleados del poder cívico a comadrear ni fisgonear un poco por el pueblo y sus campos.

Así lo explicaba lacónicamente el telegrama que le acababan de transmitir, y él podía estar satisfecho de ese inopinado triunfo de su diplomacia, pues por entonces nadie en la capital sabría el cereal que había calculado para sus arcas privadas; ni por qué el pueblo murmuraba tan testarudamente desde hacía unos días sobre su primera autoridad legítima.

Esto de la autoridad legítima venía a la mente del alcalde de Villalobos siempre que el cura pasaba por delante del Ayuntamiento, porque el párroco se tomaba de vez en cuando la autoridad por montera y hacía cosas que, ¡vamos!, no le tocaban por ningún título.)

El alcalde se volvió al secretario y le sonrió con una benevolencia casi paternal, que el secretario hubiera agradecido si no supiera lo que sabía y lo que iba a suceder en cuanto se lo contara a la primera autoridad de Villalobos y «de por todo esto».

—¡Señor alcalde, ha muerto la señora! —graznó con un gesto angustioso de comparsa en tarde de estreno.

El alcalde se volvió de nuevo al secretario, pero ya no le sonreía paternalmente.

—¡Bruto! ¡Qué señora ni qué m...!

La congoja del secretario se hizo inaguantable cuando tuvo que nombrar a la difunta.

—¡Doña Paula, señor alcalde!

La primera autoridad de Villalobos se plantó delante de su secretario con la cara como una berenjena a punto de madurar. La sonrisa paternal se había convertido en un rayo capaz de hacer polvo al secretario si este ya no viniera bastante deshecho por su precipitada carrera desde la iglesia.

—¿Qué dices, animal? ¡La señora no ha podido morir sin decir nada!

El secretario quemó sus naves antes de hablar:

—Ha muerto. Como yo me llamo...

—¡Tú no te llamas nada, so borrico! Doña Paula no se muere así como así. Me hubieran avisado las dos brujas que tiene en la alquería.

Al secretario le quedaban ánimos aún para saborear un triunfo sobre la tozudez del alcalde.

—Pues la Isabel me ha dicho que el cura salió como alma que lleva el diablo en cuanto supo lo de la señora.

Fué entonces cuando el alcalde de Villalobos se dio cuenta de que había husmeado algo excepcional en la carrerilla desacostumbrada de don Jenaro.

Avanzó hacia el secretario, le hizo a un lado de un empujón, y bramó como un tigre real en su jaula de circo:

—¡Pedazo de bestia! ¿A qué has aguardao para decírmelo? ¿No sabes que soy la primera autoridad de por todo esto?

El secretario tembló como una caña que tenía la facultad de pensar en su puesto, en sus garbanzos y en la parte que le tocaba en el estival reparto de unas buenas parcelas de cereales.

(¡Estaba tan precioso el trigo ya casi dorado en los campos! Al secretario se le estremecía la vena lírica siempre que pensaba en los trigales. Y sólo hacía una semana que el alcalde, generosamente, le había prometido aquel puñado de granos para él y su podrida familia.)

—Tráeme inmediatamente la vara. La capa también, y el chambergo. No, espera: tráeme el sombrero de cuando voy a la capital. ¿Qué se ha creído ese curazo del demonio? Avisa a mi mujer que no volveré hasta antes de comer. Que me cueza un buen trozo de jamón del último de la matanza y que ponga hoy vino abundante. Que prepare comida lo menos para otros seis. Y tú no te estés ahí parado. No vengas conmigo: lo echarías todo a perder. ¡Y ojo, que no lo sepa nadie!

Todavía le dio al secretario tiempo a balbucir:

—¿Adonde va a estas horas, señor alcalde?

—¡Si serás bestia! ¿Pues adonde he de ir sino a la alquería de la señora para ver si está muerta?

Y si lo está, ¡como te juro por estas, que para resucitarla!

Y poniéndose la capa y el sombrero de sus idas a la capital, y empuñando la vara de su jerarquía temible, que le acercaba el secretario, salió de la enorme estancia dando un buen portazo, para que nadie dudase de que era el alcalde quien salía.

Fueron la muchacha de la honestidad a toda prueba y la mujer de la boca torcida las primeras en oír, cuando salían de la parroquial, el originalísimo toque a rebato de las campanas de la iglesia.

La muchacha de la honestidad a toda prueba hizo un gesto instintivo de retroceder, como si ante ella aullara toda la soldadesca de un ejército invasor. La mujer de la boca torcida la enderezó en una sonrisa, y se relamió, golosa, porque indudablemente aquel toque daría que hablar en Villalobos.

—¿Has oído?

—Cosas del cura, hija. Algún carnero que habrá perdido.

A la muchacha de la honestidad a toda prueba no le parecía bien que su compañera hablara con esa libertad de las cosas de la iglesia, pero prefirió callarse, porque estaba bastante asustada con el ruido desaforado de las campanas.

Se acercaron a la casa parroquial y llamaron a voces al ama. La Isabel bajó, despavorida por la impresión de la noticia.

—¿Se puede saber qué sucede, Isabel?

El ama abrió los ojos como dos nueces redondas e inmóviles.

—¿Pero no lo sabéis? Fijaos —miró a un lado y a otro. Después bajó la voz, inclinó la cara para que el aire no llevase sus palabras a otros oídos menos discretos que los de la mujer de la boca torcida y de la muchacha de la honestidad a toda prueba—: Ha muerto doña Paula, la vieja.

—¡Oh! —emitieron un gritito a la vez. Después se miraron atolondradas y no dijeron más.

Por fin, con una voz pálida, la mujer de la boca torcida indagó:

—¿Cuándo ha sido?

—De madrugada. Algo increíble. ¡Vaya susto que se ha llevado el bueno de don Jenaro!

—Y que lo digas, hija. ¡Con los cuartos que hay por medio! Y, ¿no se sabe nada de la muerte?

—La Gumer vino después de la misa y me lo dijo. Sofocada venía la pobre. Un soponcio. Para que veáis, cuando menos se espera... ¡Y en vísperas de arreglar el testamento, como se lo había prometido al señor párroco! Cualquiera sabe lo que ha pasado.

—¡Dios mío! —farfulló la mujer de la boca torcida; porque la muchacha de la honestidad a toda prueba estaba heroicamente decidida a no desplegar los labios—. ¡Ahora se lo llevará todo ese sinvergüenza del alcalde! Y las ánimas se quedarán sin un céntimo; ¿qué va a ser de las pobrecitas?

(Villalobos, como casi todos los pueblos que se precian de algo en la comarca, tiene sus ánimas que aúllan ciertas noches a horas determinadas de antemano por un implacable calendario muy acreditado en la población. Son ánimas pecadoras que no purgaron suficientemente sus culpas en esta vida; ánimas murmuradoras que charlaron demasiado entre dientes, con gran detrimento de la piel ajena; ánimas de personas ricas que no dieron limosna a la parroquia; ánimas de truhanes bebedores

que gritaron a voz en cuello sus noches de orgía por las calles pacíficas del pueblo y turbaron el precario sueño de las beatas madrugadoras; ánimas que purgan ahora sus bellaquerías, caminando por los mismos polvos y cienos y arrastrando sus cadenas con un ruido que sólo se deja sentir de doce a una y cuarto, o a las horas precisas en que los pecadores de Villalobos se acuerdan menos de que son feligreses de don Jenaro. A estas ánimas se refería la mujer de la boca torcida cuando hablaba con el ama del cura en esa hermosa mañana de junio, cuando los trigos ya habían comenzado a amarillear.)

—No sé qué va a pasar —murmuró la Isabel. De pronto sus ojos se iluminaron dejando a un lado la tristeza. Un brillo malicioso le flotaba en las pupilas cuando se volvió hacia la plaza—: Mírenlo: ahí va el diablo del alcaldote, con su vara y todo.

—Mala liendre...

Y la mujer de la boca torcida no concluyó su denuesto, porque un nuevo toque de rebato le recordó que debía santiguarse por el alma de doña Paula.

Las campanas de la torre parroquial de Villalobos son unas campanas feroces de voz cascada y bronca. Nadie conoce su historia, ni sabe de dónde proceden en realidad. Los fieles de Villalobos sienten un sagrado temor por el sonido de esas campanas hechas para convocar ante tribunales de ángeles terribles. Es frecuente que las gentes se santigüen al escuchar estas campanas horrisonas, y que las viejas sientan una especial inclinación a acordarse de todo lo que ha desaparecido en Villalobos desde que ellas existen.

—Tolón, tan, tolón, tan, tolón, tan...

Hacen las campanas de la torre parroquial.

Nadie sabe desde cuándo están haciendo lo mismo, aunque los más ancianos cuentan historias que nadie les cree.

Eran leyendas de cuando la francesada. Aquellas campanas habían sido estrenadas recientemente en un pequeño convento de monjas que existió en el lugar preciso en que hoy está el Hospital de Afuera. Era una especie de paraíso: su riachuelo con patos, su pequeño huerto con frutales y hortalizas, sus dos o tres chopos apuntando al cielo, su tapia enjalbegada, toda blanca y riente al sol. Y, encima, las campanas, bien fundidas por los antiguos herreros de Villalobos. Las campanas cantaban dos veces al día: al salir el sol y al ponerse. A estos bronces les gustaba la resurrección y la muerte, porque eso era lo que pensaban las monjitas allí dentro, y las campanas se sentían parlanchinas, con sus voces claras, timbradas y sonoras.

Así eran entonces las campanas del convento de las monjas, cuando Villalobos era un pequeño paraíso.

Pero entonces vinieron los franceses y pusieron sitio a Villalobos, a sus choperas, a sus trigales y a las tapias enjalbegadas del convento. El pueblo se rindió a la

primera embestida del invasor, pero del convento apenas si salía una señal de vida y mucho menos de rendición.

No hay seguridad de que Napoleón en persona estuviera en Villalobos en ocasión tan brillante y halagüeña para sus ejércitos y águilas; pero lo que sí parece cierto es que con las tropas imperiales venía un general dispuesto a terminar pronto aquella embarazosa aventura, y que este general dejó al día siguiente de entregarse el pueblo a un capitán muy bruto con su compañía y con el encargo de tomar a cualquier precio aquel bastión de la resistencia.

Si el capitán se llamaba Villebonne, Villeneuve o Villemale, ningún anciano del pueblo se ha puesto de acuerdo aún en aclararlo. Pero de que era muy bruto quedan inmemoriales testimonios por toda la comarca.

El convento de las monjas seguía en silencio detrás de su parapeto de adobe enjalbegado. Digo, en silencio no: porque las campanas sonaron como siempre al atardecer y a la madrugada siguiente, demostrando al mundo que las monjas seguían rezando a Dios como lo habían hecho siempre, a sus horas, sin alterar ni un minuto el rutinario reloj de sol.

Debieron de ser las campanas las que metieron el diablo en el cuerpo del capitán, porque no le faltó más que oírlas, para que inmediatamente dispusiera que su compañía, con morteros, cañones y demás aparato de ataque, rodeara al pequeño convento, con toda clase de precauciones, porque sin duda había allí un grupo valeroso de vecinos dispuestos a vender cara su rendición.

Todavía sonaban las argentinas campanas mientras la compañía del capitán Villemale o como fuera, se acercaba por los trigales al apartado convento.

—Tolón, tan, tolón, tan...

Y cada nuevo volteo enfurecía hasta la locura al diablo que llevaba el capitán en su pellejo.

De nada valieron las voces, aldabonazos y juramentos a la puerta del cenobio.

Las monjas debían estar en su coro cantando las horas, cuando sonó el primer estampido de la artillería francesa contra los muros de adobe. En aquel instante salía el sol sobre la tierra chata y pardusca de Villalobos.

A las monjas debió de parecer les que una legión de diablos trataba de violar su paz a aquellas horas sagradas, porque nada más sonar el primer morterazo las campanas voltearon con un clamor empavorecido que demandaba socorro, no a los vecinos de la tierra, sino a las potestades del Cielo.

Pero el cielo se mantenía lejano, azul y terso como todas las mañanas.

El capitán, que además de bruto tenía a sus espaldas las órdenes drásticas de su jefe, no se arredró por el quejido angustioso de las campanas, ni interpretó aquello como una súplica temerosa de las pobres monjas, sino como una mofa de imaginarios patriotas que se hacían sus necesidades en todo el ejército imperial.

Loco por el clamor de las campanas, que atronaban toda la meseta como si las estuvieran ahogando, el caudillo dio orden de ataque en masa. Los morteros vomitaron sus cargas cada tres o cuatro minutos y al poco tiempo aquello era una especie de campo de Agramante, donde nadie se entendía. Los soldados ignoraban en absoluto con quién tenían que habérselas y esta circunstancia hacía más difícil el ataque a un objetivo desde el que sólo replicaba, cada vez más urgente y angustiado, el repique de las inocentes campanas.

Era el ruido de estas lo que enfurecía al capitán más que otra cosa. Le parecía una carcajada, una burla, un guiñolesco sarcasmo de los odiados patriotas al servicio de una causa plebeya y soez. Como un huracán, la fusilería azotaba las tapias del convento, hasta que los morteros y cañones abrieron en ella el primer boquete.

Allí situó el jefe sus mejores piezas, con una estrategia diabólica, y dio orden de cañonear la torre para hundirla, con todas las campanas, que a juzgar por el ruido debían ser diez mil en la fantasía febril del invasor.

Los morterazos desconcharon el revoque, desencuadernaron después las limpias aristas de la torre y poco a poco fueron demoliendo los ángulos de aquella fortaleza, mientras en lo alto los bronces de la paz atacada y malherida seguían clamando auxilio.

De lo que ocurría dentro, nadie ha sabido. Debió de ser espantoso el terror de las monjitas ante aquella embestida del infierno. ¿Qué sabían ellas de Napoleón, ni de águilas, ni de Villeneuves, si se habían enterrado en vida por treinta años la que menos? Habían vivido en paz, queridas de todo el vecindario, aunque nunca vistas de nadie. Por el torno recibían las limosnas inagotables de la piedad del pueblo y se enteraban de las procesiones, rogativas y novenarios de la parroquia, pues tales eran las noticias mundanas que aceptaban sin escrúpulos las monjitas del convento. De la invasión francesa, de las juntas defensivas de patriotas, de la suerte de Fernando VII, de todo eso, apenas se sabía algo en Villalobos, y desde luego las monjas no sabían nada.

Por eso debieron atribuir a potencias infernales aquel asalto a su fortaleza de silencio y oración. Horrorizadas por el ruido de los morteros y de la fusilería, debieron correr al campanario, como lugar más seguro contra las maquinaciones del demonio. El capellán no había llegado aún, pues la misa solía ser cuando el sol estaba en plena carrera por los espacios. Se hallaban solas, delante del Santísimo, cuando la priora debió de tener la repentina ocurrencia de consumir las formas y dar la Comunión a sus hijas. No ha quedado relato alguno de aquella escena, que sería emocionante sin duda alguna. Pero a las monjas esa emoción no debió quitarles el miedo, y como único alivio, el deseo de lanzar las campanas a rebato, en demanda de auxilio.

Una tras otra, las monjas se cogieron a la cuerda que descendía del badajo de las

campanas.

—Tolón, tan, tolón, tan...

Y una tras otra, las infelices, fueron cayendo, bajo la lluvia de cascarilla, piedras y trozos de viga que provocaba cada golpe de mortero en la torre.

La campana dejaba de sonar un minuto, para reanudar en seguida su lamento, cada vez más plañidero y más desolado.

Al final, el repique se hizo lento, moribundo, inánime.

La última monja había quedado así, colgada de la enorme cuerda, con los ojos abiertos, vueltos a lo alto, iluminados aún después de muertos por una esperanza que no se arrastraba por los caminos de la tierra. Así la debió encontrar el esforzado capitán, rodeada de sus hermanas, en medio de los escombros, con las manos cogidas a la cuerda del badajo, en un último esfuerzo por seguir volteando la campana.

—*Merde!* —gruñó el conquistador, rencoroso y enfurecido al contemplar el espectáculo.

Tres, cinco, seis, ocho cadáveres de monjitas. Todas con el mismo gesto, todas casi con la misma sonrisa.

Sonreían al morir: eso era lo cierto. Habían sonreído al morir, porque la muerte era la gran liberación, a pesar de los morteros y de la fusilería del infierno.

El capitán trató de atrancar la cuerda a las manos de la última monjita, pero en su esfuerzo lo hizo con tan mala suerte que no sólo dio un volteo más la odiada campana: —Tolón, tan... —, sino que se vino abajo, no resistiendo más el equilibrio en que se apoyaba sobre aquella ruina de la torre.

Un estrépito pavoroso se desplomó desde lo alto con la campana. El soldado no tuvo tiempo para evitar toda aquella venganza de los bronces que se le venía encima. Debió de ser desgarrador el último aullido del desgraciado. Entre un infierno de piedras, maderas y escombros, la campana concluía su propia obra, destrozándolo todo en su caída. Los soldados recogieron después el cadáver roto de su capitán, junto con los de las monjitas.

Durante mucho tiempo quedó en silencio y soledad el convento. Las gentes huían del lugar donde se había cometido aquel sacrilegio, y en el camino que llevaba al convento creció la hierba, porque nadie lo transitaba.

Setenta años después, cuando las costumbres de Villalobos se relajaron y ya nadie se acordaba de la triste historia de las monjitas, el párroco del pueblo, un hombre terriblemente celoso de la moral, se acordó del significado que tenían aquellas campanas caídas en medio de los escombros.

Sus feligreses tenían horror a aquellas campanas que debían hablar de cosas temibles. Si esas campanas sonaban de nuevo, aquellos hombres y mujeres pervertidos escucharían la voz de la venganza divina, y cada vez que en la parroquia tañeran esos bronces rotos, sería como si todas las fauces del infierno se abrieran para

tragarse al pueblo.

Animado por su ocurrencia mandó rehacer las campanas al mejor herrero de Villalobos. Nunca tendrían el sonido pacífico y agradable con que desde la torre derruida cantaban a Dios. Ahora serían broncas, cascadas y turbadoras: lo que debían ser para, un pueblo infiel que tan pronto se olvidaba de sus antepasados. Puso las campanas en la torre parroquial, y en la primera ocasión que tuvo metió el resuello en el cuerpo a unas cuantas viejas que aún se asomaban por la iglesia, contándoles todo el poder que tenían aquellas campanas históricas y toda la fuerza que la Justicia Divina había puesto en sus tañidos por obra y gracia del herrero de Villalobos.

Hoy muchas gentes ignoran la historia de esas campanas parroquiales. El tiempo con sus inclemencias ha acatarrado las gargantas de bronce y da lástima oír su voz. Pero todavía dicen algo en esas mañanas luminosas de la meseta, cuando alguien muere en Villalobos.

—¡Basta ya! —rugió el sacristán al monaguillo, asomándose por la escalera de caracol entre telas de araña y revoques desconchados.

La escalera del campanario parroquial está carcomida por los años.

—¡Deja ya de tocar o te tiro de ahí abajo!

El monaguillo no cumplió el deseo del sacristán.

—Pero si ha dicho el señor cura que...

—Y yo te digo que lo dejes, pedazo de alcornoque. ¿No sabes que soy tu padre y puedo largarte un mangazo que estés ahí colgao del badajo toda la mañana?

El monaguillo no sabía la historia de las monjas, ni la referente a la paternidad del sacristán, bastante dudosa por cierto; por eso ni tembló ni sonrió al escuchar a su padre.

La campana grande todavía dio un medio volteo cuando el chiquillo dejó de tirar para arriba y para abajo.

—¡Bastante tiene esa bruja de doña Paula con un toque y aún le sobra!

El muchacho se pasó la manga por la cara para secarse el sudor. (Porque en estas hermosas mañanas de Villalobos hace bastante calor siempre que el calendario empieza a llamarse junio.)

—¡Mira, padre! —gritó inesperadamente desde lo alto.

El sacristán había ya subido casi hasta lo alto, cuando la voz del chiquillo excitó su curiosidad.

—¿Qué?

El monaguillo señalaba con todo el brazo estirado hacia abajo, a la plaza donde estaban la iglesia, el Ayuntamiento, Correos y Teléfonos.

—Allá va corriendo el secretario del Ayuntamiento.

—A ver... —Asomó su curiosidad el sacristán... Pues es verdad. Ya lo habrá figoneado todo y se lo irá a contar al alcalde. Mal grajo se lo coma. No pasará un

minuto antes de que salga el Plicio con su vara.

El apocopado Plicio era el nombre, entre cariñoso, despectivo y adulator con que el pueblo de Villalobos conocía a su alcalde, don Simplicio.

Y, en efecto, no fué un minuto lo que pasó, pero tampoco más de cinco, cuando el alcalde corría la plaza de un lado a otro, con su vara, su capa y su sombrero de los viajes a la capital.

(En lo alto de la torre, las campanas hace tiempo que se callaron. Los vencejos vuelan de nuevo cercanos, chillando incansables, encima de la expectación que lo llena todo en Villalobos. Es todavía muy temprano: las nueve y cinco en el reloj de la parroquia, cuando descienden por la escalera de caracol el sacristán y su hijo.)

La muchacha de la honestidad a toda prueba sintió necesidad de entrar en la farmacia de don Rosendo Oliván y Pérez, no porque precisara bicarbonato o cualquier otra droga (las mujeres como la muchacha de la honestidad a toda prueba poseen aparatos digestivos dotados de una solidez de antes de la guerra), sino porque sabía muy bien que a don Rosendo Oliván y Pérez, enemigo acérrimo del alcalde y de cualquier otro poder legítimamente constituido, le gustaba que a su mujer la boticaria le contaran las cosas del pueblo, con el fin de que su mujer se las contara a él después, cuando los dos se hallaban a solas en la trastienda de la farmacia.

Sólo por hacer este buen servicio, y no por necesidad de drogas, entró la muchacha de la honestidad a toda prueba a horas tan desusadas en la farmacia de don Rosendo Oliván y Pérez.

A la mujer de don Rosendo la llamaban en Villalobos «la Botijera», porque su padre había sido tratante de tan confortadores instrumentos en toda la comarca. Era una mujer vulgar, de carácter recio y dominante, que había logrado tener sujeto a su marido al mortero de la botica moliendo drogas y enjuagando frascos, mientras ella hacía la tertulia con la señora del juez y unas cuantas beatas más de la población.

Tenía la cara redonda y picada de algunas viruelas que en su niñez habían hecho buen agosto en el rostro de la Botijera. Sus ojos eran saltones y sus labios permanecían cerrados, con una tozudez de mal agüero, según comentaban las vecinas.

Al pobre don Rosendo le dejaba respirar por pequeñas dosis: entre el trabajo de la mañana y el de la tarde permitía que el farmacéutico se explayara con las noticias del pueblo que ella iba depositando sobre los manteles con una premeditada lentitud, con el único objeto de excitar las glándulas salivares del consorte.

Este había dejado atrás la cuarentena hacía bastantes años, con lo que debía rayar en los cincuenta y pico. Tenía perdidos en la redonda calva dos o tres pelos, quizá uno por cada año del pico, y con ellos hacía todas las mañanas verdaderos juegos malabares, de acuerdo con el talante de que se levantaba su mujer. Era un hombre

bajo y regordete, satisfecho de su vida pacífica y de la custodia a que le tenía sometido la Botijera, lo que garantizaba de un modo incontrovertible su propia existencia. Vivía metido en la farmacia, de la que su paciencia había hecho una especie de institución célebre en Villalobos, aunque muchos de los antiguos contertulios de la trastienda se habían ido retrayendo ante el avance de las huestes de la boticaria, mujeres todas ellas de edad poco dada a las retozonerías de los hombres y de probidad garantizada por novenarios y trisagios en la Parroquia.

Y aquella hermosa mañana de junio, como todas las mañanas de todos los meses, don Rosendo Oliván y Pérez estaba muy atareado en el mortero, por lo que fué la Botijera quien devoró a dos carrillos las sabrosas y frescas noticias que traía la muchacha de la honestidad a toda prueba.

La sacristana se fué a rezarles a las ánimas, porque la señora Paula, después de todo, había hecho mucho bien a la Parroquia, y había guardado con singular sigilo todo lo referente a la paternidad de su hijo, que ella conocía muy bien.

Aunque la señora ya había muerto, la sacristana recordaba muy bien haber oído hablar a cierto misionero que pasara por Villalobos, hacía años, sobre ciertas oraciones que tenían efectos «retroactivos».

La sacristana no acababa de entender bien qué era eso de los efectos, pero poseía una idea muy vaga, algo así como si hoy pidieras que tú hijo fuera de buen padre y de pronto resultara que efectivamente lo era del sacristán.

La sacristana no era una mujer lerda. Se santiguó delante del altar de las ánimas y le pareció que algunas de estas le sonreían desde las llamas sobre las que navegaba una devota y pintadísima imagen de la Virgen del Carmen.

El señor cura aceptó la invitación de Pericote, porque aunque este no contaba con todas sus simpatías comprendió que todavía le faltaba casi media legua para llegar a la finca de la señora de Gormaz de la Oropesa.

Así, pues, se arremangó la sotana e hizo ademán de subirse a la bicicleta de Pericote. Un grupo de chiquillos rodeaba a los dos, contemplando la inusitada escena de las piernas del señor Cura, con sus calzones negros medio zurcidos.

Los dos perros de la casa del guarda, a la salida del pueblo, no dejaron de ladrar mientras duró el espectáculo, hasta el punto que don Jenaro se sintió excepcionalmente irascible y le sopló un buen puntapié en el hocico a uno de ellos mientras miraba a los chicuelos que se reían de los aullidos del perro y de las coces del cura.

—¡A vosotros os pegaría otro en las nalgas!

Después, levantando más la voz, gritó, encarnado como una amapola:

—¿Qué hacéis ahí, mirando como idiotas?

El perro, dolorido, aullaba aún a prudente distancia, detrás de los muchachos, calculando seguramente que era más discreto no volverse a poner al alcance de los zapatos del clérigo.

El Pericote empezó a pedalear y don Jenaro no tuvo demasiado tiempo de oír las risas y las palabrotas de los muchachos.

A los perros debieron quedarles buenas ganas de lanzarse detrás de la bicicleta, pero indudablemente se conformaron con las ganas, pues el horno aquella mañana no estaba para bollos, ni don Jenaro para ladridos.

En la plaza del Ayuntamiento, donde están también la iglesia, el edificio de Correos y el puesto de Teléfonos, ocurre todo lo que tiene que ocurrir en Villalobos.

Es una plaza espaciosa e irregular. En la parte del Ayuntamiento, unos desvencijados soportales cobijan el paseo de las mozas, desde que los heterócronos relojes de la plaza empiezan a dar las doce hasta que de nuevo se persiguen a la una.

En el centro hay una fuente con tres caños de los que hace tiempo no mana el agua. Pero no hay duda de que la fuente es un bello motivo ornamental del que Villalobos está orgulloso.

Siempre ha habido árboles en esta plaza, aunque ahora no los haya. A no ser que queramos llamar árboles, como los llaman las viejas cuando dicen a los niños «iros a jugar a los árboles», a esos tres infelices simulacros de vida que aguantan la suya bajo el peso del sol a la puerta misma del Ayuntamiento. Cuando acabaron con los hermosos árboles de la plaza, estos tres arbolillos imberbes fueron condenados a permanecer a la intemperie y al azote de los chiquillos hasta que el municipio dispusiera otra cosa.

Las casas de la plaza no son todas iguales. Las hay altas y bajas, con fachadas de adobe, de ladrillos, enjalbegadas y hasta de piedra dorada, sobre la que cae la luz castellana con toda la suntuosidad de su color. En las fachadas, unas tienen balcones, oirás pequeños miradores de cristales sucios o rotos y la mayoría ventanas con macetas. Hay macetas de geranios y algunas de albahaca: esto da a la plaza de Villalobos una alegre distinción de cromo, sobre la que salta, incansable, la aplastante claridad del estío.

En la plaza juegan los niños, pasean los mozos y toman el sol los viejos. Benito canturrea los pregones, el alcalde comenta asuntos inefables con el maestro y con el juez, el cura organiza las procesiones, las beatas chismorrear, las niñas se enamoran por primera vez, y los niños dicen sus primeras palabrotas. El sol en la plaza de Villalobos se siente más señor de todo; la luna brilla más blanca; las nubes llueven con más furia (cuando llueve, que suele ser por abril y febrero); los vencejos chillan y hacen sus nidos con mayor alegría de vivir; los perros ladran por la noche con más

satisfacción; los muleros hacen su mercado; los botijeros venden su mercancía; el barrendero barre, el alguacil apremia, la boticaria entra y sale, los forasteros se admiran, los reclutas se despiden, y los gatos se hacen el amor.

Todo lo que tiene que ocurrir en Villalobos sucede en esta plaza de casas desiguales, con geranios y albahacas, con sus soportales desvencijados, sus arbolillos con ilusiones de vida y su fuente de tres caños que no manan.

Una plaza como otra cualquiera, como muchas plazas de muchos pueblos, pero que, en fin, es la plaza de Villalobos.

El cartero, que estaba barriendo en la plaza del Ayuntamiento, de la iglesia, de Teléfonos y de Correos, vio pasar al alcalde con su vara de mando y se quedó mirándole como si viera visiones. Dejó quieta la escoba por un momento y se rascó la cabeza con la mano izquierda.

No era muy frecuente ver al señor alcalde a aquellas horas con su vara, su capa y su sombrero de los viajes a la capital, caminando con tanta prisa, sofocado y reventón.

(El cartero de Villalobos hacía de barrendero público cuando terminaba su benéfica labor de repartir la correspondencia todas las mañanas. Era un hombre enjuto, mal encarado, con una torva cicatriz en la mejilla derecha que le habían hecho «cuando la guerra». A pesar de todo su aspecto impresionante, el cartero de Villalobos no pasaba de la categoría de buen hombre, como casi todos los que tienen el rostro enjuto, mal encarado y una mejilla derecha con cicatriz.)

Se estuvo pensando un buen rato qué podía haber ocurrido, y al fin concluyó que la salida intempestiva del alcalde debía tener alguna relación con el telegrama que él mismo le había entregado hacía media hora escasa.

(Al cartero de Villalobos se le había pasado por alto la carrerilla del señor cura, porque él no tenía relaciones con la iglesia desde hacía muchos años.)

Después siguió barriendo mientras movía la cabeza con escepticismo. Estos alcaldes eran el mismo diablo, si es que el diablo era «alguien». ¿Qué pondría en aquel telegrama que le había dado el mozo de Correos? ¡Con lo fácil que era despegar el papel azul, con el engrudo tierno aún, y volverlo a pegar como si no hubiera ocurrido nada!

(Al cartero de Villalobos se le pasó por alto el toque a rebato del campanario, con sus notas de duelo y todo, porque él no tenía relaciones con la iglesia desde hacía muchos años.)

Por lo tanto siguió barriendo filosóficamente la calle, porque ya no era posible saber qué decía el papel azul del telegrama.

Fué el monaguillo, el hijo de la sacristana (nadie le llamaba hijo del sacristán, por respeto a la verdad, y era esta la única verdad que se respetaba en Villalobos), quien dio la noticia a la señora Clemencia, cuando fué a llevarle los huevos por la mañana.

La señora Clemencia se llevó las manos a la cabeza, lo mismo que si en vez de huevos le trajeran una granizada.

Después se santiguó rápidamente y preguntó:

—Pero, ¿es verdad?

Era indudable que su disgusto hubiese sido mayor de no haber sido verdadera la noticia.

—Claro que sí, señora Clemencia. ¿Le iba a mentir yo? ¿Y no ha oído el toque que hicimos en la iglesia?

—Sí he oído, sí he oído. Pero, ¿quién iba a pensar?

Y se esforzó por soltar dos lagrimillas que no acabaron de salir a los párpados.

Después, dejando al monaguillo plantado, dio un salto hacia dentro llamando a gritos a su marido.

—¡Oroncio! ¡Oroncio!

Y el monaguillo ya no pudo oír más porque la puerta se cerró en sus narices.

Pero el hijo de la sacristana se rio con malicia, porque sabía que Cinda era la novia de Antonio y aquello no podía traerles más que bien. El secretario se lo dijo al tabernero cuando fue a beber su chato de cada hora, y el tabernero se lo contó a algunos de sus clientes madrugadores.

Debió de ser uno de esos clientes madrugadores el que se lo contó al mozo de Correos.

El mozo de Correos salió corriendo para la puerta de Teléfonos, que estaba como quien dice en la misma puerta de Correos, y vociferó al cartero, que barría allí mismo:

—¡Eh, tú!

El cartero suspendió el barrido y se ladeó la gorra para rascarse la cabeza con la mano izquierda y aprovechar así el descanso.

—¿Se pué saber qué os pasa, que paice que a toos os ha picao la bicha esta mañana?

—¿No sabes?

El cartero se impacientó y estuvo a punto de soltar un taco de los más gordos de su repertorio, que era inagotable. Se conformó con preguntar:

—¿El qué?

—¡Que s'ha muerto la vieja!

—¡Co...!

Ahora sí que soltó el taco.

Y todavía siguió rascándose la cabeza con la mano izquierda, mientras el de Correos entraba en la oficina de Teléfonos para dar la noticia.

La muchacha de la honestidad a toda prueba salió satisfecha de la farmacia, porque después de todo el boticario don Rosendo Oliván y Pérez sabría a la hora de comer, por el procedimiento legal que le imponía el matrimonio con la Botijera, la noticia que conmovía a Villalobos. Sin reparar en el cartero que barría la plaza a aquellas horas, corrió con su paso de cabra hacia su casa, donde aún debía aguardarla el desayuno.

La muchacha de la honestidad a toda prueba comulgaba todas las mañanas y el desayuno la esperaba siempre puntual a la misma hora.

Al alcalde le extrañó no ver en la carretera ni en todos los alrededores al señor cura.

¿Es que no le había visto él con sus propios ojos cruzar la plaza del Ayuntamiento a la carrera? Ignoraba qué obra de brujas había en la desaparición del señor cura, pero indudablemente a estos hombres de iglesia las cosas acababan por salirles siempre bien.

Sudando bajo el sol, que se desplomaba sobre los campos, se quitó la capa y se la echó al hombro, para caminar más desembarazado, porque desde la salida del pueblo le quedaba casi media legua para llegar hasta la alquería de la señora.

Al pasar junto a la caseta del guarda vio un grupo de chiquillos que aún comentaban algo mientras los perros ladraban y meneaban la cola de un lado a otro. Cuando él pasó no dio importancia al silencio que se hizo entre los muchachos, ni observó que se le quedaban mirando.

Un perro puso el rabo entre piernas al verle y se escondió tras un árbol escuálido del camino.

El señor alcalde suspiró al contemplar ante sí la carretera soleada y polvorienta. Era un largo y rectilíneo camino entre dorados trigales; pero nada de aquello suscitaba en esos instantes la sugestionabilidad del jerarca de Villalobos, empeñado en llegar cuanto antes a la alquería.

Arriba, los vencejos atiplaban el clamor de su algarabía bajo la pesadumbre del calor; pero tampoco reparaba el alcalde en ese fenómeno de los felices pajarillos libres en el surco del espacio, hundidos en la búsqueda insaciable del instinto.

El señor alcalde de Villalobos era así: un solo hecho, una idea única agotaba de tal manera su capacidad de observación que todo lo demás que ocurriera en derredor no lograba atravesar la barrera de sus sentidos. Así, ensimismado, siguió caminando por la amplia carretera de polvo y de sol, sin reparar en las señales que la casualidad le había dejado del paso por allí del señor cura.

Fué la mujer que traía cada mañana el pan y la leche la que se lo contó a la superiora del Hospital de Afuera, sor Honoria, después de haber chismado un poco, sólo un poco, con la hermana portera.

(El Hospital de Afuera no es exactamente un hospital, puesto que en él no hay heridos ni enfermos. Unas cuantas monjas cuidan allí a una docena de niños cuya madre y cuyo padre no constan a ciencia cierta en el registro de bautismos de la Parroquia.

No son niños como el monaguillo, cuya madre conocida es la sacristana, sino niños que ni siquiera tienen a la sacristana por madre.

El Hospital de Afuera es un edificio chato y amazacotado, como casi todos los edificios de Villalobos. A la entrada tiene un pequeño jardín, el único de la comarca, y a la derecha, donde aún se conservan restos del antiguo convento derruido por la francesada, hay un huerto suficiente para las monjas. La espadaña de la iglesita no posee ya las históricas campanas, trasladadas a la Parroquia en tiempos en que la justicia divina no tenía tanta libertad para manifestarse en estas tierras; pero ahora hay una campanita clamorosa y gentil que bate el aire de la campiña todas las mañanas con su alegría desenfrenada de jovencuela casquivana.

El Hospital de Afuera vive de la caridad de Villalobos, y es uno de sus orgullos, porque muy pocos pueblos de su importancia pueden sostener una institución como esta para sus hijos desamparados. Sin embargo, hay gentes que opinan que lo mejor sería su desaparición. Son los convencidos de que la sombra del Hospital de Afuera protege demasiados vicios y garantiza demasiadas existencias que nunca debieron comenzar la insegura carrera de la vida.

A pesar de todo, el Hospital de Afuera, con su huerto y su jardín, chaparro y blanco al sol de Castilla, sigue navegando por la meseta con el clamor casquivano de su espadaña jugando en el regazo de la brisa.)

Sor Honoria evitó hacer un gesto de escándalo a causa de que doña Paula hubiera muerto sin un sacerdote a la cabecera de su lecho. Y no fué porque no sintiera deseos de escandalizarse, pero le pareció más conforme a la gravedad religiosa que profesaba llamar a las monjas que no estuvieran ocupadas entonces con los niños, que serían tres o cuatro, y decirles más o menos este discurso, una vez que estuvieron todas reunidas en la capilla:

—Hermanas: ha muerto la señora. Los designios de Dios no podemos escrutarlos ni discutirlos, pero es posible que esté necesitada de nuestras oraciones, puesto que ha muerto sin tener un sacerdote que la atienda en su tránsito. Nosotras estamos obligadas a atender a esta necesidad de la pobre doña Paula.

Y sin más decir ella ni oír las monjas, algunas se recogieron en devota oración, otras fueron a sus menesteres y de paso a correr la noticia por todo el convento

blanqueado y sencillo.

Que el tabernero lo supiera y que lo supieran también algunos de sus más adictos clientes, era decir que las tres cuartas partes de personas más dos, en Villalobos, conocían ya, antes de las diez de la mañana, el motivo de la carrerilla del señor cura y de la espectacular salida del alcalde.

La taberna en Villalobos es algo así como un cuartel general de rumores, bulos, fábulas y calumnias. Está en la calle que comunica la plaza del Ayuntamiento con la carretera general, de modo que por allí pasa cuanto entra y sale del pueblo.

Es una taberna estrecha, sucia y maloliente, gracias al vino, al tabaco y al sudor fermentado que se agita día y noche en su recinto. Pero no deja de tener su atractivo esta taberna de bancos desvencijados, mesas rajadas y vasos desportillados en toda la circunferencia de sus bordes.

El tabernero es un hombre campechano y pacífico, que porque nunca ha sabido nada, cifra todo su empeño en saber algo. No hay persona culta que entre por las puertas de Villalobos que en seguida no haya de entrar por las de su taberna. Charlatanes, pelanas, maestros de escuela y cómicos de la legua, son sus preferencias, siempre que puedan hablar a gritos de viajes, de tierras lejanas, de luchas fabulosas en otros continentes, de cuya orientación no tiene el tabernero una idea demasiado concreta.

Algo que le interesa sobre todo es la política y la guerra. Vocifera, somete su corpulencia a una agilidad pasmosa de movimientos siempre que se discute de guerra en su establecimiento.

Pero nunca ofende a nadie. Porque está convencido de que la cultura ha reñido hace tiempo con la matonería de algunos de sus clientes.

De pie al otro lado del mostrador, el tabernero de Villalobos semeja a un César ante el Rubicón, a un Alejandro frente al nudo Gordiano, y hasta a un Napoleón en Jena. Más corpulento, menos pensativo, pero igualmente grande que todos ellos.

Eran las diez en punto de la mañana cuando la bicicleta del Pericote se detuvo ante la casa de doña Paula con su preciosa carga.

A la entrada de la alquería, un prado bien abastecido de agua recibía al cansado caminante con la sonrisa tierna de su césped, entre los árboles. Detrás de estos asomaba el edificio, construido de un modo rústico, pero con amplitud. Los famosos corrales de los Gormaz de la Oropesa debían de quedar detrás de la alquería, pues a la entrada no se veía piante ni mamante en todo lo que alcanzaba la vista.

Había un silencio impresionante en aquel paisaje de mieses tras los chopos recortados en la plenitud de la mañana.

El cura bajó de la bicicleta y sin dar las gracias al Pericote, que se quedó allí plantado con dos palmos de narices y la natural curiosidad por indagar lo que ocurría dentro del edificio, se precipitó a la entrada de la casa, para toparse de manos a boca con la Sinfo, la mejor amiga de la señora y su confidente en los últimos momentos.

«¡Ya está aquí la bruja!», pensó el bueno del cura al encontrarse con aquella mujer de moño erecto como el pincho de un alacrán. Pero no dijo ni hizo nada si no fué saludar con una especie de gruñido.

—¡Ay, don Jenaro! Yo mandé a la Gumer a llamarle. Ha sido algo terrible, la pobre. Le dio un mal, ¿sabe usted?, un mal de repente y se nos fué en un decir amén.

«Pero tú bien que estabas aquí, so zorra», volvió a pensar el cura. Pero tampoco esta vez dijo lo que le andaba por las mientes.

—¿A qué hora fué eso? —indagó el párroco.

—Sobre la madrugada. Creo que de amanecida, ya.

A la Sinfo le temblaba la voz con una blandura hipócrita y vegetal.

—¿Y por qué no me mandaron a llamar antes? —se impacientó don Jenaro.

Sentía enrojecérsele la sotabarba, fulgurarle los ojos y revolvérsele las manos con deseo de acogotar a la mujerona.

—¡Quién iba a pensar, señor cura! ¡Tan buena! ¡Tan...!

Zanjó la voz del presbítero:

—Déjese ahora de lloriqueos y vamos allá. Apuesto a que ni un Paternóster le rezaron ustedes.

—¡Ay! No diga eso, don Jenaro. Parece que quiere ponernos en evidencia. Mil paternostres y avemarías le rezamos, y la oración a San Antonio para remedios imposibles, y a las ánimas para que la reciban...

—¡Qué ánimas ni qué corchos! —bramó, ya francamente, el cura mientras subían por la escalera ancha y recién barrida—. Dios y sus ángeles tienen que recibirla, no las ánimas.

La Sinfo, apabullada por la lección de teología escatológica que acababa de espetarle el cura, perdió toda su habilidad para la autodefensa y murmuró más dócil que una oveja:

—Tiene razón, señor cura. —Después, mansurróna, guio al párroco—: Por aquí. La hemos puesto aquí.

—¿Ya la han mudado de sitio? —extrañó el sacerdote.

—La Gumer y yo la trajimos aquí, señor cura. ¡Daba lástima verla en su cuarto, tan pobre y tan...!

—Más lástima dará verla en el purgatorio —rezongó don Jenaro— y pagar esta guarrada de no llamarme a tiempo.

Y sin más atender a suspiros ni razones abrió de un manotazo la puerta de la sala donde estaba la pobrecita doña Paula.

Que el mozo de Teléfonos debiera su puesto a influencias del señor juez era algo tan notorio en Villalobos que hacía tiempo no se discutía este asunto en la taberna del Tuerto.

Ninguno de los clientes del tabernero tenía demasiada simpatía al representante de la justicia civil en Villalobos. Pero toda aquella historia de las relaciones de padre y de hijo ya estaba enterrada desde varios meses atrás. Había sido una comidilla sabrosa, después de todo, en un pueblo que, como Villalobos, sostenía un Hospital de Afuera dedicado a los hijos de padres desconocidos. El caso es que al mozo de Teléfonos le ataba una servicialidad casi perruna al señor juez.

Y que el señor juez se sentía satisfecho de tener a su disposición, con una liberalidad a prueba de compromisos, las comunicaciones más rápidas con los poderes de la capital.

(Al mozo de Teléfonos nunca se le hubiera pasado por el magín que la muerte de una mujer tan rica como la pobrecita doña Paula tuviera algo que ver con los poderes de la capital. Pero sí se le pasó que debía interesar a su protector el señor juez de Villalobos. El mozo de Teléfonos no era un muchacho excesivamente listo, pero calculó que la historia que acababa de contarle el barrendero era algo que podría traer cola... y quién sabe.)

Al señor juez de Villalobos le despertó su esposa, porque estaba ahí, a la puerta, el mozo de Teléfonos para comunicarle algo grave.

El señor juez de Villalobos se incorporó, se restregó los ojos y se convenció lentamente de que la voz de su esposa ya no pertenecía al sueño en que acababa de deleitarse.

(Nunca en los sueños que deleitaban al señor juez se escuchaba la voz de su esposa.)

—¿Qué quieres? —rezongó con un humor canino.

—El de Teléfonos está ahí.

—¿No puede venir a otras horas? El Juzgado no se abre hasta las once y media. Ya lo sabe él.

El reloj de la mesilla señalaba las diez en aquel instante. Era un reloj redondo, con el níquel caído en escamas brillantes, que hacía un ruido infernal a pesar de retrasar las horas.

—Dice que es algo importante —insistió la mujer.

—¿Y por qué no te lo ha dicho a ti? —bostezó el juez, estirando sucesivamente el brazo derecho y el izquierdo, echando la cabeza atrás y entrecerrando los ojos con la nostalgia del agradable sueño interrumpido.

—Ya sabes, Fidel. Cosas del Juzgado, seguramente.

Rezongó de nuevo y metió los pies encallecidos en sus zapatillas de piel de conejo, compradas en Escalona, antes de que los movimientos del escalafón y demás trapisondas administrativas le hicieran recalar en Villalobos.

Su mujer le ayudó a echarse la bata, comprada también en Escalona; y de esta manera, esforzándose por acomodar los ojos a cada nueva luz que le sorprendía desde las ventanas, el señor juez de Villalobos bajó a ver qué noticia importante le traía el mozo de Teléfonos.

Gracias al rato de charla con el ama del cura y la mujer de la boca torcida, el desayuno de la muchacha de la honestidad a toda prueba estaba casi frío cuando ella llegó a su casa.

El que su desayuno estuviera frío podía representar un grave contratiempo para una persona que no poseyese la conformidad de ella, pero no en esta ocasión, en que precisaba salir corriendo a propalar la noticia entre sus amistades.

Casi corriendo y resollando llegó a la escuela de niñas, que está en la otra esquina del pueblo, muy lejos de la escuela de niños.

(En Villalobos se lleva a rajatabla el principio de separación de sexos en la enseñanza, lo cual no obsta para que, andando el tiempo, los sexos vuelvan a juntarse en cualquier lugar del pueblo y sus cercanías.)

La señorita Benigna tuvo que sujetarse las gafas con el índice de la mano derecha al oír la noticia, porque casi se le resbalan de la nariz. Puso unos ojillos de pasmo, echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca un buen rato, y por fin no dijo nada.

(La señorita Benigna, maestra de Villalobos por oposición, era una mujercita menuda, de movimientos rápidos y nerviosos, profundamente tímida, más profundamente doncella, y llena de pecas la cara, transparente de puro incolora. Su pelo era rubio como el trigo en la primeriza madurez, y en sus ojos había una compasión innata a todas las calamidades de Villalobos.

Hablaba con un timbre agudo de voz, que a hombres como el tabernero hubiera parecido desagradable. A las niñas les pareció al principio jocoso, hasta el punto de que cada palabra suya iba coreada por una risa inextinguible del rebaño. Después, la fuerza de la costumbre, que es el mayor remedio para estas novedades, se acreditó de nuevo poniendo fin a aquella.)

La muchacha de la honestidad a toda prueba estaba altamente satisfecha de haber producido aquel efecto destructor en la inexpresiva carita de la maestra Benigna.

La señorita Benigna interrumpió los afluentes del río Ebro para decir a las niñas de la clase, mientras tenía la vara de apuntar el mapa en su izquierda, que todas debían rezar un avemaría por el alma de una persona notable que acababa de fallecer en Villalobos.

Como era probable que las niñas tuvieran sólo una idea muy vaga de quién era

esa persona recién fallecida, la señorita Benigna creyó más discreto evitar su nombre, y así las niñas de la clase rezaron el avemaría sin saber que la dedicaban al alma de la pobrecita doña Paula.

Eran ya más de las diez y media cuando la sudorosa corpulencia del alcalde de Villalobos se acercaba a la alquería de los Gormaz de la Oropesa.

No le quedaban ánimos para contemplar los dorados trigales del campo de la señora, que eran el motivo inconsciente de su jadeante caminata.

El sudor le empapaba los bigotes y le caía por el cuello grasiento y colorado.

Fué la Gumer la que le abrió la puerta.

Una mujer vieja, enjuta y amarillenta, con unos ojillos muy vivos que entonces brillaban más con el temblor de las lágrimas cada vez que alguien llamaba a la alquería en busca de doña Paula.

—Alabado sea Dios —musitó la vieja, aliviada por la presencia de la primera autoridad del pueblo—. Ya creí que no llegarían ustedes.

—Lo mismo me pasaba a mí —gruñó el alcalde, con hambre de decir alguna palabrota que le resarciera del cansancio y del sudor.

—Descanse un momento, señor alcalde, que ahora el señor cura le está rezando los latines a la señora.

Dio un respingo el bueno de don Simplicio, porque aún tenía la esperanza de que el Párroco se hubiera quedado en alguna cuneta, puesto que no le había divisado en todo el camino.

—¡Los curas siempre llegan a tiempo! —bramó—. ¿Por qué no me avisaron antes?

—¡Ay, don Simplicio! ¿Quién iba a pensar que esto sería así? —gimoteó la mujer.

—¡No me llames don Simplicio! —estalló el sudoroso alcalde—. ¡Soy el señor alcalde!, ¿entiendes? Y tiempo tuvisteis toda la noche para avisarme de que se moría.

—Pero si no se murió hasta el día. ¿Cómo habíamos de saberlo?

—Buenas brujas estáis tú y la Sinfo y todas las bellacas viejas de este pueblo. Todo para el cura y para su renegada barriga; pues ya veréis si se nos lleva el trigo del municipio, qué bien vais a andar. Porque lo que es yo, de mi parte...

La Gumer estaba aterrada de que un hombre como el alcalde pudiera hablar de ese modo estando la muerta caliente aún como quien dice. Pero no chistó palabra, porque ella no entendía aquella jerigonza de trigos, municipios ni barrigas de ningún cura.

Lo que hizo, mientras el alcalde se desfogaba, fué servir un vaso de vino tinto a la autoridad de Villalobos, que aún se secaba el sudor del robusto cuello.

El secretario del Ayuntamiento era uno de los buenos amigos de don Nando, el maestro de la escuela de niños.

Por eso no le extrañó al maestro que aquella mañana, a eso de las diez y media algo pasadas, estuviera el secretario tocando en los cristales de la escuela con tanto empeño.

Don Nando tuvo que suspender la división por cinco números enteros que estaba desarrollando ante los ojos atónitos de los chiquillos; llamó a Felisín, que era uno de los mejores a pesar de su cara de idiota, y le ordenó que apuntara en un papel a cuantos en su ausencia se desmandasen.

(Don Fernando Espina Rodríguez, para los mayores de edad don Nando, y para la chiquillería «el Topo», era un hombre campanudo, solemne y envarado, todo en una misma pieza extraordinaria. Herejote y capitoste de todas las herejías de Villalobos, constituía la abominación de las beatas de la población y el blanco de todos los tiros que el párroco lanzaba desde su púlpito cada misa dominical.

Nadie sabe por qué artes o pactos diabólicos se había sacudido todas las depuraciones, calumnias, llamamientos y demás actividades de la salud pública. Es verdad que en la escuela observaba una discreción rayana en el temor. Pero era consciente de la vigilancia que pesaba sobre él por parte del elemento clerical y del beaterío de Villalobos, a cuya cabeza figuraba la Botijera.

Le gustaba exhibir su cultura profesional, y había hallado en el tabernero un catecúmeno dócil que le llenaba de orgullo con sus consultas geográficas y militares. Porque don Nando había sido también un concienzudo militar. Servicio en Melilla, intervención en Alhucemas, y dos palmaditas del general Primo de Rivera cuando él era sargento en África, eran un historial suficiente para que un hombre como don Nando opinara sobre todo lo opinable en la marcha de cualquier acontecimiento bélico del mundo.

Cuando él hablaba en la taberna se hacía un silencio opaco en el ambiente nauseabundo del olimpo del Tuerto. Y si empezaba con la consabida fórmula «cuando yo estuve en Melilla», o «cuando el General me saludó en Alhucemas...», entonces había que ver la cara del Tuerto, las bocas abiertas de los contertulios y el pavo que se le subía, enrojecido y pimpante, al mismísimo maestro de Villalobos.)

Instruido el inteligentísimo Felisín en el régimen dictatorial que debía mantener en la ausencia del maestro, don Nando abandonó con esta seguridad de retaguardia por breves instantes el campo de batalla y fué a ver qué quería el Secretario cuando tocaba con tanta vehemencia a los cristales de la escuela.

(La escuela de niños de Villalobos no tiene más que una planta, y las madres de los mocosos pueden así vigilar el comportamiento del maestro con sus retoños, pues es cosa archisabida que la mayor parte de las veces que el chiquillo sale llorando a

moco tendido con unos coscorriones de más en el occipucio, puede decirse que la culpa ha sido de don Nando.)

—¿Ha dimitido el alcalde? —preguntó el maestro con cara de pascuas, que no le sentaba nada bien.

—Ha sido algo peor, don Nando —bachilleó el secretario, dándose importancia, como acostumbraba hacer siempre que no estaba presente su amo.

El maestro puso cara de curiosidad bien medida, para que no se dijera que un hombre de letras se dejaba arrastrar por los chismes de un pueblo como Villalobos.

—Ha muerto doña Paula, la de Gormaz de la Oropesa.

El maestro puso cara de asombro y hasta se permitió un silbido que se esforzaba en expresar en el tono más agudo la desbandada mental que le producía aquella sorpresa.

—¡Eso está bueno! —exclamó después.

Los gestos y manoteos del maestro eran seguidos con ansiedad por la chiquillería, a la que no lograba mantener a raya el sabihondo Felisín, con su papel y su lápiz de dictador interino.

Cuando los muchachos vieron los aspavientos de alborozo que hacía don Nando al otro lado de los cristales, supusieron en seguida que aquel júbilo no podía tener otro motivo que el que siempre causaba idéntica alegría en el maestro y en los alumnos. Y así dieron por suya la vacación y todos a una lanzaron un grito que cualquier orador político o cualquier vicetiple de zarzuela hubiera tomado por un ¡hurra! entusiasta.

Lo que después ocurrió a este lado de los cristales hizo que el secretario se quedara solo en la calle, pasmado por la repentina mutación operada en el rostro del maestro.

Don Nando entró furioso en el aula, se quedó mirando a su mesnada con ojos inyectados en homérica cólera, y después de dominar por este sistema la situación y destituir a Felisín, estiró la mano, tuvo firme el dedo contra el alumno más díscolo de la última mesa y bramó con una furia reconcentrada por la violenta interrupción que se había hecho al sabroso comadreo del secretario:

—¡Tú, alcornoque! Como no me termines esta división en tres décimas de segundo te muelo a palos.

Y el alcornoque se estremeció ante la ira pálida y biliosa del maestro, como si todos los vientos de la meseta se desataran sobre sus ramas.

Cuando el señor juez de Villalobos sudaba frío era señal de que realmente ocurría algo de importancia.

Por eso su esposa se quedó con la boca abierta y un leve temblor estremeciéndole el cuerpo cuando lo vio salir seguido del mozo de Teléfonos, de aquella traza, vestido al galope, con un desayuno bebido, dentro del cuerpo.

Tuvo deseos de llamar aparte al chico de Teléfonos e indagar qué era aquello que había hecho sudar frío al señor juez de Villalobos; pero hubo de contentarse con los deseos, porque su ilustre esposo no le dejó tiempo para indagar.

Sólo por este motivo la digna esposa del juez de Villalobos había decidido adelantar aquella mañana la consabida tertulia con la boticaria, y dejando al cuidado de la Petro los niños, la casa y la cocina, salió con paso rápido, sin mirar a un lado ni a otro, hacia la farmacia de don Rosendo Oliván y Pérez.

El capellán de las monjas había asegurado a sor Honoria que lo mejor en aquellos casos era rezar mucho y reforzar las visitas al Santísimo.

De paso observó que el desayuno dejaba bastante que desear desde hacía unos días, y la cosa debía atribuirse sin duda a la nueva hermana que atendía a la cocina, con unas teorías bastante originales sobre las mezclas.

Sor Honoria contestó al capellán que trataría de remediarlo y que esperaba que en adelante el desayuno resultaría tan devoto como la misa que el capellán rezaba todos los días para las monjas del Hospital de Afuera.

A «Bicarbonato», el barbero de Villalobos, no le daba buena espina el que a las diez y media de la mañana no hubiese aparecido a hacerse la barba el señor alcalde.

Don Onésimo era barbero de Villalobos sin competencia de ningún género desde que había enviudado por primera vez, hacía de esto ya más de veinticinco años. Pero cuenta con que su primer matrimonio había sido una locura de juventud, locura no de él, sino de sus padres, por lo que según los cálculos más exigentes no podía exceder mucho de los cincuenta años.

Lo de «Bicarbonato» se lo debía a la gentileza de la Botijera, con la que había tenido en su larga vida más de una agarrada, con escándalo y agresión. Don Onésimo, no es que tuviera el genio de mil demonios, con cuyo sambenito le adornaban sus múltiples enemigos, pero era indudable que las malas digestiones le alteraban con demasiada frecuencia el humor de perros que ya poseía por herencia.

Este era el origen de su apodo. Ahora era algo francamente popular en Villalobos, hasta el punto que las gentes parecían haber olvidado la existencia de un honroso nombre de pila como el de Onésimo.

Al marido de la Botijera, el farmacéutico don Rosendo Oliván y Pérez, no se extendía la fobia del barbero de Villalobos, pero indudablemente la boticaria había logrado usurparle un cliente, porque desde hacía muchos años no estaban al cuidado de «Bicarbonato» los sutiles adornos de la calva del farmacéutico.

Sea como fuere, que agua pasada no mueve molino, la preocupación de don Onésimo en esta mañana de junio, cálida, luminosa y apacible, subió de punto cuando comprobó que no sólo el alcalde se dejaba crecer la barba, sino que tampoco el señor juez, el párroco, ni el maestro habían aparecido por allí a sus horas habituales, que

variaban con la costumbre de pernoctar, madrugar, dormir hasta mediodía, y otras costumbres agradables de Villalobos.

«Bicarbonato», perdón, don Onésimo, se paseó largamente por el local de su barbería; miró con enojo al pinche que limpiaba las sillas, le regañó, bufó un rato a la puerta del establecimiento, hojeó una revista amarillenta de hacía dos años y medio, se enteró de las corridas de toros en la capital, de la temporada pasada, y acabó sentándose en el sillón de barbero que debían haber ocupado sucesivamente el alcalde, el cura, el maestro y el juez de Villalobos.

La mujer de la boca torcida consideró una verdadera suerte encontrarse con su vecina del piso bajo en el momento de entrar en su casa.

Realmente, la vecina del piso bajo no debía saber nada de lo ocurrido, porque era imposible que ninguna vecina de ningún piso bajo de Villalobos barriera con tanta calma el portal sabiendo que acababa de morir la señora.

A la mujer de la boca torcida esto le dio verdadera lástima, y así procuró acercarse a la vecina del piso bajo, con la que apenas tenía relaciones amistosas, y sorprenderla con una agradable sonrisa mientras doblaba cuidadosamente la mantilla.

—¿No está usted enterada, Merencia?

La vecina del piso bajo quedó mirándola con la boca abierta y la escoba detenida entre las manos.

Un débil haz de polvo flechado por el sol trató de adaptarse a las curvas y a las rectas de las dos mujeres.

La mujer de la boca torcida se regodeó espiritualmente, previendo la cara de sorpresa que suscitaría en su vecina del piso bajo cada una de las palabras que pensaba encasquetarle.

Por eso las fué pronunciando con calculada lentitud mientras la otra no terminaba de cerrar la boca:

—Pues que acaba de morir doña Paula.

Pero la vecina del piso bajo no estaba para demasiadas pamplinas aquella mañana (en realidad no lo estaba ninguna mañana, pero esta debía ser algo excepcional), y seguramente se alegró también de poder proporcionar un buen chasco a la mujer de la boca torcida, porque volvió a barrer como si tal cosa, mientras comentaba con una voz forzosamente ambigua:

—¡Que se muera! ¿Y a mí qué?

Con lo que la mujer de la boca torcida se apresuró a subir la escalera, y no se dio cuenta de que mientras la subía iba doblando y desdoblando tres y cuatro veces la mantilla.

Al barrendero y cartero de Villalobos le comía la paciencia que un perro cualquiera hiciese sus necesidades en el lugar preciso en que acababa de hacer su limpieza matinal.

—¡Ya te daré yo, tío finolis, para que escojas otra vez mejor sitio!

Y sin más ultimátum descargó sobre los lomos del afanado animal un escobazo que debió inhibir de golpe toda operación fisiológica en el organismo canino.

—Iia, iia, iia... —sollozó el apaleado, alejándose con el rabo entre piernas.

Y el barrendero y cartero de Villalobos continuó su labor higiénica, mientras el perro, reconfortado por las distancias, le ladraba desde el otro ángulo de la plaza.

—¡Ladra, ladra! Que no serás tú el único que ladre hoy.

Y evidentemente el can no pudo entender a qué se refería el empleado de la limpieza municipal; pero se cansó de aullar, y hociqueando el terroso pavimento de la plaza desguazó los lomos en la primera esquina que encontró fuera de peligro.

La señorita Benigna dijo a la muchacha de la honestidad a toda prueba que esperara a que ella terminase de explicar los afluentes del Ebro y que entonces charlarían, porque la noticia se merecía un buen diálogo.

Esta fué la causa de que las niñas de la escuela de Villalobos estuvieran más tiempo del acostumbrado jugando aquella mañana en la plazuela que hay delante del establecimiento docente.

Es una plazuela irregular, próxima al triángulo, aunque casi todos los vértices estén estropeados por pequeñas casuchas de familias pobres. No tiene árboles ni fuente como la plaza del Ayuntamiento, pero en cambio el polvo y el sol hacen allí estragos, y los perros de Villalobos se congregan en ese lugar porque allí son más abundantes los montones de basura.

Cuando Lucinda oyó a su madre, doña Clemencia, el relato del monaguillo, serían ya las diez y cuarto.

A esa hora precisamente comprendió Lucinda que sus cuitas habían llegado a término, puesto que con doña Paula desaparecía la mayor dificultad para que Antonio se decidiera a cumplir su palabra de matrimonio después de aquello.

(Aquello era lo que siempre ocurre. Lo que ha sucedido muchas veces en Villalobos: lo que da solera al hospital que regenta sor Honoria, y que no es tal hospital, sino un asilo de niños como el hijo de la sacristana, pero sin sacristana.)

Lucinda corrió a casa de Antonio, pero él ya había marchado a la finca de la señora para su trabajo diario.

Lucinda se sintió satisfecha con poder contar a la señora Rafaela todo lo que sabía.

La señora Rafaela se enjugó una lágrima.

—Porque era muy buena, ¿sabe usted? Y quiso bien a mi Antonio.

Lucinda bajó la cabeza, pues ella no podía tener para doña Paula los mismos sentimientos que guardaba la madre de su novio. Realmente doña Paula se había portado bien con Antonio, pero, ¿por qué motivo le amenazaba con dejarle en la calle si se casaba con ella?

(Lucinda reconocía que había sido un error dejarse llevar aquella tarde por Antonio al granero. Que nunca debían haber ido allí. Pero si después había nacido el niño, ¿por qué tratar de separarlos? Al fin, no era ella sola la culpable. Doña Paula estaba loca, ni podría saber nunca lo que era pasear hasta el granero con Antonio.)

Lucinda dejó a la señora Rafaela.

—Ven cuando quieras, Cinda. Y no te preocupes, que todo se arreglará.

¡Si todo el mundo fuese como la madre de Antonio! ¡Si él mismo fuera como su madre! Pero también Antonio era un egoísta, y ni el hijo que estaba en el Hospital de Afuera le apartaría de la finca de la señora.

Ahora que doña Paula había muerto, era imposible que Antonio siguiera fingiendo. Le propondría una vez más acabar para siempre o casarse. Eso es: casarse, como era lo mandado.

Cuando volvió a su casa se le ocurrió pensar que tal vez la amenaza de la señora no fuese más que una añagaza del novio para evitar compromisos.

—Los hombres son unos egoístas —le había dicho su mejor amiga, cuando lo del chico.

De todas maneras, ahora podría verse, pensó Lucinda.

Sus ojos no estaban tristes ni apesadumbrados. Hacía tiempo que se habían acostumbrado a aquella luz de la vida. Eran unos ojos grandes, dulces y claros, como el cielo sobre los trigales, como el fondo de las aguas. Y en esos ojos podía haber por igual el chispazo tormentoso de una pasión y la caricia de un gran cariño.

El Tuerto había interrumpido su debate cotidiano sobre la política colonial francesa para dedicar unas palabras al acontecimiento de la alquería.

Después, sin observar que la mayoría de sus clientes le dejaban con la palabra en la boca, cogió con olímpica facilidad el hilo y enhebró:

—¿Y qué les parece lo de Madagascar?

Al Tuerto le brillaba vanidosamente el ojo sano cuando podía confundir a sus adictos con un nombre de la categoría del que acababa de pronunciar. Eso no quita que todo el mundo supiera en Villalobos cuál era la fuente escondida de la erudición geográfica del tabernero. Pero resultaba más divertido tragarse la píldora y después

chismorrear a sus espaldas.

Pronunció el nombre de la isla silabeando bien, tal como lo había aprendido la tarde anterior del maestro de la escuela, cuando don Nando le informaba detalladamente sobre la situación oceánica de aquel pedazo de tierra.

El alcalde subió a la sala a esperar que el cura acabara sus latines sobre el cadáver de doña Paula. Después le tocaría a él. Había que preparar muchas cosas: ante todo, los albaceas. Después, los funerales; después... ¿después, qué más?

El alcalde de Villalobos temió volver a sudar como en la carretera y se arrepintió, sin confesárselo, de no haber traído consigo al secretario, que, con ser un pedazo de asno, podría valerle lo suyo en esta coyuntura.

Lo de «coyuntura» lo pronunció mentalmente, con una satisfacción que enfrió el sudor renovado de su cuello.

Mientras la Gumer daba vueltas de un lado a otro haciendo que hacía algo, el alcalde se quedó mirando detrás de los visillos el campo iluminado por el sol, vuelto de cara a los trigales de doña Paula.

¿Cómo lo hubiera llamado el secretario? ¡Ah, sí! Patrimonio del municipio. Eso era: todo aquello pasaría a ser patrimonio del municipio. Y el municipio, ¿no era él acaso, el alcalde? No había duda que el secretario a veces era listo y se merecía una recompensa. Casi estaba a punto de jurar que le daría una buena cantidad de grano en el próximo estío.

A este punto de sus meditaciones se rascó la cabeza para añadir el deleite de aquel cosquilleo al que le producían ideas tan consoladoras después del fatal desenlace de la vida de doña Paula. Pero ambos placeres duraron muy poco, porque en aquel instante se abría la puerta de la sala para dar paso al señor cura.

Cuando el sacristán entró en la iglesia para empezar el arreglo del altar de Santa Olegaria, cuya novena comenzaba aquella tarde, todavía estaba la sacristana de rodillas ante el altar de las ánimas, convencida de que más de tres de aquellas benditas le sonreían desde el mar de llamas sobre el que flotaba la imagen de Nuestra Señora del Carmen.

La parroquia de Villalobos tiene muchos de estos altares con imágenes atroces de santos y vírgenes pintados y vestidos con mantos de colores chillones y bordados llenos de oro, placas nacaradas y flecos. Son imágenes que sonrían a los fieles desde sus peanas, que miran al cielo, sosteniendo palmas, ruedas de martirios y coronas de laurel, con los ojos en blanco debajo de las aureolas. Una sostiene con las manos una bandeja en la que hay dos ojos de cristal, con sus pestañas; otra, en un pequeño cesto, lleva una cabeza con pelo natural, y una tercera se rasga la túnica para mostrar un

pecho cortado por el verdugo que, de rodillas ante ella, parece regocijarse en la feroz anatomía.

La iglesia de Villalobos está llena de estas imágenes, de miradas estáticas y risas heladas en la escayola. En un lado y otro las velas de los fieles consumen su holocausto blanco y chisporroteante. Es este quejido de los cirios lo que da su patetismo a las horas desiertas de la parroquia, cuando nadie en Villalobos se acuerda de sus santos vestidos con mantos bordados, con flecos y con nácares.

Al barrendero y cartero de Villalobos no le extrañó ver pasar al señor juez con cara de haber sudado frío y seguido del mozo de Teléfonos.

Lo que le extrañaba era que en vez de dirigirse al Ayuntamiento, los dos hubieran entrado en la oficina del segundo, y allí se quedaran, al parecer, con ánimo de pasarse la mañana hablando.

¿Qué podía contar de interesante el mozo de Teléfonos en un día como este al señor juez de Villalobos?

El cartero y barrendero de la plaza del Ayuntamiento sintió deseos inaguantables de cambiar impresiones con alguien y decidió dejar la escoba y dirigirse a la taberna del Tuerto, donde a aquella hora debían estar ya las mejores impresiones.

—Anda, vete a ver qué pasa por el Ayuntamiento —gruñó Bicarbonato, perdón, el señor Onésimo, al pinche de la barbería, después de su vigésimo paseo por el establecimiento—. Pero puedes prepararte si tardas un minuto.

—Descuide, patrón.

El pinche salió más contento que unas Pascuas, porque pocas veces se encuentra uno una bicocha así, de poder salir de la barbería de Bicarbonato a media mañana sin necesidad de que el señor Onésimo ponga el grito en el cielo.

El barbero de Villalobos siguió paseando en su honrado establecimiento, preguntándose cada vez más intrigado qué podía haber sucedido en la población para que ninguno de sus clientes de primera hora apareciera por allí.

Era una anomalía imperdonable el que el señor Onésimo tuviera que enterarse de las cosas por mediación de un simple pinche de barbería. Casi era una falta de formalidad.

Y estaba de Dios que había de ser así, porque en los largos cuatro minutos que tardó el pinche en volver, ni una sola persona se asomó a la puerta del señor Onésimo.

El muchacho entró como una exhalación, colorado y sudoroso por el enorme esfuerzo.

—¡Señor Onésimo! —gritó al entrar, como si Bicarbonato no estuviera en sus

propias narices, con mil demonios dentro del pellejo.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó el patrón.

—Se ha muerto doña Paula. ¡Es cierto, patrón, como hay...!

—No jures, animal. ¿Dónde has oído esa tontería?

—Por ahí lo andan diciendo. Todo el mundo lo sabe.

Ahora sí que se llevaban los demonios a Bicarbonato. Que todo el mundo lo supiera menos el barbero de Villalobos; que una noticia así no hubiera pasado por el tamiz legal de la charla entre la brocha y la navaja, era más que un insulto: era un reto a su dignidad profesional.

Rojo como una amapola gritó enfurecido y avergonzado:

—¡Calla, bruto! ¡No sigas hablando! ¿Cómo ha de saber todo el mundo una cosa tan secreta y tan importante?

Al pinche le pareció que debía apeaar a su amo de aquel error, y prosiguió a pesar de la tempestad que se amontonaba en la frente, en las cejas y en los ojos del barbero:

—Pues se lo he oído a la señora Paca, a la Isabel y a la Eufrosia, que estaban delante de la casa cural; y en la taberna hablaban todos de lo mismo. Y el cura y el alcalde...

Don Onésimo vio la trampa por algún lado, porque le interrumpió casi a punto de soltar una carcajada sospechando una broma de alguien:

—¿Cómo has estado en tantos sitios con tan poco tiempo?

El pinche no supo qué decir, pero juraba y perjuraba que era verdad lo de doña Paula, y que si él había estado en tantos sitios con tan poco tiempo no sabía explicar exactamente cómo había podido ser.

Pero en el color del muchacho, que subía y bajaba a una velocidad increíble, adivinó el patrón otra superchería, y sacando el reloj de su bolsillo comprobó que lo que él había calculado en cuatro minutos eran por lo menos veinte, y que el reloj de la barbería había sufrido un retraso alarmante desde que el chico saliera de allí en busca de noticias. Clavó los ojos fulminantes en el muchacho, y gritó:

—¿Quién ha tocado ese reloj?

Ahora sí que se sintió cogido el pinche y no hallaba por dónde salir del atolladero. Sus cálculos acababan de salirle rematadamente mal. Había confiado en el nerviosismo de su amo, que en su continuo ir y venir de la puerta al fondo de la barberil y desde aquí a la puerta no pudo sorprender la maniobra del muchacho con las agujas del reloj, antes de salir, ni había de reparar después en cuál era exactamente la hora en que vivía. Todo esto había sido un cálculo feliz, una trampa ingeniosa para permitirse un buen paseo por las calles y algún vistazo a la taberna. Pero he aquí que su misma precipitación le hacía caer en la propia trampa.

—No sé... yo no. No, señor... Debía estar así.

—¿Así, eh? ¡Botarate, ladrón! Te estás por ahí dando vueltas y retrasas los relojes

para engañarme. ¡Cuatro minutos, ¿eh? Ya te daré a ti cuatrocientos golpes que te dejen más vapuleado que el mulo del arriero! ¡Ven aquí, canalla, estafador! ¡Me robas el tiempo y los cuartos y te vas por ahí de jarana, como si no hubiera nada que hacer!

—Usted me mandó, patrón —gimió el muchacho, oliéndose ya los golpes en las nalgas.

—¡No me repliques!... —vociferó el barbero—. Si no fuera porque... ¡Ya te enseñaré yo a retrasar relojes para irte por ahí de jolgorio! ¿Con que doña Paula, eh? Te sacaré la piel a tiras si no es verdad.

—Se lo juro, patrón; en todas partes lo andan diciendo.

—¡Cállate, he dicho! Arregla ese reloj y ponlo a la hora. Se apartó para dejar paso al muchacho, que avanzaba cabizbajo, pero con el ojo avizor a la primera rebanada que le pudieran meter.

Harto le costó a don Onésimo contener el coscorrón que se le iba de las manos cuando pasó el mequetrefe. Este se acercó al reloj que había sobre una mesita al fondo de la barbería y empezó a moler las agujas. Pero de pronto sintió un calambre que le subía desde la región lumbar por toda la columna vertebral, hasta estallarle en un aullido. Se llevó la mano donde había recibido el formidable puntapié y se quedó mirando al patrón, asombrado de que este soltara una carcajada.

El hijo de la sacristana convenció al del médico y al del carpintero de que mejor que ir a la escuela aquella mañana era correr al campo para contar a los que estaban allí desde la madrugada lo de la muerte de la vieja.

Los tres espabilaron procurando no pasar ni por la plaza del Ayuntamiento ni por delante de las aulas de don Nando.

Después se encontraron entre los trigales, donde había un silencio tal que era imposible que hubiese llegado allí la noticia.

De paso cogieron unas ciruelas y completaron el desayuno, que con la carrera había sufrido un metabolismo más rápido del normal.

No tenían tiempo de hablar y se desabrochaban las camisas, porque en el campo, a la descubierta, el calor era ya grande en pleno junio. Antonio pensó que de haber sabido antes la muerte de la vieja se hubiera ahorrado el viaje, pues de seguro que aquella mañana no trabajaría ni Judas en la alquería.

Pensó también en que con el cambio de dueño podía quedarse en la calle, sin trabajo, y desde ese día su madre dejaría de llamarle «mi Antonio».

Y también pensó en Lucinda, que tenía un crío en el Hospital de Afuera.

Siempre que pensaba en Cinda una sonrisa muy agradable le aflucía inconscientemente a los labios. Era tan guapa, con su pelo trigueño, sus ojos claros y sus mejillas morenas por el sol...

La veía como la tarde en que se habían encontrado en el granero, cerca del

molino, cuando había ocurrido todo lo que después dio que hablar en Villalobos. Desde entonces la Cinda había cambiado; le asediaba con eso del casorio, le perseguía a todas partes con lo del crío. ¿Qué culpa tenía el si no podía casarse porque el ama no soltaba los cuartos?

¿Y quién había dicho que él no pensaba casarse? Es verdad que el cuento de que doña Paula no permitía que se uniera con la Cinda era una historia que él se había inventado para hacer callar a la mujer. Pero ahora, si se quedaba sin trabajo, la cosa iría de verdad y nunca se podría casar con Lucinda.

Sintió una gran lástima, porque quería a aquella muchacha que le había hecho tan feliz la tarde del granero. Pero no lograba explicarse por qué la muerte de una vieja como doña Paula había de intervenir en la marcha de su propio destino.

Bajó la cabeza, se puso de nuevo la gorra y salió de la alquería de los Gormaz de la Oropesa, después de visitar el cadáver de doña Paula.

La señorita Benigna y la muchacha de la honestidad a toda prueba no se daban cuenta del alboroto que estaban armando las niñas en la plazuela, y que tenía consternado a todo el vecindario próximo a las aulas de la maestra.

Alguien que martilleaba el piano en la lección de solfeo se levantó irritado para cerrar la ventana del segundo piso de la casa de enfrente.

Pero la muchacha de la honestidad a toda prueba y la señorita Benigna tampoco se dieron cuenta de esa pequeñez, porque tenía mucho interés lo ocurrido en la alquería de doña Paula.

El farmacéutico don Rosendo Oliván y Pérez estaba escuchando con atención, con mucha atención, con demasiada; atención, a su esposa el relato de la muerte de doña Paula.

Había sido algo misterioso. Se habían visto sombras aquella noche en torno a la alquería, y hasta debía andar por medio un extraño coche desconocido en la comarca. Sin duda se trataba de un crimen a sangre fría perpetrado por alguien que tenía ciertos propósitos sobre la herencia de la vieja. Después, la carrera del señor cura y del alcalde daban mucho que pensar.

Era indudable que allí había gato encerrado.

Fué cuando el farmacéutico formuló este pensamiento trascendental y de irreprochable factura detectivesca, cuando entró en la trastienda la dignísima señora del juez de Villalobos. Ninguno de los tres calculaba, ni podía hacerlo, hasta qué extremos llegaría la facilidad inventiva de la Botijera, la sagacidad policíaca de don Rosendo y la estupidez innata de la dignísima señora del juez de Villalobos.

El mozo de Teléfonos procuraba alargar la oreja hacia el auricular que sostenía el señor juez en su mano, para captar directamente algo de lo que se decía al otro lado del hilo.

La oficina de Teléfonos estaba atrocemente despintada y sucia. En el suelo, de grandes maderas mal ensambladas, había dos enormes lamparones de grasa ancestral, algunas mondas de naranjas y varios papeles de cartas rotas.

—Sí, señor gobernador.

El juez de Villalobos hablaba con el gobernador de la Provincia. El mozo de Teléfonos estiró el cuello todo lo que le permitió la elemental discreción que poseía, pero la voz del otro lado sonaba rápida y hueca: no había modo de coger una sílaba.

—Exacto, señor gobernador.

La telaraña que unía el techo de la oficina con la bombilla había crecido desmesuradamente en las últimas semanas. Ahora parecía el cable de un funicular aéreo. Ojalá el señor juez no levantara la vista al techo mientras sostenía aquella irritante conversación con el gobernador de la Provincia.

—Se lo comunicaré, señor gobernador.

El mozo de Teléfonos reparó en que la hoja del calendario marcaba todavía el 17 de abril. En realidad, el oficio de telefonista en un pueblo como Villalobos no dejaba demasiado tiempo para ciertos detalles.

—Sí, eso es. Así me ha parecido a mí también. Se hará como indica vucencia.

Los cristales que quedaban enteros en la ventana del fondo no dejaban casi pasar la luz, gracias a la gentileza del polvo que defendía así el color de las paredes de la acción destructora del sol.

—No me lo explico, señor gobernador. Yo creí que..., vamos, que era oportuno. Eso es, señor gobernador.

Con horror contempló el mozo de Teléfonos que sobre la mesa principal de la oficina había una serie de objetos suficientes para desprestigiar al más sólido empresario: dos cáscaras de plátano, tres o cuatro colillas, las fotos de dos o tres mujeres en paños menores, y una novela policíaca, con una portada en que la mano enguantada de un asesino estrangulaba a una mujer de cabello rubio, ojos desorbitados y labios entreabiertos en la última angustia.

El mozo de Teléfonos tembló por todo esto y deseó que el juez se entretuviera contemplando como la araña descendía en funicular del techo a la bombilla.

—Se lo comunicaré inmediatamente. Esta tarde, ¿verdad? Eso es, señor gobernador. Descuide, señor gobernador.

El mozo de Teléfonos hizo una nueva tentativa para escuchar lo que decían desde la capital. Pero resultó tan estéril como las demás.

—Está bien, señor gobernador. Adiós, señor gobernador. Adiós. No hay de qué, señor gobernador; era un deber. Adiós, señor gobernador.

Y el juez de Villalobos, con gran solemnidad, colgó de nuevo el aparato, sin detenerse a contemplar los ejercicios acrobáticos de la araña en su funicular, ni los lamparones del suelo, ni las muchachas en paños menores que le sonreían desde la mesa.

El maestro don Nando abrumó a aquel alcornoque de la última mesa a fuerza de divisiones decimales.

Después se empeñó en que todos hicieran divisiones.

Media hora después seguían aún haciendo divisiones.

Al maestro de Villalobos le parecía un medio infalible para mantener la paz en el sembrado de alcornoques. ¡Si pillara él al de la sacristana, al del médico y al del carpintero! Buen coscorrón les largaría por la tarde por haberse soplado la escuela.

(El maestro don Nando pensaba con ardiente nostalgia en que a aquella misma hora, mientras él convertía la clase en un infierno de divisiones decimales, sus compañeros de la taberna estarían haciendo mil cábalas sobre el significado de aquella extraordinaria mañana en que la muerte había viajado a Villalobos.)

—Cero, coma, cero, cero cincuenta y dos.

Su voz se fué haciendo un gruñido poderoso y temible, conforme aumentaban los ceros detrás de las comas.

Los alcornoques agitaban sus plumas sobre los papeles y transmitían a la inocencia de los cuadernos la indescifrable sabiduría de aquellas cifras.

—Cuatrocientos veintiocho, coma, cero dos mil quinientos setenta y seis. Dividido por...

Una mosca veraniega zumbó encima de la voz del maestro. Algunos alcornoques se estremecieron de júbilo. Hubo un murmullo de aplauso a la mosca oportuna.

—¡Silencio!

Puede decirse que don Nando estaba al límite de la paciencia. Sin el recurso comodísimo y abrumador de las divisiones decimales es posible que ya la hubiese emprendido a tortazos con el mundo infantil que le miraba socarronamente desde los bancos. La idea le tentó más de una vez.

Pero ahí estaban esos condenados cristales, detrás de los que se sentía fiscalizado por los ojos invisibles de las honorables matronas de Villalobos.

Cuando el cartero y barrendero de Villalobos entró en la taberna, el Tuerto seguía hablando del colonialismo francés y de la isla de Madagascar.

Pidió un vaso, y guiñó un ojo al tabernero, alegrándose de que, al parecer, nadie supiera allí la gran noticia que él traía.

El cartero y barrendero de Villalobos pensó que si el Tuerto hablaba de política y

de Madagascar —al cartero de Villalobos le sonaba este nombre a música celestial— era porque todos ignoraban precisamente lo más terrible, lo más grande que había ocurrido en Villalobos aquella madrugada.

Por eso, el cartero y barrendero de Villalobos se esforzó en poner una cara ingenua al preguntar:

—¿A que no sabéis la noticia bomba?

—¿Desembarcaron las tropas? —preguntó el tabernero, con su medio ojo desencajado.

—¡Bah! ¿De qué tropas hablas? Aquí la noticia es que ha muerto doña Paula.

Estalló una carcajada general en el menguado auditorio. El tabernero no podía contener la risa después de un buen rato. Por fin comentó con burla:

—¿Eso es noticia bomba? Eres un bruto, eso eres tú. Yo creí que por fin habían desembarcado las tropas.

Y sin hacer caso al aniquilado cartero siguió su oración fúnebre al colonialismo francés el honrado tabernero de Villalobos.

Tenían que encontrarse el cura y el alcalde en aquella estancia. Era algo fatal y tenía que ocurrir, aunque los dos hubiesen hecho esfuerzos increíbles para evitarlo. El caso es que no los hicieron.

El cura dudó antes de entrar en la sala. Después cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el alcalde como si tal cosa. Por fin se detuvo delante de él y le miró socarronamente a la cara.

—De poco no llega, don Simplicio.

El otro dejó escapar un gruñido que presagiaba la tormenta.

—Ya nadie puede hacer por la señora sino rezar —continuó don Jenaro con el mismo tono victorioso de antes.

Pero el alcalde se conformó de nuevo con gruñir.

El cura de Villalobos se quedó mirándole un breve espacio de tiempo, como si guardara alguna sorpresa nueva, mayor aún que la conocida, y pareció regocijarse en lo mismo que ya conocía.

—¿No pasa a verla? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—Pasaré cuando me parezca a mí —rezongó el alcalde, picado en su honor de primera autoridad local.

—Es usted un ingrato, don Simplicio. —Usted me está buscando las vueltas.

El cura acumuló una buena carga de ingenuidad, para continuar:

—¿Las vueltas? ¡Si las tiene usted todas!

La voz melosa que había sacado de sus registros más ocultos el cura de Villalobos acabó de poner como un energúmeno al alcalde.

—Mire usted, don Jenaro, señor cura o como le parezca: el que usted, por obra de

no sé quién, se me haya adelantado, no quita una verdad que es la que a mí me convence. Yo soy el alcalde aquí y ni usted ni todo el clero catedralicio se me pone en las narices. ¿Comprende?

—Vaya, vaya —comentó don Jenaro con la misma socarronería, reservando sus fuegos artificiales para momento más oportuno.

Y se sentó cerca de la ventana, desde la que se veían los trigales de doña Paula.

Fué esto lo que dio al alcalde la lucidísima idea de por dónde debía atacar.

—Ahí los tiene usted, señor cura. No tantos latines, no tanto amén. Que todo el pueblo sabe a qué ha corrido usted tanto esta mañana.

Don Jenaro resopló violentamente para contener el primer impulso, porque el alcalde había acertado con su idea diabólica de mentar los trigales. De buena gana hubiera deseado tener a mano un candelero de los grandes de la parroquia para romperle la cabeza de un modo que estuviera más conforme a la sagrada liturgia; pero se conformó con levantarse de un salto y ponerse delante de su rival.

—Usted no repetirá eso ahora, ¿verdad?

La estatura del señor párroco de Villalobos rebasaba casi en un palmo a la regordeta figura del alcalde. Lo cual no pareció inmutar demasiado a este, ni le debió molestar mucho el que tuviera que levantar la cabeza para contestarle:

—Claro que se lo repito.

Al cura le debió saber a jengibre la entereza del alcalde, y bramó, ya fuera de sí (que era exactamente lo que más regocijaba al otro):

—¡So zopenco!

La palabrota cayó a plomo sobre el representante de la municipalidad y se estrelló contra su cabeza con un ruido ensordecedor.

—No me insulte o tendré que proceder...

—¡Qué proceder ni qué castañas! —insistió el clérigo.

—¡Le digo que soy el alcalde! —gritaba como un energúmeno don Simplicio, ya colorado como la grana.

—Y le aseguro que usted no me vuelve a repetir lo de las mieses.

El cura se acercaba peligrosamente a la primera autoridad cívica de Villalobos y le hablaba ya con los labios en las narices, que se le iban hinchando cada vez más al alcalde.

—Deje que yo hable claro al pueblo y que lo sepan todo —prosiguió el digno don Simplicio con voz muy bronca—, y verá dónde van sus farfulladas.

—Usted no hablará claro a nadie. Usted nunca hablará claro.

—¡Señor cura! Le prohíbo que siga dirigiéndose a mí de esa forma. Le prohíbo que...

—Usted no prohíbe nada. Usted se está ahí sentado, don Simplicio, y como Dios manda, o le descalabro de un mangazo aquí mismo.

Y diciendo esto le echó las manos a los hombros con toda su fuerza, de tal manera que el bueno del alcalde cayó más bien que se sentó sobre la silla.

Y nadie sabe lo que hubiera seguido en aquella estancia si entonces no irrumpiera la Sinfo, lo suficientemente alarmada para no percibir el estado de guerra que se había proclamado entre ambas potestades.

El sacristán obligó a su mujer a dejar el altar de las ánimas y a que le ayudara para trasladar la imagen de Santa Olegaria al altar que le correspondería durante toda la novena en su honor.

Pero aun cuando llevaban la imagen de un lado a otro, la sacristana no podía dudar de que algunas de las ánimas le habían sonreído mientras rezaba por el alma de doña Paula.

La imagen de Santa Olegaria no era demasiado grande ni muy pesada, por lo que la sacristana pudo mantener su atención fija en aquel milagro de las figuras sonrientes, sin necesidad de que su marido preguntara a qué se debía la mística somnolencia que palpitaba en los ojos de la mujer. Es posible que este fenómeno pasara inadvertido para el sacristán, porque en ella era frecuente aquel gesto de visionaria en trance, y más de una vez se había dormido componiendo las flores del altar de la parroquia.

Pero esta vez la sacristana sabía que no era sueño. Sentía deseos de explicárselo todo a su marido. Pero la certidumbre de que él acabaría por reírse de sus espantajos acabó por retraerla al propósito de quedarse con su secreto mientras sujetaba por los pies a la santa Patrona de Villalobos.

—¡Pronto! Llama al alcalde. Si no, deja; ya iré yo —gritó, más sudoroso que nunca, el honorable juez de Villalobos en cuanto hubo colgado el teléfono.

—El señor alcalde ha salido esta mañana —murmuró acobardado el mozo de la oficina.

—¡No es posible! —levantó el cuello, fijando una mirada exterminadora en el mozo.

—Sí, señor juez. Yo mismo le vi pasar y aún no ha vuelto.

El honorable juez de Villalobos se acarició la barbilla un instante; tosió con circunspección, con el ánimo de serenarse, y por fin aceptó:

—Bien, entonces iré a ver al secretario.

Y cruzó la plaza hacia el Ayuntamiento, mientras el mozo comunicaba al de Correos que el señor juez acababa de hablar con el gobernador civil de la Provincia, y que sin duda ocurría algo grave, porque el señor juez había salido como alma que lleva el diablo hacia el Ayuntamiento para ver al secretario.

El secretario estaba por casualidad repantigado en el sillón del alcalde.

(Un sillón con remiendos de badana, ante una mesa grande de pino oscuro,

delante de un cuadro que representaba a cierto personaje político, de los que ya habían perdido eficacia en la provincia y no podían comprometer a nadie.)

El secretario del Ayuntamiento se puso en pie de un salto al ver entrar al señor juez.

(El personaje político sin importancia sonrió desde su marco empolvado.)

—Es necesario encontrar al señor alcalde. El secretario se quedó atónito al ver y escuchar al juez.

—El señor alcalde está en un asunto de importancia.

Ni por un instante se le pasó al señor juez pollas mientes de qué asunto podía tratarse, y por eso siguió con voz premiosa:

—Es necesario que lo sepa cuanto antes.

Al secretario le dieron ganas de reírse por la grotesca gravedad con que había hablado el honorable señor juez.

—¿El qué? —preguntó con sorna, opinando que el señor juez se desayunaba ahora con lo de la muerte de la vieja.

—Que el señor gobernador de la Provincia estará al llegar.

(El político sin importancia siguió sonriendo imperturbable en su marco polvoriento y carcomido.)

Ahora sí que palideció el secretario y tuvo ganas de esconderse o de dar un buen puntapié al señor juez en las descarnadas y honorables nalgas.

—¿El gobernador ha dicho?

—He dicho el señor gobernador —y el juez de Villalobos subrayó con una dignidad ofendida el título señorial de la primera autoridad de la Provincia.

El secretario no quiso oír más. Sin contestar ni decir adonde iba, salió corriendo de la estancia y al poco tiempo el juez le hubiera podido contemplar, si se hubiera asomado a la ventana del despacho del alcalde, atravesar, al mismo paso de liebre, la plazuela del Ayuntamiento, de la iglesia, de Correos y Teléfonos.

(A sus espaldas, el político sin importancia no dejaba de sonreír. Tampoco el honorable exjuez de Escalona y actual de Villalobos pudo ver la sonrisa del político sin importancia. Pero es posible que de haberla visto, don Fidel hubiera sorprendido en los ojos del viejo zorro un chispazo de inteligencia benévola.)

El barbero comprendió que la impaciencia le costaría un corte de digestión, que era el flaco por donde le atacaban a él todas las penas; y como es mejor prevenir que curar, decidió concluir con la causa de su mal humor y salió de la barbería, dejando al pinche a su cuidado.

Caminó al principio sin rumbo fijo, pero era lógico que en seguida se orientara a la taberna del Tuerto, donde sin duda las noticias referentes a lo de la vieja tendrían desde primera hora de la mañana su cuartel general.

Por el camino apenas vio a nadie de importancia, y no acababa de comprender cómo el pinche, en sólo veinte minutos, había hablado con tanta gente sobre el suceso que conmovía a Villalobos.

El cartero, que salía escaldado de la taberna del Tuerto, después de dar la noticia bomba, no consideró muy importante tropezarse con el barbero Bicarbonato.

Le dio los buenos días y siguió sin decir palabra, cabizbajo y mohíno, por la rechifla con que los clientes del Tuerto habían recibido su información sobre la muerte de doña Paula.

Cuando caminaba con intención de hacerse cargo una vez más de la escoba, topó de manos a boca con el mozo de Teléfonos, que iba aún ensimismado por la última novedad de la que él había sido testigo.

—El señor juez ha hablado con el gobernador. Debe de haber ocurrido algo serio.

El cartero movió escépticamente los hombros, y debió pensar que sin duda los franceses debían haber desembarcado en Madagascar, puesto que el juez había hablado tan urgentemente con el gobernador de la Provincia.

La muchacha de la honestidad a toda prueba había decidido admitir que las alumnas de la señorita Benigna voceaban ya más de lo oportuno y que sería mejor que volvieran a los afluentes del Ebro. Aparte de que todo lo referente a la muerte de doña Paula estaba ya dicho.

¿Estaba ya dicho?

Al llegar a la plaza de la iglesia, la muchacha de la honestidad a toda prueba se quedó absolutamente perpleja.

¿Por qué corría ahora el mozo de Teléfonos, detenía al cartero, que acababa de salir de la taberna del Tuerto, y volvía a correr hacia el mismo antro asqueroso?

Todo eso intrigó más de lo ordinario a la muchacha de la honestidad a toda prueba. Pensó que lo más completo sería seguir al mozo de Teléfonos, que sin duda llevaba algo sensacional que comunicar. Pero, ¿quién entraba en aquel lugar inmundo donde se reunían todos los incrédulos, todos los licenciosos y todos los holgazanes de Villalobos?

Sería mejor conformarse con noticias de segunda mano.

Y como quien no quiere la cosa se hizo la interesada por el estado del cartero, que parecía llevar un gesto muy cansado y desabrido.

Al cartero le llamó mucho la atención esa solicitud por parte de la muchacha de la honestidad a toda prueba. Pero ya que aquel día ocurrían cosas tan extraordinarias, era de esperar que esta no fuese la última.

—No me pasa nada —contestó con desgana.

Las cosas no podían quedar así. La muchacha de la honestidad a toda prueba hizo de tripas corazón y se lanzó a preguntar:

—Y al mozo de Teléfonos, ¿qué le ocurría?

Indudablemente, la solicitud de esta gente de iglesia es universal (debió pensar el cartero). Y otra vez contestó con la misma desgana:

—Nada. No corría por nada.

Se quedó un rato pensando, con las cejas agitadas siniestramente sobre los ojos hundidos, se rascó la cabeza moviendo hacia adelante la gorra, y por fin añadió, pensando que aquello llenaría de estupor a la mujer:

—Dice que el señor juez ha llamado por teléfono al gobernador de la Provincia, por no sé qué desembarco de los franceses en Madagascar.

Y siguió tambaleándose, como si en realidad hubiera bebido algo en la taberna del Tuerto.

Antonio había, visto primero al señor cura en la «bici» del Pericote.

Después se había cruzado con el señor alcalde, que llevaba la vara y la capa al hombro, a pesar del calor enorme que hacía ya a aquellas horas.

Ahora se encontró con el secretario del Ayuntamiento, que parecía ir a dejar los hígados en la cuneta, según corría.

Él sabía bien adonde iban todos. Pero, ¿qué podía interesarle eso a él? Los nuevos dueños de la alquería, fueran quienes fuesen, le dejarían a él en la calle, y ahora sí que no podría casarse con la Cinda aunque quisiera, y el crío seguiría con las monjas en el Hospital de Afuera hasta que él pudiese trabajar.

Contempló las mieses, el cielo azul; cruzó la acequia por dos veces y le vinieron ganas de mojarse, porque el sol picaba ya recio. Vio a lo lejos a tres chiquillos que corrían hacia las eras y de vez en cuando se paraban a coger fruta de los árboles. Con gusto les hubiera pegado un buen coscorrón, pero Antonio se acordó de que también él hasta hacía poco tiempo había cogido fruta de los árboles y que tal vez tuviera necesidad de volverla a coger.

Siguió caminando por la carretera polvorienta, sin acordarse de los chiquillos ni de los tres personajes con quienes se había cruzado desde su salida de la alquería.

Al llegar a los primeros árboles que hay bastante antes de la garita del guarda, y lejos aún de Villalobos, sintió un fuerte deseo de sentarse, descansar y recordar algunas cosas que yacían olvidadas. El pueblo, vibrante de luz y de blancura, estaba frente a él achatado y difícil. Sólo la torre parroquial se levantaba a lo alto encima de la meseta. A la derecha, casi a sus espaldas, la pequeña espadaña del Hospital de Afuera era otro clamor blanco en la monotonía del cielo y de la tierra. Antonio se sentó y contempló estas cosas mordisqueando una espiga ya casi dorada por el verano.

Recordó la tarde aquella del molino, cuando la Cinda y él se refugiaron en el granero a causa de la tormenta. Era algo ya muy lejano, pero se le presentaba delante de sus ojos como si hubiese ocurrido la tarde anterior.

La Cinda suspiraba un poco amedrentada cuando él la abrazó.

—Por Dios, Antonio. Así no. Mira que lo sabrá todo el pueblo y no está bien.

Entre sus brazos nervudos temblaba toda ella como una espiga más curvada por el cierzo.

—Nos casaremos, Cinda; te lo prometo.

Ella le había mirado con unos ojos húmedos, inexpresivos.

—Eso lo decís todos cuando tenéis un capricho.

—Yo te lo digo de veras, Cinda. No puedes dudar de que te he amado siempre.

—Si no es eso, Antonio. Si no es que dude de ti. Pero es que esto no está bien. Ya lo sabes...

Y había tratado de deshacerse de sus brazos, pero él logró retenerla aún lo suficiente para que todo diera un giro repentino.

Recuerda que se habían abrazado como enloquecidos y que habían estado así, sobre el heno, todo el tiempo que la tormenta clamó en el exterior, sobre la llanura inmensa. Ella no había resistido mucho más cuando él la había estrechado de nuevo. Ahora le maravillaba lo fácil que había sido todo y lo que Cinda había hecho por él.

También le maravilló la mujer el día que le dijo con su cara radiante y los ojos llenos de lágrimas:

—Antonio, tendremos un hijo.

Así, sencillamente, había sido todo.

Pero después vino todo el daño. La vieja doña Paula había gritado hasta enronquecer. Decía y repetía que ella estimaba al Antonio como si fuera su hijo y que no consentiría que una lagartona cualquiera lo atrapara porque a la tal se le hubiera ocurrido tener un hijo Dios sabía dónde.

Por más que suplicaron y gimieron los padres de Cinda, y por más que ella gimió y suplicó, aquello no tuvo arreglo, y Antonio acabó por convencerse de que tal vez la vieja tenía razón y que un hombre como él no debía dejarse atrapar sin más ni más.

Ahora no se explica qué cosas intervinieron en lo que hizo. Ganas de hacer rabiar a la Cinda, que se había puesto muy pesada desde lo del hijo. Ganas de sentirse aún libre: sentirse y serlo, que es lo más grande que se podía sentir. Y después que las palabras de doña Paula acabaron por atemorizarle y le convencieron de que la vieja iba de veras y que le dejaría en la calle si se unía a la Cinda. Él sabía que esto no era verdad, y que doña Paula no tenía corazón para ello. Pero le servía a su orgullo masculino y acabó por usarlo como un arma con la que se defendía de los asaltos molestos de la Cinda.

Y he aquí que ahora doña Paula había muerto. Él estaría bien pronto en la calle.

Su madre dejaría de consentírsele todo. Los padres de la Cinda no querían oír hablar de él. Y la Cinda misma parecía tan enamorada como al principio y tan decidida a no dejar sin padre al crío del Hospital de Afuera.

Y el caso es que Antonio seguía amando a la Cinda tanto o más que la tarde del granero y la tormenta. La amaba por sus cuatro costados, y hasta pensaba que era difícil vivir sin ella. Pero le costaba decidirse a aceptar lo que ella pedía a boca llena: que se casaran. Aquello era cosa de pensarse. Primero había que vivir y luego se casarían.

Pero ahora todo había cambiado de golpe con la muerte de la vieja. Se casaran o no, estaban en la calle, puesto que la alquería iba a cambiar de amo.

En ese momento de sus cavilaciones, Antonio sintió un deseo inmenso de encontrar a Cinda y abrazarla otra vez. La mujer había sido más valiente y fuerte que él. No se negaría más a lo que ella pedía. Lo esencial era no perderla a ella aunque lo perdieran todo. ¿No era fuerte y joven? Pues trabajaría en cualquier lugar en lo que se presentara. Irían a un pueblo donde nadie supiera lo del crío, donde todo el mundo los recibiera como a un matrimonio según lo mandado, y donde las malas lenguas y los peores ojos no anduvieran siempre detrás de ellos.

Se levantó y miró de nuevo a la lejanía. Los chiquillos habían desaparecido y no había nadie en la carretera.

Entonces volvió a caminar sobre el polvo, sin sentir demasiado el calor, porque iba a dar un alegrón a la Cinda.

Bastante que hacer tenía la Isabel en la casa del cura para que aún vinieran las vecinas a la puerta.

Y todo era por esa mujer de la boca torcida, que no dejaba de hablar.

Había que ver: a todos los tenía soliviantados: que si herencias, que si trigales, que si el alcalde lo quería todo para sí; que para cuando dejaban a la iglesia. Que también los santos tenían derecho a su parte, y que la señora había sido siempre una buena cristiana, si no en eso de proteger a perdidas como Lucinda...

—La hija de ese calzonazos del Oroncio, que todo lo permitió.

—Deja en paz a la gente, mujer —recomendó la Isabel, fregoteando de un lado a otro.

—Si él se las tiene tiesas a la hija, por estas que no se lía con el Antonio. Y ahora, mira: ¡en la calle! Porque el nuevo dueño que venga a la alquería no querrá perdidos como él; no son todos tan buenazos y consentidores como doña Paula, que era lo único que tenía: ser demasiado buena, sí, señor.

La Isabel acababa por impacientarse.

—Pero la señora bien impidió que se casaran.

—Con su cuenta y razón lo haría. Y también algo que tiraría el Antonio, que para

el hombre no es siempre cómodo casarse...

—¡Jesús, qué cosas dices!

Y metía en el agua hirviendo la sartén de los huevos del señor cura.

La mujer de la boca torcida concluía su arenga con un garabato de lloriqueo delante de sus vecinas, conmovidas por la elocuencia de aquella persona que se pasaba la vida en la iglesia y hasta se confesaba tres veces cada semana.

El farmacéutico don Rosendo Oliván y Pérez y la Botijera, su mujer, atendían a las explicaciones de la señora del juez, cuando entró muy conmovida la muchacha de la honestidad a toda prueba. Al ver a la señora del juez de Villalobos, se dirigió a ella antes que a ningún otro.

—¡Ah! Está usted aquí.

—¿Qué ocurre? —se sobresaltó la boticaria. La muchacha de la honestidad a toda prueba siguió dirigiéndose a la honorable señora del juez:

—Su esposo ha estado hablando con el señor gobernador.

—¡Arrea! —se le escapó a don Rosendo, sin que le contuviera la mirada fulminante de la Botijera.

—Han hablado no sé qué de unos franceses —continuó la recién llegada—. Unos franceses que han venido de no sé dónde.

—¡Ay, Dios mío, don Rosendo! —gimió la distinguida señora del juez de Villalobos—. ¿Lo ve usted?

—Sin duda ellos han sido. La cosa está bien clara —comentó con voz igualmente temblorosa la boticaria, hambrienta de noticias.

—Yo siempre he dicho que el turismo nos llevaría a la perdición —doctoraba el farmacéutico, con lúgubre solemnidad—. Nunca ha habido tantos crímenes en España como desde que hay tanto turismo.

—¿El turismo es un crimen? —preguntó la muchacha de la honestidad a toda prueba, abriendo mucho los ojos. (Ella había deseado más de una vez ser como esos turistas que aparecían de vez en cuando por Villalobos camino de la capital, y ahora empezaba a reconocer que había omitido deseos pecaminosos en sus confesiones. Esto acabó de aterrorizarla.)

—Entonces, es que los han detenido —aseguró la señora del juez, más aliviada.

—¡Pobre doña Paula! —suspiró la boticaria, santiguándose.

—¡Son unos bárbaros! ¡Nos perderán a todos! —discurseaba don Rosendo Oliván y Pérez.

—Debían ahorcarlos. —La voz de la señora del juez se iba haciendo más terminante conforme pasaba el susto.

Y todos asintieron al enorme veredicto.

Los chiquillos seguían corriendo y comiendo ciruelas por el campo. De vez en cuando se encontraban a cualquier labriego de los de madrugada y le descerrajaban la noticia sin más preámbulos. Así, entre las mieses y los frutales, la muerte de doña Paula se convirtió en una especie de brisa fuerte que azotaba las espigas con un temblor de exclamaciones, de gritos, de plegarias y de lamentos.

El cura y el alcalde se hubieran avergonzado sinceramente de la postura nada pacífica en que los sorprendiera la Sinfo, si después de esta, sin darle tiempo para anunciarle, no hubiese irrumpido en el pequeño salón de la alquería el mismísimo secretario del Ayuntamiento.

Don Simplicio no pudo disimular un suspiro de alivio al sentirse de pronto respaldado por un hombre de confianza. Empezaba a notarse demasiado solo en la polémica con el cura. Pero el suspiro del señor alcalde se cortó en seco cuando el secretario rompió a hablar con una voz pálida y temblorosa aún por la fatiga de su larga carrera hasta allí:

—¡Señor alcalde! ¡Viene el gobernador!

—¿Qué dices, pedazo de bestia?

Don Simplicio estaba tan aturdido que se olvidó del cura y de la Sinfo, que estaban presentes a la escena.

—Lo que oye, señor alcalde: que viene a Villalobos el señor gobernador civil.

El alcalde dio un salto y casi hizo tambalear al cura, que miraba igualmente asombrado al secretario.

—Tú nos tomas el pelo, bellaco —bramó el primer dignatario de Villalobos.

Parecía dispuesto a desplomar sobre el infeliz subalterno toda la cólera que había excitado momentos antes el párroco.

—Nada de eso, señor alcalde —tembló el secretario—. El mismo gobernador se lo acaba de anunciar al señor juez.

—¿Al juez? ¡Embustero! ¿Por qué no me lo ha anunciado a mí, que soy el alcalde?

—Por... porque usted no estaba en el pueblo.

Ante la evidencia del argumento, el alcalde cambió su color a un rojo más impresionante.

—Podíais haberme llamado, animales. ¿Y ahora qué hago yo? ¿Qué hago yo, señor cura? Tantas cosas por arreglar y al cretino del gobernador se le ocurre visitarnos hoy precisamente.

El cura acudió con su consejo al atribulado jerarca de Villalobos. En realidad, don Jenaro comenzaba a pensar que sus diferencias con aquel pobre hombre que sudaba y enrojecía por minutos eran algo tan quimérico como era irremediable lo que doña

Paula hubiese dispuesto en su testamento a favor o en contra de la parroquia.

—Debe usted darse prisa, señor alcalde; no hay tiempo que perder.

Pero don Simplicio no pensaba exactamente lo mismo que el cura sobre lo de los testamentos, y se olió una treta del poder eclesiástico.

—¿Sí, eh? —farfulló furioso—. ¡Y mientras tanto usted se queda aquí haciendo de su capa un sayo!

—Tengo el sayo y la capa, don Simplicio —contestó el cura, de mejor grado que lo que reflejaba su cara—. Y mientras tanto, a usted le va a llegar el gobernador.

—¡Déjese usted de eso, que no le importa! Yo me sé lo que tengo que hacer.

Y volviéndose al secretario, vociferó, como si tuviera a todo Villalobos delante:

—Vuélvase corriendo al pueblo: que publiquen el bando de las visitas. Que todo el mundo arregle sus casas y barra las calles. Que pongan colgaduras y colchas los cochinos que no las tienen. Que recojan los perros, y que no quede una basura por todo esto. ¡Ah! Y una multa al que contraviniera las órdenes. Todo a cuenta del alcalde. ¡Y pronto!

El secretario salió más rápido de lo que había llegado, con el esquema del bando en el caletre, procurando no olvidar ni lo de las colchas, ni lo de los perros, ni lo de la multa.

En la capilla del Hospital de Afuera, el capellán decía a las monjas que como verdaderas esposas de Jesucristo debían amar a estos niños que el mismo Señor había puesto en sus manos. Esa era su misión en este mundo, y amando a los niños amaban al mismo Señor.

Sor Micaela hizo un esfuerzo visible para no dormitar en el banco de la capilla. Se esforzó igualmente en pensar si ella amaba de veras al Señor en aquellos niños que se empeñaban en demostrar con tozudez que el acusativo servía igualmente para los complementos directos y circunstanciales.

El capellán dijo además que el tiempo de la prueba duraría siempre, y que nadie podía saber los designios del Señor sobre aquella pequeña comunidad. Añadió que siempre sería oportuno pensar en aquellas otras monjas que habían muerto allí mismo durante la francesada. Y que todas debían estar preparadas a dar igualmente la sangre por el Señor y por los niños que se les había encomendado.

Sor Micaela pensó que sería más fácil morir colgada del badajo de la campana que hacer comprender a los niños de su clase ciertos detalles de la gramática. Pero se esforzó en apartar esas distracciones y atender a las cosas que decía el capellán, que siempre había sido tan devoto cuando hablaba con las monjas.

El capellán pidió, por fin, a las monjas que rezaran por el alma de aquella bendita doña Paula. Era posible que la difunta no precisara de las oraciones de las monjas, pero también era cierto que las monjas estaban muy obligadas a rezar por la difunta y

hasta era posible que lo estuvieran más en adelante.

Sor Micaela pensó que nunca entendería las últimas palabras del capellán, pues si la pobrecita doña Paula había muerto ya, ¿cómo podrían estarle más obligadas en adelante? De pronto se dio cuenta de que posiblemente el capellán había tenido alguna revelación sobre la santidad de doña Paula y los milagros que haría en favor de las monjas del Hospital de Afuera. Y esto la consoló mucho hasta el fin de la plática del capellán.

Cuando la plática hubo terminado, las monjas salieron en fila de la capilla y volvieron en silencio a sus ocupaciones, porque antes de morir bajo el badajo de la campana, el Señor les pedía que trabajaran en silencio todos los días y que rezaran alegremente por las noches.

—Tenemos que esperar unos días, Cinda. No sé si seguiré trabajando en la alquería.

—El niño...

—Mujer, el niño bien está con las monjas ahora. No es que piense que vaya a estar allí siempre, pero ahora está mejor allí que con nosotros.

Y la besó en la frente para demostrarle que desde la muerte de doña Paula nada podría impedir ya su amor.

A la mujer de la boca torcida le había irritado sobre todo que la vecina del piso bajo no mostrara asombro alguno ante su gran noticia, y siguiera barriendo, impávida, sin atender a la reconciliación que ella le ofrecía gracias al acontecimiento de la muerte de doña Paula.

Sólo por esto, y no por otra causa de las mil que cabían en sus complicadas entretelas, vociferaba aún a pesar de las réplicas y ruegos del ama del señor cura, y seguía explicando que debían ser barridos del pueblo hombres como el Antonio, y mujeres como la Cinda, que para lo único que valían era para dar quebraderos de cabeza a las gentes de bien, que luego tenían que mantener con sus limosnas a las monjas y a los niños del Hospital de Afuera.

No es que a la mujer de la boca torcida le importaran mucho los niños, pues ella bien sabía lo que daba al año para el Hospital, y lo seguiría dando aunque no hubiera más niños en aquella necesidad. Pero es que la vecina de abajo le había dado un desplante que a poco le cuesta un buen rasgón a su mantilla.

La mujer de la boca torcida daba cada año diez pesetas para el Hospital de Afuera, porque juzgaba que no convenía empachar demasiado a los niños que no tenían siquiera a la sacristana por madre.

Y también hacía algunas ropitas para el ropero de la Parroquia, exactamente igual

que la señora del juez, la boticaria, la muchacha de la honestidad a toda prueba y otras damas respetables de Villalobos, todas las cuales se reunían en un cuarto que había detrás del altar de San Valentín, donde tenían una tertulia muy amena mientras acababan de coser las chaquetas de punto y de zurcir calcetines de hijos de padres conocidos para los niños del Hospital de Afuera.

Era admirable cómo estas honradas mujeres aseguraban así un lugar entre las jerarquías angélicas.

Cuando el secretario del Ayuntamiento llegó a Villalobos, lo único que hizo fué no ir al Ayuntamiento. Lo que hizo fué entrar en la taberna del Tuerto y preguntar por Benito.

(Benito es en Villalobos el hombre que echa los bandos del alcalde, porque tiene la voz más sonora del pueblo. Es un empleado del Ayuntamiento, y aunque el señor cura ha querido muchas veces que anuncie también las procesiones, nunca lo ha consentido el señor alcalde.

—Porque mientras yo sea alcalde, el Benito no anunciará las funciones de la Parroquia.

Y a esta sencilla fórmula han quedado reducidas las relaciones de la Iglesia y el Estado en Villalobos.)

Aunque el Benito no estaba en la taberna del Tuerto, el secretario aprovechó la ocasión para echar su ronda y beberse unos cuantos vasos de tinto, que buena falta le hacían después de haber sudado el agua por los caminos.

A esa hora, que pasaba ya de las once y media, la mayor parte de los clientes del Tuerto habían emigrado a las zonas de sol de la plaza del Ayuntamiento, porque esa era la costumbre desde tiempos inmemoriales, y en Villalobos esas costumbres se guardaban como oro en paño. Por eso el Tuerto aprovechó la ocasión para indagar del secretario, que por su cargo en el poder civil debía ser un hombre muy culto, en qué lugar de Madagascar habían desembarcado los soldados franceses.

El secretario le contestó que él sólo traía órdenes del alcalde para hacer público un bando, y que él mismo, el tabernero, ya podía empezar por quitar las telarañas a su establecimiento y limpiar un poco los cristales de la entrada, porque si no era cierto que los ejércitos de la vecina República llegaran hasta Villalobos, sí lo era que ya estaba a punto de llegar el mismísimo gobernador civil de la Provincia; y que esto no traería mucho bien para Villalobos después de todo lo que estaba ocurriendo.

Todo esto lo dijo con voz avinagrada y rápidamente, de tal manera que dejó al bueno del Tuerto con la boca abierta, un vaso en la mano, y unas ideas bastante confusas sobre el viaje del gobernador y el impresionante desembarco de las fuerzas coloniales. El hecho de ser el primero en ver salir al Benito con toda la traza de corear un bando, compensó en cierta manera a Bicarbonato de las calamidades de

aquella mañana.

Casi se frotó las manos de gusto, estuvo a punto de olvidar las chapucerías del pinche, y no volvió a meditar sobre la ausencia de sus mejores clientes en cuanto contempló la novedad del tambor lanzado a un redoble desesperado en medio de la plaza soleada y tranquila.

Al maestro de la escuela, don Nando, le pareció muy oportuno el sonoro redoble del Benito, porque estaba a punto de agotársele el repertorio de divisiones con números decimales con el que acababa de acogotar a los alcornos de la clase.

Y como con las divisiones se le agotaba también la paciencia y le crecía el deseo natural de saber, que todo buen maestro de escuela debe tener excepcionalmente desarrollado, decidió que los alcornos de la clase eran también ciudadanos de Villalobos, y que por lo tanto a ellos les incumbía de igual modo enterarse de lo que disponía el alcalde por medio de la voz del Benito.

Así, pues, con la prueba de la última división con divisor de tres o más cifras, concluyó la clase de don Nando por aquella mañana (él ignoraba que realmente concluía la clase por todo aquel día), y soplándose los dedos y sacudiéndose las solapas del traje lleno de tiza, salió como un dios olímpico detrás de la baraúnda infernal de los muchachos.

—¡Los han debido coger! ¡Los han debido coger! —gritó casi entusiasmado el farmacéutico don Rosendo Oliván y Pérez cuando llegó hasta la trastienda de su botica el bizarro redoble de Benito.

—Y es posible que hasta estén sentenciados y todo —comentó la honorable señora del juez.

—Ahora publicarán la sentencia —aseguraba la boticaria, con un inefable gesto de satisfacción—. Suelen hacerlo siempre —corroboró en seguida, como si en Villalobos gozaran cada día de las delicias de un consejo sumarísimo de guerra.

Y todos a una, seguidos de la muchacha de la honestidad a toda prueba, salieron a la puerta de la farmacia, por si hasta allí les llegaba la voz poderosa del pregonero de Villalobos.

La mujer de la boca torcida dejó de hablar cuando sonó el redoble y se puso en movimiento, con todas las ilustres comadres que hacían el corro, en el instante mismo en que apareció por la otra esquina de la plaza la señorita Benigna con todas las niñas de la escuela, en perfecta formación de tres en tres.

—¿Qué pasa ahora?

—De seguro que se publica el testamento —comentó la mujer gorda de enfrente.

(En Villalobos hay también, como en casi todos los pueblos de cierta importancia,

una mujer gorda de enfrente que es poseedora de las ideas más originales, de los mofletes más rellenos y del moño más tieso de la población.

Esta mujer gorda de enfrente es la que tiende la ropa los martes por la mañana y la recoge los miércoles por la tarde; la que tiene un balcón muy estratégico que da a la plaza; y en el balcón, unos geranios que compró en la capital. Y detrás de los geranios una niña de quince a diecisiete años que todas las tardes, excepto los domingos, toca el piano de tres y media a cinco menos cuarto.

La mujer gorda de enfrente sonríe con una especie de ingenuidad experimentada; a todo dice que sí, menos a lo que no la acomoda. Y cuando dice que no, es de una tenacidad sólo comparable a la de su retoño, que aprende solfeo todas las tardes excepto los domingos.)

A todos les pareció que lo del testamento era lógico y natural.

—¡Ah, claro: debe ser eso! —comentó alguna, quitándole importancia al descubrimiento de la mujer gorda de enfrente.

Y todas atravesaron la plaza engrosando la brillante formación de las niñas de la señorita Benigna.

Sor Micaela había empezado la clase de gramática con un espíritu lleno de euforia en el Señor.

Casi era imposible que unos niños sin padre ni madre conocidos pudieran acertar alguna vez el caso propio del complemento directo, pero ella seguía haciendo verdaderos esfuerzos para amarlos en Cristo.

Lo primero que hizo fué rezar con el máximo recogimiento el avemaría. Siempre le producía un vehemente júbilo ver delante de sí aquellos bracitos cruzados a la altura del pecho, aquellas cabecitas levantadas a lo alto con un ademán poco menos que garboso, y aquellos ojos de todos los colores, fijos en la imagen de Nuestra Señora que regía los destinos de la clase y de la sintaxis.

A sor Micaela le gustaba que los niños rezasen con este aire marcial y uniforme. No en vano su padre había sido coronel de infantería y había recibido heridas muy gloriosas cuando lo de Anual. Pero a todo esto ella había renunciado por esos chiquillos, a quienes tenía que meter con paciencia y sonrisas toda la declinación del nombre y aun la conjugación perifrástica.

Sor Micaela paseó su mirada apacible sobre todas las cabezas de los niños, mientras ellos se sentaban en los bancos.

Recordó la impresión detestable que le habían hecho estas pequeñas clases blanqueadas y desnudas, con sus mapamundis polvorientos, descoloridos, que todavía ostentaban, con un rojo fuerte, los dominios imperiales de Francisco-José. Cuando llegó al Hospital de Afuera, hacía ya algunos años, sintió desfallecerse la vocación y estuvo a punto de volverse con su padre, el coronel de infantería. Pero ella había

amado siempre al Señor y había sido enérgica y castrense en la práctica de ese amor: no era motivo suficiente para abandonarlo el que las clases del Hospital de Afuera ostentasen en sus paredes desnudas y encaladas unos mapas polvorientos con el Imperio austro-húngaro pintado de rojo.

Después de rezar, como los niños escribían muy despacio y se le iba el tiempo de la clase, la misma sor Micaela cogió la tiza y escribió una inspirada frase en la pizarra:

«Todos los niños buenos ofrecen flores a la Virgen.»

Y como una verdadera esposa de Cristo, sor Micaela empezó el análisis. Al cartero de Villalobos le interrumpió su consabido sueño de media mañana el redoble del pregón.

El sueño sobre la silla, en equilibrio de dos patas, no había hecho más que acentuarle el mal humor que le dejara su fracaso noticiero en la taberna del Tuerto. Pero como era hombre, y vecino de Villalobos además, sintió una tenaz curiosidad por saber qué decía la voz redonda y sonora del Benito, y sólo por este motivo se decidió a abandonar la oficina de Correos y salir al sol de la plaza, donde la luz le encandiló los ojos desde el encalado de las paredes.

Ya se había formado un buen grupo, con los viejos que tomaban el sol junto a la Parroquia, las niñas de la señorita Benigna y varias mujeres que hablaban sin parar, al mismo tiempo que el pregonero.

No reparó en que de la farmacia salían, con gestos de entusiasmo y de venganza, don Rosendo Oliván y Pérez, la ilustre señora del juez, la boticaria y la muchacha de la honestidad a toda prueba. Tampoco reparó en las gesticulaciones con que se fueron acercando al grupo que rodeaba al pregonero, ni en el sorprendente efecto que iban causando sus palabras entre las mujeres.

Efectivamente, todas callaban quedando con la boca muy abierta en cuanto oían las cosas terribles que debían decir el farmacéutico y sus compañeras de tertulia.

El cartero de Villalobos no reparó en nada de esto, sencillamente porque él nunca reparaba en nada, y menos en lo que tocara a aquellas gentes de iglesia, y mucho menos ahora que sus ojos encandilados por la luz de las paredes encaladas acababan de abrirse de su acostumbrada siesta de media mañana.

Más de la media mañana era cuando el honorable juez de Villalobos salió de su profunda meditación para dirigirse al Juzgado.

Él había obrado indudablemente con la rectitud de un ciudadano y de un empleado del Estado.

Aunque la había esperado, no dejaba de sorprenderle la actitud del gobernador de la Provincia, que sin duda traería cola para el vecindario de Villalobos y para sus dignas autoridades.

Eso de ponerse en camino un señor gobernador no era algo que ocurría cada mañana y cada tarde, y precisamente ahora, al comienzo del verano, cuando el trigo amarillo empezaba a comprometer las cosas y cuando el diablo de la codicia parecía andar suelto por esos campos de Dios (lo de campos de Dios era un decir, bien se lo sabía el señor juez), era levantar la caza demasiado temprano el hacer venir al gobernador civil en un viaje de esa categoría.

Pero el caso no era para menos: así le parecía al juez de Villalobos.

La cuestión de un testamento, como sin duda debía ser el de doña Paula, en la que tantos intereses había por medio, al borde de una verdadera anarquía, no iba a resolverse de un modo superficial, dejándola en manos de hombres como don Simplicio, el secretario del Ayuntamiento o el mismísimo señor párroco. Que los erarios del municipio y los diezmos de la iglesia tuvieran el ojo derecho puesto en aquellos cuantiosos bienes, era algo que al honorable juez de Villalobos y exjuez de Escalona no podía escapársele así como así. Muerto el burro, la cebada al rabo. Y muerta doña Paula, las mieses a las eras, a los bienes mostrencos o a los graneros de don Simplicio y don Jenaro. Reducido a esquema, eso era todo en la mente de don Fidel.

En fin de cuentas, había obrado bien. Procedía por el bien público de la nación, sin reparar en pequeños límites horizontales, ni en términos de municipio. Como un ciudadano honesto y como un honrado funcionario.

Todas estas cosas las iba pensando el juez de Villalobos, como conclusión de sus prolijas meditaciones, cuando caminaba hacia el Juzgado y oyó el rumor de las gentes en torno al pregonero.

Cuando Antonio acarrea el agua (cosa que hacía todas las mañanas y esta lo había adelantado gracias a su imprevista vuelta de la alquería) se encontró con Lucinda, que venía de comprar las cosas para la comida.

La miró largamente, dispuesto a no detenerse con ella, porque los padres de la muchacha la tenían en entredicho. Pero fué la Cinda la que se le acercó sin miedo a escandalizar a las vecinas.

—Oye, Tonio. No sé lo que va a pasar.

Su voz era pálida, detrás del presagio.

—¿Ya estás con miedo tú también?

La miró de arriba abajo, sorprendido de que no le hablara de matrimonio ni de hijos.

—¡Es que andan diciendo por ahí unas cosas! Que a la vieja la han matado y que han sido unos forasteros que los tienen cogidos o están al caer.

Y que el gobernador viene esta tarde. Esto es verdad porque lo han cantado a pregón.

—¿Y qué nos importa a ti y a mí todo eso?

—Sí importa, Tonio, sí importa —gimoteó la otra, sin poder eludir ya el tema consabido—. ¿Qué va a ser del niño y de mí si te pasa algo?

—¡Mujer! ¿Qué ha de pasar? Todos son chismes.

—Sí, chismes. Todo el mundo lo anda diciendo ya por ahí. Y por eso no ha vuelto el alcalde, que esta mañana lo vieron pasar y aún no está en el pueblo.

—Al alcalde lo he visto yo camino de la alquería. Y bien sudao que iba el pobre. Bien sudao, con su vara y su capa. El cura es el que supo hacerlo mejor, que se cogió la bici del Pericote y llegó el primero. ¿Ves, Cinda, como todo son chismes?

Cinda se santiguó rápidamente como tenía por costumbre cada vez que oía algún trueno, sin duda porque todo aquello empezaba ya a olerle a tormenta.

—Mira, Cinda: lo que tú y yo debemos hacer hoy es encontrarnos otra vez donde antes.

Cinda le miró asustada.

—¿Dónde antes?

—Sí, mujer: en el molino.

Cinda palideció y bajó la cabeza como si reflexionara en algo muy grave.

Se acordaba que en el molino ocurrió aquello que había hecho sufrir tanto a su madre y que había desatado la lengua de las mujeres del pueblo y sobre todo la de esa beata de la boca torcida.

—¿Quieres volver a las andadas, Tonio?

—A las andadas, no; que pa eso ya tenemos uno en el Hospital de Afuera; pero sí a que volvamos a querernos.

A la Lucinda se le iluminaron los ojos y hasta se le encendieron las mejillas. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que Antonio hablaba de aquella manera; la brusquedad de los meses pasados la había hecho llorar repetidas veces.

—¿Para bien, Tonio? —preguntó con temor.

Tenía unas mejillas carnosas y bellas la Cinda, a pesar de todos los pesares, y unos ojos en los que ya no había inocencia, aunque todavía quedaba mucha ilusión.

—Para bien, mujer —contestó él con una sonrisa ruda y casi cariñosa.

Y se separó de la muchacha, porque ya llevaban hablando mucho tiempo y ahora quería empezar en serio y «para bien».

Gracias a que el secretario acababa de decirle que habría bando, al tabernero de Villalobos no se le ocurrió pensar que el sordo tamboreo del Benito podía proceder de alguna avanzadilla del ejército francés, que, indudablemente, para llegar a Madagascar tendría que pasar por Villalobos, puesto que por Villalobos pasaban todos los que iban a la capital o venían de ella.

Así, pues, con el gesto que hacen las personas cuando sólo ellas conocen una cosa

que va a causar sensación en los demás, es decir, con una sonrisa bonachona e indulgente para los míseros mortales que aún lo ignoraban todo, el tabernero se conformó con asomarse a la puerta de su establecimiento y enterarse de cuanto había dicho el pregón, teniendo buen cuidado de afirmar que él lo sabía ya todo de antes, y que a él había sido a quien primero se le había notificado la nueva que ahora voceaba el Benito.

Sólo el maestro don Nando se abstuvo de poner cara de embobado ante las sorprendentes revelaciones del Tuerto. Porque sólo el maestro de Villalobos tenía una referencia casi cierta de dónde caía Madagascar y de dónde sacaba sus luces el ilustre tabernero.

Al señor cura le costó bastante convencerse de que debía aceptar la proposición del alcalde y volverse con él a Villalobos, y de que a buen seguro todas las cosas resultarían a pedir de boca.

La impresión que había hecho en el alcalde la venida del señor gobernador, tal como la había anunciado el secretario, había tenido la virtud de poner al primer magistrado de Villalobos como una seda.

Desde entonces el señor párroco depuso su actitud que irremediablemente le conduciría a la intransigencia; se olvidó de los insultos, de las sospechas y de los gritos de don Simplicio, y bastó con que fueran apareciendo por la alquería de Gormaz de la Oro pesa algunos hombres y mujeres del campo que entraban «a ver» a la señora, ellos con las gorras en las manos atezadas, para que al fin se decidiera a volver con el alcalde.

A don Simplicio esto le supo a miel sobre hojuelas, porque quedándose el cura párroco en la casa de la difunta, todavía no se las tenía todas consigo, sobre si por cualquier arte de magia el señor cura no haría algún cambio en el famoso testamento de la vieja.

Así, pues, serían cerca de las doce cuando los dos transpusieron la última puerta de la alquería, asegurando a la Gumer y a la Sinfo que no faltaría en adelante quien velara el cadáver de doña Paula. Que ellos lo arreglarían todo de manera que saliesen bien las cosas.

Y como si nada hubiera ocurrido, el alcalde con su capa al hombro y su vara debajo del sobaco, y el cura con la teja calada hasta las orejas y el manteo al desgaire, tomaron de nuevo el polvoriento camino que entre dorados trigales conducía a Villalobos.

Villalobos, a las doce del día, ha cambiado de color. La tenue bruma de la mañana, con el desperezo de los campos y de las cosas, ha ido perdiendo consistencia,

plegándose sobre sí misma en un capricho continuo de formas, como un halago al cielo y al sol. Detrás de ella, la blancura de la cal, el dorado de las piedras y de los trigales, se hace de pronto rotundo y recortado. El color de Villalobos adquiere a estas horas su morbidez de tierra concreta y total.

Surgen a la luz los tejados parduscos, rojizos, casi horizontales; las pequeñas chimeneas, con el gesto desilusionado cara al espacio sin límites; las tapias enjalbegadas, azotadas por la luminosidad excesiva de junio, cuando el sol camina más cercano a este mundo tendido en la espera de la sombra y de la brisa.

Es un Villalobos sin máscara, desnudo en la crudeza del mediodía, solicitado por esa luz despiadada que se desploma desde la altura sobre cada uno de sus rincones. Un Villalobos distinto del de la mañana, diferente al de la tarde, porque cada hora cambia también su gesto agazapado en la meseta. Hay fiebre y sed en estas calles tendidas al sol, sin un cobijo miserable que las defienda. Una brisa derramada por los campos palpita débilmente en las hojas de los árboles y acaricia con su tibieza las flores de los balcones. Flores rojas, blancas y rosadas. Flores que buscan desde la verja a la fachada como un beso. Después, el sol dejará de acariciarlas largamente y habrá llegado el sosiego de la tarde, con una nueva luz y un nuevo color.

Pero a esta hora decisiva de Villalobos todo el mundo circundante asiste con la precisión de sus líneas recortadas sobre el lejano azul neto y redondo, donde vibra, implacable, seca y ambiciosa, la luz.

También la boticaria se esmeró en la limpieza de los escaparates, a pesar de que no estaban los cristales tan polvorientos y llenos de mugre como los de Teléfonos, Correos o la taberna del Tuerto.

A la esposa de don Rosendo le producía un júbilo particular la llegada del gobernador, a causa de que al menos una vez en la vida podía ver a la dueña de la casa empeñada en la limpieza de puertas y ventanas, sudando como cualquier otra vecina bajo el peso del sol.

Cerca de la farmacia, el cartero de Villalobos barría por tercera vez la porción de la plaza adonde no llegaba la demarcación de las escobas de las vecinas.

Toda la plaza de Villalobos se había convertido de pronto en un polvero, gracias a la voz mágica de Benito, que de un modo especial había insistido en las multas con que, de contravenirse lo ordenado, se enriquecería el erario municipal de don Simplicio.

Era necesario que Villalobos ofreciera el aspecto de un pueblo civil, limpio y educado, para cuando llegara la primera autoridad de la Provincia. Una visita así no se veía todos los años. La lástima era, pensaba el secretario del Ayuntamiento, no haberlo sabido con unos días de anticipación, para preparar unos fuegos artificiales, hacer que la fuente echara agua durante unas horas, e invitar a los pueblos de la

comarca a las grandes fiestas de Villalobos.

Lo mejor del caso es que con todo este ajeteo repentino no iban a quedar energías para celebrar a Santa Olegaria, y así el señor cura tendría algo sobre que bramar desde el púlpito el día de la Patrona. Que un gobernador civil usurpara el regocijo reservado solamente a las fiestas de la iglesia era una cosa que llenaba de alegría interior al secretario.

Y por eso, desde la ventana central del despacho del alcalde, contemplaba, con una sonrisa que hacía olvidar todos los apuros pasados, el movimiento de las mujeres y de los hombres, con sus escobas, sus baldes de agua, sus trapos, limpiando aquí y allá los cristales, las puertas, las ventanas, y hasta las fachadas de las casas.

El secretario se había desabrochado la camisa y se abanicaba con un periódico retrasado, porque el calor estaba apretando terriblemente a aquellas horas. Pero la sonrisa no se extinguía de sus labios ante el espectáculo que le brindaba la gran plaza del Ayuntamiento. Sin duda alguna, el señor alcalde se mostraría perfectamente satisfecho por sus servicios, y si no le aumentaba la parcela de trigo que le correspondía aquel agosto, al menos dejaría de llamarle pedazo de bestia el resto de sus días.

El secretario recordaba aquellos días ya casi lejanos en que él no era secretario del Ayuntamiento, ni don Simplicio era el alcalde; cuando los negocios de mulas aquellos, en los que sólo él y Simplicio conocían las ganancias y la procedencia de los animales, zurcidos y remendados hasta lo inverosímil, pero vendidos a los campesinos a precio de oro como si estuvieran más enteros que cuando los parió su madre. Esta confianza mercantil le había valido de mucho al secretario, por más que don Simplicio se empeñara en llamarle pedazo de bestia. Y el secretario sufría pacientemente todas las destemplanzas de su amo, porque no ignoraba de qué eran capaces ambos.

La mujer de la boca torcida desistió de bajar al portal para ayudar a la vecina del piso bajo. Se conformaría con limpiar un poco sus cristales y poner la colcha que tenía guardada del frustrado ajuar de matrimonio, cuando ella era aún tan casadera como la Cinda.

—Si fuera verdad lo de los franceses —murmuraba para sí mientras batía el brazo sobre los cristales—, sería la hora de la justicia de Dios. Entonces comprobaría la Cinda y otras como ella hasta dónde son capaces de llegar las gentes de bien.

Y la mujer de la boca torcida, mientras limpiaba las ventanas, se sintió por unos minutos administradora de la terrible Justicia divina.

El señor juez de Villalobos cerró el Juzgado a la hora y media en punto de haberlo abierto.

Así daba por concluida la jornada de trabajo intensivo que en verano sustituía a la

jornada de trabajo no intensivo del invierno.

Como todos los días iría a comer a su casa, sin caer en la tentación de mediodía que se llamaba taberna del Tuerto. Después dormiría la siesta, jugaría al chamelo con el farmacéutico, con el secretario y con cualquier otro honrado vecino que recalara por allí.

Más tarde daría su vuelta por el campo, y tal vez, al atardecer, porque empezaba la novena de Santa Olegaria, se decidiría a entrar un momento en la iglesia.

Todo esto iba pensando el señor juez de Villalobos, cuando el movimiento de las gentes en la plaza, las primeras colgaduras en los balcones y los gritos de los chiquillos de la escuela le recordaron que aquel día llegaba el gobernador civil a Villalobos.

Por una asociación inexplicable de imágenes, el señor juez volvió sobre sus pasos, abrió la puerta del Juzgado, se sentó a su mesa, y decidió prolongar el trabajo aquel día tres cuartos de hora más, como si la afluencia de consultas fuera verdaderamente abrumadora.

De fuera le llegaba el murmullo de las gentes en la calle, pero el señor juez de Villalobos procuró no darse por enterado, pues dentro le bailaba el temor de haber sido él quien provocara todo ese revuelo en la población.

Cuando la campana del Hospital de Afuera convocó a las monjas para sus rezos de antes de comer, sor Honoria se despidió del capellán y le aseguró que todo se haría conforme a lo que él dijera por la mañana.

—Descuidad, padre. He procurado hacer llegar a la alquería los sentimientos de nuestra condolencia. En cuanto a los demás...

—Sé, reverenda madre, que atenderé a todo. Mañana podríamos decir la santa misa en sufragio del alma de doña Paula. Creo que nos lo agradecerá.

—Eso mismo pensaba yo.

Era posible que las deficiencias del desayuno no fueran debidas solamente a la hermana cocinera y a sus teorías culinarias. Era posible que las limosnas de las almas piadosas de Villalobos empezaran a escasear, y que la muerte de doña Paula se convirtiera en una catástrofe financiera para las pobres monjas.

También era posible que ocurriese lo contrario y que aquel día fuese un día de bendición, porque la muerte no viene sola casi nunca.

De todas maneras se haría puntualmente lo dicho por el capellán, y las monjas rezarían aquel día el doble de lo acostumbrado para que Dios recibiera en su gloria al alma de doña Paula.

(Sor Micaela oyó la campanita que convocaba a los rezos y dio por terminada la clase. Salió suspirando delante de los niños y se prometió consultar al Señor en la capilla cómo hubiera hecho Él en sus tiempos para enseñar el oficio del acusativo a los niños que se le acercaban a pesar de San Pedro y de todos los apóstoles.)

El señor Onésimo despachó al pinche antes de lo acostumbrado, en cuanto acabó de afeitarse a don Saturio, un viejo paciente y cetrino que cada mañana pasaba por sus manos a la, misma hora.

Aquel era uno de los escasos clientes de Bicarbonato a quien el acontecimiento del día no había separado de su conducta cotidiana. El señor Onésimo hubiera apostado a que don Saturio habría paseado al sol, habría bebido su vaso en la taberna, habría hablado con el frutero de la plaza, como todos los días, y por fin venía a él para afeitarse, sin atender a rumores ni a bandos del alcalde.

Esto, que debía haber alegrado la jornada del señor Onésimo, no hizo más que agriarla, porque de todos sus parroquianos, don Saturio era quien menos le interesaba en aquella coyuntura, porque entre otras cualidades tenía la de ser más sordo que la silla en que se sentaba.

Bicarbonato intentó comunicar con aquel mundo escondido detrás del tímpano, pero lo único que logró fue impacientarse más y más y asegurarse una pésima digestión.

—¿Ha oído el bando? —preguntaba a su cliente, con la navaja llena de espuma en la mano.

—¿Qué?

Levantaba mucho la voz, inclinándose al oído del viejo.

—¿Que si ha oído el bando?

—Ah, sí. Todos los años por estas fechas lo cantan. Es lo del agua. Ahora escasea, ¿verdad?

El señor Onésimo sonreía con la estupidez de quien oye hablar en búlgaro por vez primera.

—Es lo de la vieja —gritaba en un alarde de paciencia.

—¿La oveja?

—No, señor. Lo de doña Paula.

—Ah, sí. Ya sé. Que se ha ido, la pobre.

—Eso es. Se ha ido. La espichó.

—¿Quién la pinchó? —preguntaba el otro, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Bah, bah... —murmuraba por lo bajo el irritado Bicarbonato mientras el pinche se reía a sus espaldas.

Y no volvía a decir una palabra, por no enredarse con don Saturio.

Lo que menos se imaginaba el secretario era lo que daba vueltas y más vueltas en las cabezas de todos y de todas las que barrían y fregoteaban a su vista, encaramada en el balcón central del Ayuntamiento.

Si le hubieran hablado de franceses asesinos, de turistas fantasmas que él guardaba ya en las mazmorras del calabozo, de energúmenos criminales que habían

caído sobre el apacible Villalobos como una plaga de langosta; si le hubieran contado todo esto, de seguro que el buen secretario hubiese sentido renovarse la necesidad de correr a la alquería para comunicar algo extraordinario al alcalde.

Pero ni el secretario sabía lo que fraguaba en las mentes soleadas de los asendereados convecinos, ni conocía a ciencia cierta qué pudieran ser unos turistas de aquella clase.

La excitación del alcalde subió de punto cuando el coche se acercó por detrás hasta que lo tuvieron encima.

La idea de que allí pudiera venir el señor gobernador se le escapó en una especie de aullido ininteligible, al mismo tiempo que daba un salto hacia el centro de la carretera, no se sabe si con la intención de detener al gobernador o de ofrendarse como holocausto por la inocencia común de Villalobos.

Fué la mano férrea del señor cura la que le cogió por el pescuezo, impidiéndole tamaña imprudencia, porque el coche venía arreando, fuera del gobernador o no.

Y no debía de ser, porque al menos al señor cura le pareció que lo que allí iba eran tres personas muy extrañas, ninguna de las cuales llevaba cara de gobernador de ninguna provincia, y sí tenían caras de extranjeros, y aún uno, por lo que pudo deducir después de disipada la polvareda que dejó el vehículo, tenía toda la facha de pertenecer al estado clerical, no se sabe a ciencia cierta de qué religión.

El tabernero estaba en el umbral del aburrimiento, puesto que a él no le tocaba eso de la limpieza, «que pa eso ya había limpiado ahora hacía un año», cuando empezaron a entrar los incondicionales de las doce.

(La clientela del Tuerto observaba con exactitud cronométrica una especie de turno en las rondas, de manera que si a ciertos parroquianos había que buscarlos con urgencia a ciertas horas del día y aun de la noche, no había más que hacer que enterarse a qué turno de la taberna pertenecía.)

—Hola, Tuerto. Dos claretos.

—¡Va! Y el Tuerto, automáticamente, se ponía en movimiento al otro lado del mostrador.

—A mí, tinto. Es lo mejor para esta hora.

—¡Va!

—Tres claretos, Tuerto.

—Dos claretos y un tinto aquí. ¿Tres has dicho?

—Sí. Pa estos, también; hoy me toca a mí la ronda.

Después entraban dos, tres, siete más. Hasta que la taberna rebosaba de humo, de voces y de humanidad sudorosa y pestilente.

Era el momento en que el Tuerto estaba en sus glorias. Los vasos saltaban de sus manos al mostrador y de este a las gargantas sedientas de los hombres. Repetían una y otra vez. Y a los pocos minutos el mármol mugriento era una geometría laberíntica de vasos que iban y venían, llenos o vacíos, reclamados siempre por las mismas voces que aún no habían saciado.

El tabernero acababa por animarse y hablar con todos de las arbitrariedades del bando, del viaje del gobernador, del asesinato de la vieja, de los desórdenes capitalistas del párroco y del crecimiento de la población del Hospital de Afuera, porque sabía que cualquiera de estos hilos le llevaría tarde o temprano al ovillo favorito del colonialismo francés, que era la manía de la temporada.

La muchacha de la honestidad a toda prueba limpió cuidadosamente el portalón de su casa, porque a su madre le gustaba cumplir cuanto decían los pregones del alcalde, sobre todo desde la multa que tuviera que pagar con ocasión de ya no recordaba qué verbena de San Juan, casi por estas mismas lechas hacía varios años.

La eficacia de don Simplicio en lo tocante al cobro de las multas era algo semejante a la rapidez del rayo. Era en realidad lo único temible para mujeres como la madre de la muchacha de la honestidad a toda prueba.

La muchacha saludó a la vecina de al lado, la señora Anastasia, que había tenido nueve hijos, dos de los cuales estaban ahora en el servicio.

—¡Qué vida esta, mujer! No acaba una de entenderse.

La muchacha de la honestidad a toda prueba detuvo por un momento el ritmo de la escoba.

—¿Malas noticias de los hijos, señora Anastasia?

—No, qué ha de ser. Malas noticias no, pero que tampoco vienen para esta trilla, y el padre está que revienta. Figúrate: él solo, con dos mocosos que no hacen sino enredarlo todo. Que los mayores, desde que se casaron y tienen sus eras, no hay forma de que ayuden a llevar una paja de aquí allá.

La muchacha de la honestidad a toda prueba suspiró significativamente sobre la ingratitud de los hijos mayores. La señora Anastasia seguía entre tanto su epitalamio:

—Se casan, y ya está. Críelos usted, edúquelos y hágalos hombres de valer, que ya vendrá cualquiera que se los lleve y no les deje ver ni el blanco de los ojos.

La muchacha de la honestidad a toda prueba estuvo a punto de sacar la conclusión de que la vecina de al lado no se llevaba demasiado bien con sus dos nueras. Y dedujo que no siempre el matrimonio hacía felices a los vecinos de Villalobos.

—Y ahora, por si faltaba algo, estos líos de los bandos, y que si nos visita el gobernador, y que si ha habido crímenes en el pueblo. ¿Has visto? Por ahí anda todo el mundo diciendo no sé qué pamplinas, y todos alborotados, y el alcalde que no aparece de por todo esto.

La muchacha de la honestidad a toda prueba siguió barriendo con el mismo ritmo pausado y cuidadoso de antes, pues era mejor para ella obedecer al bando aunque el señor alcalde no fuera a aparecer en toda la tarde.

Cuando el hijo de la sacristana y el hijo del carpintero y el hijo del médico de Villalobos calcularon que ya habían sembrado bastante excitación entre los trigales, y que era suficiente el número de hombres y mujeres que peregrinaban hacia la alquería, decidieron volver por el mismo camino por el que habían salido del pueblo, alejándose igualmente de la escuela.

Al llegar a la carretera, cerca del puesto del guarda, les llamó la atención poderosamente el magnífico coche que se les vino encima, en el que iban tres personajes extravagantemente vestidos, uno de los cuales parecía una mujer, el otro era algo semejante al señor cura del pueblo, aunque más joven, y el tercero, indudablemente, era un hombre.

Todo esto lo observaron a su sabor, porque el coche aminoró la marcha al dar la curva de entrada en Villalobos, y aún les dio tiempo a gritar «¡Franchutes!» y correr un rato detrás del vehículo, entre la polvareda que levantaba el camino a su paso.

Sintieron con toda el alma no haberse podido encaramar a la trasera del coche, porque esto hubiera sido ya el colmo de la felicidad, después de una mañana de campo y ciruelas a todo dar.

Pero se conformaron con repetir dos o tres veces el ambiguo saludo de «¡Franchutes!» y correr otro poco hasta que se encontraron con las primeras casas de Villalobos.

No es difícil que los fidedignos cronistas de Villalobos descubran definitivamente, dentro de treinta o más años, quién de estos probos ciudadanos que estaban barriendo los portales, limpiando las ventanas y colgando colchas y banderas con los colores nacionales, dio la primera voz de «¡turistas!» cuando el mágico automóvil conducido por los «franchutes» embocó a paso de revista la plaza del Ayuntamiento, donde están además la iglesia, Correos y Teléfonos.

No cabe duda de que será esta una revelación trascendental, porque en el historiado día de la muerte de doña Paula, desde la hora temprana en que la grave noticia brotó de los labios de la Isabel, ningún otro momento puede compararsele en emoción, intensidad y vehemencia, aun teniendo en cuenta los minutos que duró el canturreo del célebre bando del alcalde, redactado por el secretario y expresado con toda la solemnidad del caso por la inefable voz del Benito.

Irrumpir el coche de los franchutes en la agitada plaza y armarse la de San Quintín, todo fué uno.

Y nadie sabe lo que hubiera sucedido si al conductor no se le ocurre la feliz idea de detenerse precisamente ante la escalinata de la parroquia, bastante alejada del foco tumultuoso, donde la boticaria había quedado con la boca abierta y otras mujeres gritaban a más y mejor.

Por las señas, los protagonistas de esta sensación no se dieron por aludidos fácilmente, pues con una serenidad rotunda descendieron del coche, subieron la escalinata y penetraron en la iglesia, ante los ojos desorbitados de media población.

Resultaba increíble: el colmo de los sueños. Algo semejante a una mujer vestida con pantalones idénticos a los del tío Eusebio; un hombre con camisa verde vivo, sin mangas. Y, por si fuera poco, en medio de los dos, un cura. Un cura como el párroco, que se contoneaba de un modo irregular y nada canónico (esta había sido una observación del juez, que había acudido a la ventana del Juzgado, excitado por el ruido del motor, y deseoso de que el gobernador, en su apoteósica entrada en Villalobos, tuviera la suerte de verle a él, el exjuez de Escalona, en pleno ejercicio de su altísima misión.)

Antonio avisó a su madre que deseaba comer pronto ese día para salir por la tarde al campo. Había que aprovechar la muerte de la vieja, porque después nadie sabía lo que iba a ocurrir.

La señora Rafaela notó algo extraño en la conducta del hijo.

—No irás a dejar el trabajo.

Antonio tuvo miedo de mirar a su madre cuando ella le dijo eso.

—No, madre, no voy a dejar el trabajo.

—¿Por qué hablas así? —cariñoseó con prudencia la madre.

—No hablo de ninguna manera. La señora Rafaela no se daba por vencida fácilmente.

—Me parece que anda la Cinda por medio.

Esta vez Antonio tuvo que mirarla frente a frente y se preparó a afrontar cualquier discusión.

—No sé por qué dices eso, madre. No tiene nada que ver la Cinda en esto. Además, ya sabes que la quiero.

El ceño de la madre se endureció inesperadamente.

—Pero no te has casado con ella después de aquello.

—¡Déjalo en paz!

La señora Rafaela lloriqueó como siempre que su hijo se ponía de aquel modo.

—Hijo, no te he dicho nada malo. Si viviera tu padre...

Antonio no tenía nada que replicar cuando su madre se ponía así y hubiera deseado estar en la alquería o a mil leguas de su casa.

Pero esta vez prefería decirlo todo claramente, porque por la tarde pensaba hablar

con la Cinda.

—Me casaré, madre; te juro por estas que me casaré.

La señora Rafaela se quedó de una pieza. No la sorprendía el que su hijo acabara por casarse con la Cinda después de lo del hijo. Pero ahora que la señora había muerto, era peligroso quedarse en la calle.

Bajó la cabeza por miedo a la dureza del hijo y se puso a fregotear por la cocina, recogiendo los platos y ordenándolos, porque el hijo deseaba comer antes.

Así fué el Antonio uno de los pocos ciudadanos de Villalobos que no presenciaron el espectáculo que a aquella hora, la una menos veinte minutos de la tarde, se estaba comiendo viva la ansiedad de todo el pueblo.

Al parecer, las hostilidades entre el párroco y el alcalde se habían reanudado de un modo imprevisto, según podía constatar el guarda de la entrada de Villalobos.

A juzgar por lo que manoteaban, por lo que se levantaban las manos el uno al otro, hasta la altura de las narices, por lo sudorosos y coloradotes que venían ambos, algo muy grave se traían los dos poderes a estas horas intempestivas.

Aún llegó a oír el guarda algunas frases cuando pasaron a su lado, y el alcalde empuñaba la vara con redoblada energía para proclamar solemnemente que él mismo diría los funerales de la señora si era necesario.

Al guarda debió producirle una especie de pavor elemental contemplar esta confusión de jurisdicciones, y de seguro que hubiese escrito un extenso tratado sobre el Césaropapismo municipal de haber tenido papel y pluma en su garita. Pero, por desgracia para la posteridad, carecía de ambas cosas.

Y no sabía en fin de cuentas de qué molino procedían aquellas aguas.

Si en vez de estarse en su caseta de vigía el guarda hubiera remontado la carretera unos cuantos metros, habría escuchado toda aquella conversación cuyo desenlace estaba presenciando. Y sabría que había empezado así poco más o menos:

Alcalde. —La llegada del señor gobernador trastorna nuestros planes, don Jenaro.

Cura. —¿Los míos? Ninguno.

Alcalde. —¿Cómo que los suyos no? ¿Pues no habíamos quedado de acuerdo?

Cura. —Para unas cosas sí, para otras no.

Aquí el alcalde empezó a rascarse la mollera, porque no llegaba a alcanzar la sabiduría sibilina del párroco. Pero él conocía otros medios para hacer saltar de sus posiciones a aquel hombre vestido de negro que caminaba a su lado.

Alcalde. —Pero nos trastorna las fiestas.

Cura. —¿Qué fiestas? ¿Pensaba usted tener alguna fiesta esta tarde?

Alcalde. —Yo no. Lo que pensaba usted es empezar no sé qué novena. Y esa es la que no va a poder ser.

Cura. —Vamos a ver, ¿por qué?

Alcalde. —Primero, porque no pretenderá usted meter al señor gobernador toda la tarde en la iglesia. Segundo, porque si hay algo, lo que tiene que haber, para que el señor gobernador se dé cuenta de lo que suponía doña Paula para Villalobos, son unas honras fúnebres o algo así.

Fué ahora el cura quien cambió de color siete veces, conforme a la escalera del arco iris.

Cura. —Pero, ¡qué honras ni qué castañas, ni qué Cristo! ¿Quién va a hacer las honras a las dos y pico de la tarde?

Alcalde. —El señor párroco de Villalobos, ni más ni menos.

Cura. —¡Sopla! A usted le ha vuelto loco el sol. Además, ¿sabe usted ya a qué viene el gobernador, y si le interesan las honras fúnebres?

Alcalde. —Me interesan a mí y basta. Para eso soy el alcalde.

Cura. —Y yo le digo que es un pedazo de viga, ¡recontra! Ni alcalde ni cuerno. Verse tratado así y mucho más por el señor cura sacó de sus fueros al bueno de don Simplicio, y acabó de lanzarle a lo más desaforado de cuanto podía ocurrírsele en el terreno del monopolio civil. Manifestó que con o sin cura habría las susodichas honras fúnebres, que en tal asunto le iba algo más que la alcaldía y la vida misma, que el gobernador debía saber bien sabido quiénes eran en Villalobos y a quiénes pertenecían en realidad todos los bienes que dejaba la difunta. Y lo de las honras en honor de doña Paula era una pieza fundamental en todo ese juego de política que él, el alcalde de Villalobos, había llevado siempre con maestría envidiable, y que no era nadie un cura mentecato de pueblo, de misa y olla, como decía el maestro, para enmendar la plana a la primera dignidad civil de Villalobos, y que si el cura no se avenía por las buenas a decir las honras fúnebres aquella misma tarde con la asistencia del gobernador, él mismo, el alcalde, las diría, y mejor dichas, en mitad de la plaza del Ayuntamiento.

Esto era precisamente lo que don Simplicio vociferaba a todos los vientos en el instante en que los dos pasaban ante la caseta del guarda.

Este los vio alejarse, manoteando furiosamente, igual de rojos y llenos de sudor bajo un sol que se reía a carcajadas de las venturas y desventuras de Villalobos.

Todos lo habían visto. Todos habían abierto la boca e incluso algunos habían gritado. Pero nadie impidió que los franchutes hollaran la iglesia con sus diabólicos pies.

Cuando el sacristán oyó ruidos de pasos en la iglesia salió de su cubil dispuesto a gritarle al lucero del alba si a aquellas horas desusadas se presentara en el templo.

En realidad, no había cerrado la puerta grande de la parroquia por el trabajo que aún le daba lo del altar de Santa Olegaria, y porque a cada momento su mujer le decía algo sobre las ánimas que habían sonreído desde lo de doña Paula.

Pero ahora salió como un energúmeno dispuesto a cantárselas claras al primero

que se topara.

Y lo primero que se topó fué un individuo vestido casi igual que el párroco, pero más alto, más delgado y más rubio, además de que llevaba colgado del hombro algo parecido a una cartuchera.

Detrás de él, mirando a un lado y a otro con un modo que no daba señales de respeto alguno al lugar, venían dos hombres. Mejor dicho, el uno no parecía hombre del todo, puesto que aunque su pelo era largo y rubio, andaba en pantalones como el mismo sacristán.

Su primer impulso fué echarles a patadas, pero le contuvo el oír la voz del que iba disfrazado de párroco:

—¿El señog cuga?

—¡Ah! ¡El señor cura! —subrayó el sacristán, que no se las tenía todas consigo.

—Yes... Nosotgos quegueg al señog cuga. Nosotgos hablag con él. Yes.

El sacristán comenzaba a sudar ante aquella baraúnda de franchutes. Trataba de mirar al ser ambiguo de cabello largo y pantalón de hombre, tal vez porque pensaba en tentaciones dignas de la Tebaida y en demonios andróginos subidos por los pilares de la iglesia. Y ante la indecisión de su interlocutor se resolvió por la solución más rápida, que era endosárselos a la Isabel, para que ella los llevara a la presencia del cura.

Pero al sacristán le dio vergüenza salir con aquellos seres extravagantes, que hablaban algarabía, de nuevo a la calle, y les indicó que pasaran por la sacristía, donde había una puerta que comunicaba con la casa cural.

Pero antes, dejándolos plantados a la altura del presbiterio, se le ocurrió la idea de que convendría cerrar de una vez la iglesia, no fuera que los siguientes visitantes procedieran no ya de Francia o de donde fueran estos, sino de la mismísima China.

La plaza era un inmenso murmullo cuando llegaron a ella el hijo de la sacristana y sus compañeros.

A los chiquillos no les sorprendió encontrarse con el coche de los tres extraordinarios personajes que habían visto en la carretera, a la puerta cerrada de la iglesia.

Ni tampoco debió extrañarles demasiado la impresión que aún se leía fresca y palpitante en cada uno de los rostros de aquellos poco antes tranquilos vecinos.

Lo que sin duda les gustó más que todas las cosas fué saber que gracias a aquel fenómeno pocas veces visto en el pueblo pasaría inadvertida la vacación que se habían tomado por su cuenta.

Y la alegría llegó al colmo cuando Felisín, el inteligente de la clase, les anunció que debido a un bando del Benito tampoco tendrían clase por la tarde. Lo cierto era que Antonio se casaría con la Cinda costara lo que costase. Para eso él había dado su

palabra, y para eso la había citado otra vez en el molino.

Ahora le urgía comer, y no le estorbaron esta operación importantísima los rumores que le traía su madre sobre no sé qué coche y no sé qué individuos que habían llegado hacía poco a la iglesia de Villalobos.

Según la madre de Antonio, nadie se había perdido aquel espectáculo, fuera de él. Ni la boticaria, ni la mujer del juez, ni la muchacha de la honestidad a toda prueba, ni... vamos, que nadie en Villalobos había dejado de ver aquello que era digno de verse.

—¡Una mujer con pantalones! ¿Has oído?

Con lo guapa que estaría la Cinda con pantalones, pensaba Antonio. Y se imaginaba cada una de las líneas de la mujer dentro de los pantalones ceñidos de la forastera.

—Es el mismísimo diablo. No me extraña lo que andan diciendo por ahí.

—¿Qué, madre?

—Que si ellos no son los de lo de doña Paula, no se andan lejos. ¡Y haber entrado en la iglesia! Ya lo dice la boticaria: a confesarse y nada más. A confesarse todos a una.

Desde que el cura y el alcalde se fueron de la alquería no cesó el desfile de labriegos y mujeres por la alquería de doña Paula.

Se asomaban a la salita donde estaba el cadáver. Hacían una santiguada rápida y manca y hasta una genuflexión como en la iglesia. Pero todo quedaba ahí. Después salían otra vez en rebaño o emparejados, comentando:

—Era muy buena.

—Hacía mucho bien, la pobre.

—Una santa, Raimundo, una santa.

—Y que lo digas, mujer. ¿De qué va a vivir ahora el pobre?

Y todo lo comentaban a media voz, como si entre los trigales, detrás de los árboles, debajo de las piedras, estuviese el espíritu de la difunta escuchando cada una de sus palabras.

Por los gestos que traían el cura y el alcalde, y por el modo violento como se separaron, a todos les pareció evidente en la plaza del Ayuntamiento que entre los dos poderes mediaba una borrasca a punto de descargar.

El cartero no quería saber nada y se dio media vuelta para esconderse en su silla de correos, como un perro con el rabo entre piernas.

La boticaria no acababa de creer lo que veía. Los asesinos (porque, ¿quién podía dudar de que eran ellos?), los asesinos ahí dentro, en la iglesia, y el cura tan tranquilo

discutiendo con el animal de don Simplicio.

—¡Parece mentira! —murmuró entre dientes, pero lo suficientemente alto para que lo oyera la mujer de la boca torcida, que era la única de la tertulia que aún quedaba allí.

Y después se dio media vuelta, con la sana intención de contárselo todo, tal como lo había visto, al farmacéutico don Rosendo Oliván y Pérez, su marido. El juez, que había seguido todo el espectáculo desde una ventana del Juzgado, y que había sufrido la desilusión más intensa de la jornada al comprobar que el coche causa de su sobresalto no ostentaba las insignias del poder y la dominación, y que por lo tanto no podía tratarse del gobernador de la Provincia, bajó como gato escaldado hasta la calle y cerró a cal y canto la puerta recién fregoteada por la mujer encargada de la limpieza de la sede de la justicia en Villalobos.

Cuando llegó a su casa, la ilustre dama que compartía con él la carga de la vida hacía ya vehementes ademanes de sentarse a la mesa para comer.

—*Jube domine benedicere* —habían canturreado todas las monjas.

Y sor Honoria vio, con esos ojos que se han de comer la tierra, que una sombra blanca, indecisa, alzaba su mano bienhechora sobre la comunidad.

(A sor Micaela le hacía mucha gracia que siempre le tocara el mismo vaso para beber en la mesa. Era un vaso desportillado en diversas partes del borde, con lo que a sor Micaela le parecía sonreírle.

La coincidencia del vaso y su lucha cotidiana entre la dureza mental de los niños y el uso del acusativo, le parecían señales evidentes de que el Señor la había elegido y de que no era sólo de ella la elección.)

Sor Honoria creyó que debía consultar con el capellán lo de la figura blanca que las había bendecido. Podía ser una tentación diabólica, aunque las trazas no eran de ser cosa del demonio, puesto que se le había abierto el apetito y las tentaciones del demonio más bien debían cerrarlo.

(Sor Micaela pensó que aquella mañana no había venido la Lucinda a ver a su hijo, como hacía todos los días. Y había sido una lástima, ¡porque el pequeñín era tan mono y tan simpático a pesar de sus quince meses!

Sor Micaela creyó que sería una irreverencia pensar en aquellas cosas mundanas y temporales mientras leían el «Flos Sanctorum» en el refectorio.

Y se dio a comer con toda devoción en el Señor.)

Sor Honoria opinaba que sería mejor que el Señor se le apareciera a la cocinera o a la tornera, porque no era propio de una superiora tener visiones en el refectorio a la hora de comer.

Parecía incorrecto que viera sombras blancas que la bendecían cuando la sopa de fideos estaba humeando delante de ella.

Sor Honoria decidió al fin no decir nada al capellán si no se repetía el fenómeno blanco, porque tal vez, al fin y al cabo, todo se debía a la enorme debilidad con que siempre llegaba a la mesa después de la prolongada mañana.

El señor alcalde de Villalobos dejó la vara en su rincón, el sombrero en la silla y la capa encima de la butaca del despacho.

Después se sentó fatigado, sudoroso, como si acabara de salir de una pesadilla.

Su mujer vino a avisarle que el jamón estaba servido y que había hecho comida como para seis.

Pero por el estado del señor alcalde reconoció que no comerían seis personas aquel día en su casa.

La señora Clemencia prohibió a la Cinda que saliera después de comer.

—Oroncio, no la dejes salir. Díselo tú.

—Mujer, ¿qué quieres que le diga? Ella es mayor y sabe lo que hace. Tanto como tú.

Y la señora Clemencia tuvo que callarse una vez más.

Después empezó a sacar el caldo de aquel día.

El mozo de Correos convino con el de Teléfonos en que era hora de ir a comer. Ellos y el cartero eran los únicos vivientes capaces de atravesar la plaza a aquellas horas bajo el sol y la anchura de la luz. Pero una vez más, contando uno a uno los pasos, la atravesaron con aire pensativo, cabizbajos, con las manos en los bolsillos, porque por la tarde harían exactamente lo mismo que habían hecho por la mañana.

Nadie era más feliz a estas horas que el Tuerto. Bastaba que el reloj diera la una y media para que el instante más dichoso de su vida se hiciera una vez más realidad contante y sonante.

Desdobló la servilleta, se sirvió un buen vaso de tinto, hizo unas gárgaras y empuñó el tenedor frente al enemigo que humeaba desde el plato.

Lo de los franchutes era un mito al llegar esta hora definitiva de cada día.

¡Menudo susto le dio a don Jenaro encontrarse con aquella alma ensotana, larguirucha y rubia en su galería!

Y después, aquello otro. ¿Qué era aquello? El cura norteamericano se lo explicó:

—Nosotgos venig de Madgid... Nosotgos no sabeg costumbges Villalobas.

Todo esto después de que el cura les hubo invitado a comer con él, y de que la Isabel subió la maleta de la señorita, y de que el cura americano se ofreció a hablar en latín, tosa que al párroco posiblemente le fuera más fácil que entenderse en aquella jerigonza del inglés, pero que le horrorizó de la misma manera.

Así, entre puesta de manteles, traída del pan y del vino, entre trompicones monosilábicos y solícitas cabezadas de don Jenaro, el cura de Villalobos se enteró del objeto de la peregrinación de aquellos tres seres cuyo coche les había envuelto a él y al señor alcalde en una nube de polvo.

INTERMEDIO

MEDIODÍA

VILLALOBOS está en cualquier lugar de la meseta. Aplastado contra el suelo, cuando el sol llega a la mitad de su viaje, el caserío ceniciento y chato cobra un aspecto de holocausto en el horizonte.

Villalobos no tiene una colina, ni un cabezo, ni un alcor. Es un pueblo sin espalda, todo vientre a la luz y a los vientos. Cuando se viene por el camino de la capital, una carretera mediana, llena de polvo la mayor parte del año y de fango el resto, se ve la torre de la Parroquia en la lejanía, destacada en su vigilia sobre el cielo consistente y absoluto de Castilla. Pero es lo único que destaca en la horizontalidad rota por las choperas que el arroyo sorteas.

Porque cerca de Villalobos pasa un arroyo al que los hombres llaman «el río». A él bajan las lavanderas del pueblo dos veces por semana: los lunes para la ropa blanca, y los miércoles para la de color.

En torno al arroyo hay unos juncales polvorientos y escuálidos: son ellos los únicos que gimen y murmuran en las noches cuando el cierzo es fuerte y toda la meseta se encoge al frío de las estrellas.

Viniendo desde el río, los corrales de Villalobos, soleados y blancos, juegan al escondite con la Luz en los estrechos callejones de poblado primitivo sacado a subasta. Más arriba empiezan las calles, tortuosas e iguales, primero con sus casas de adobes, después con sus casas encaladas, y por fin, cerca de la plaza, con sus casas de piedra y ladrillo.

Villalobos tiene tres plazas que al atardecer parecen tres coplas a la tierra y a todo lo que vive sobre ella. Una es la plaza Mayor, a la que nadie llama así, porque en ella están el Ayuntamiento y la iglesia (además de Correos y Teléfonos), y cada uno la llama con los nombres de cualquier de estos nobles edificios, según el bando tradicional a que esté adscrito.

Después viene la plazuela del convento, que ya no tiene convento, porque hace un siglo que lo expropiaron, pero ahora tiene la escuela de la señorita Benigna. Enfrente de la escuela, todavía quedan algunos restos de la antigua tapia del convento de las madres capuchinas, donde parece cobijarse al atardecer toda la nostalgia que se agazapa en estas tierras de pan llevar, con un temor ancestral a ser sorprendida por la luz cruda del sol.

Por fin, en el extremo opuesto del pueblo, está la plazuela de Abajo, donde hay una especie de mercadillo con legumbres todas las mañanas. Esta plazuela no está abajo, porque en esta tierra llana no hay abajos ni arribas, pero se llama de esa forma porque es necesario que en Villalobos haya una plaza con un nombre así.

Villalobos no tiene frailes ni soldados. Tal vez los tuvo en otro tiempo, tal vez no los tuvo nunca. Pero de todas maneras, hoy reina la paz en Villalobos. El único convento es de monjas, y ese es el Hospital de Afuera. El Hospital de Afuera es una institución de la que Villalobos se siente orgulloso. Y no es por el edificio, que

consiste en una casona de adobe, casi arruinada, con unas ventanas desvencijadas por las que entra el viento de la meseta; ni tampoco por su pequeña iglesia, blanqueada cada tres años por las monjas. Lo que enorgullece a Villalobos en el Hospital de Afuera (que ni siquiera es un hospital) es el poder ofrecer un asilo seguro y pacífico a sus hijos. Es decir, a los que ni siquiera son hijos de la sacristana, ni hijos de alguien a secas, sino eso: hijos de Villalobos.

Fuera de la espadaña ruinosa del Hospital de Afuera, la única torre que hoy funciona en Villalobos es la de la Parroquia. Es una torre cuadrada y maciza, con aspecto de fortaleza monástica, capaz de aplastar debajo de sí a los siete pecados capitales y a los demás pecados de Villalobos, que nadie ha calificado aún.

En su primera mitad está revocada de cal, como la generalidad de los edificios de la población; pero de la mitad para arriba, los hermosos sillares dorados presumen al sol y al aire, hasta terminar en la garita inverosímil del campanario, donde tiene su laboratorio de sonidos el hijo de la sacristana.

Las campanas de Villalobos, a pesar de toda su historia y de las leyendas de la francesada, no son ya orgullo de nadie. A lo más que pudieran llegar es a ser espanto de cigüeñas, pero lo curioso del caso es que tampoco paran cigüeñas en Villalobos, seguramente por culpa de las campanas.

El monaguillo las toca a sus horas y aun a las horas que no hay misa ni ángelus. Y no es necesario que desaparezca una figura eminente de Villalobos, como ha sucedido hoy con doña Paula, para que regale al vecindario con un rebato que ponga de punta los pelos del alcalde.

Porque el alcalde, como el maestro y el tabernero, aborrece las campanas de la Parroquia. No por las mismas razones, pero todos coinciden en la fobia contra esas viejas de voces cascadas y chillonas.

Don Simplicio alega que el ruido intempestivo de los bronces agria la leche de sus vacas; don Nando, que resucita todo el obscurantismo medieval, barrido ya de Villalobos por obra de su altruismo pedagógico; y el Tuerto, que le estropea las siestas.

Pero las inocentes campanas pulsadas por el monaguillo siguen impertérritas la música, y seguirán por lo menos mientras don Jenaro sea párroco de Villalobos.

Villalobos permanece el mismo a través del año. Sólo cambia con las horas del día. De los colores del amanecer a la sombra cenicienta del ocaso, Villalobos va pasando, conforme camina el sol, por toda una gama de luces, neblinas, transparencias y opacidades que mudan su rostro arcilloso y blanco con un gesto para cada hora del día. Desde la altura azul, podría ser, encima de la meseta, un gigantesco reloj de sol.

Ahora la luz pesa sobre este pueblo aplastado de adobe y de cal. Todo lo llena esa claridad despiadada del cielo castellano, cruda y absoluta por encima de las cosas.

Los tejados, de un rojo pardusco y polvoriento, empiezan a dormir la siesta cara al cielo desnudo. Todo comienza a dormirse en realidad sobre esta naturaleza de colores totales y rotos. Los trigales siguen meciéndose bajo la brisa fácil, en derredor de este pueblo de calles tortuosas; y dentro de Villalobos ha descendido la paz. Una paz burlona, con una mueca de risa para los hombres y para las casas.

He aquí a Villalobos, limpio y engalanado, a la espera de la primera autoridad de la Provincia.

Las colchas y las colgaduras flotan a la frágil ráfaga de aire que ronda por las calles. No hay un perro, no hay una persona. De pronto, de todos los personajes de la comedia del día no queda uno en las plazas ni en los tortuosos callejones: todos han desaparecido detrás de las paredes, dejando sola a la luz.

Cada uno está en su casa, dedicado a los menesteres de la mesa. Ha sido mejor dejarles así, vagar por las calles con el sol, no seguirles hasta el hogar, para no obligarles a invitarnos.

Porque las horas de la comida y del sueño son demasiado íntimas.

SEGUNDA PARTE

LA TARDE

CON LA MESA PREPARADA para seis, comió el señor alcalde de Villalobos enfrente de su esposa.

El silencio les había acompañado durante todo el ágape, y sólo el ruido de los paladares, de los labios y de los instrumentos sobre el plato fueron el diálogo de aquella comida frustrada que el señor alcalde de Villalobos se había prometido al salir por la mañana a la alquería de doña Paula.

La mujer del alcalde hizo esfuerzos inverosímiles por averiguar qué había ocurrido realmente en la alquería y a qué había ido su marido allí. Pero todo fué en vano, porque don Simplicio estaba más dispuesto a no soltar prenda que ella misma a preguntar.

Por fin, después de un largo silencio, el alcalde rompió a hablar:

—Es necesario que se te ocurra algo, mujer. El señor gobernador puede pasar aquí la noche y entonces ¿qué vamos a hacer?

—¿Pasar la noche aquí? —preguntó la mujer del alcalde, poniendo una larga cara de sobresalto.

—¡Hombre!... ¡Digo yo! Figúrate que viene muy tarde; no le vamos a echar del pueblo como si fuese un cualquiera. Tendremos que alojarle. Y vamos, me parece a mí que lo normal es que se hospede en nuestra casa.

—Bien, bien, Simplicio. Al fin se hará lo que tú quieres y nada más. A mí no me toca más que callar.

—Callar y preparar una gran cena.

—¡Sí, eso es!, para que después nos sobre más de la mitad. Para que nos pase lo que a mediodía. Que ibas a tener tantos invitados y que cociera el jamón. Aquí lo tienes, ¿y qué? ¿Cuánto jamón has comido? No haces más que pensar en tu dichoso gobernador y en el testamento de esa bruja.

Todo esto lo dijo con mucho movimiento de las manos y gran agitación de las cejas, que las tenía negras y pobladas como ala de cuervo, en lo que la hermosa alcaldesa cifraba su mayor orgullo. Era una mujer joven, que había tenido varios hijos, con lo que su cintura había adquirido una forma que daba la mejor impresión de plenitud que podía darse en Villalobos. Su cara, rellena y bien coloreada por los aires de Castilla, era agradable y hasta majestuosa, todo lo contrario de la de su marido, que, a fuerza de abotagada, producía una sensación de guiño pantagruélico más propicio a las risas de los convecinos que al temor. Hablaba con justeza, sin remilgos, pero tampoco con la tosquedad de las mujeres del pueblo, con lo que daba a entender a cualquiera que se encontrara por primera vez con ella, que la alcaldesa de Villalobos era un producto de importación en la comarca: una de esas mujeres que nacen en la capital y hubiera muerto en ella si el bueno de don Simplicio no se la hubiese traído a Villalobos hacía muchos años.

—Mira bien lo que dices —replicó el alcalde, ya picado por los gestos de su

mujer—, que cuando las mujeres os ponéis a hablar... Si no traje a nadie a comer es porque las cosas no se han arreglado aún. Después ha llegado el notición del gobernador. Y no iba a invitar al Tuerto y al secretario, para que se comieran nuestro jamón.

La alcaldesa fué a replicar, pero prefirió levantarse en silencio y empezar a recoger la mesa.

En fin, con la testarudez de su marido nunca podría saber lo ocurrido en la alquería, que era, en realidad, lo que le interesaba más que la suerte de sus jamones.

Hacía un calor insoportable y la mujer del alcalde no lograba mitigarlo a pesar de todo el aire que se daba por el escote.

Se había puesto lo mejor que tenía para los domingos y demás fiestas de la iglesia, porque ella no participaba de la opinión de su marido en lo referente a las cosas de la sacristía.

Ahora, en vista de que el señor gobernador podía llegar de un momento a otro, no era cosa de mudarse también, porque aunque aquello no era fiesta de guardar, parecía conveniente que la mujer del alcalde de Villalobos compareciera ante la primera autoridad de la Provincia lo más presentable posible.

Con estas cavilaciones tan ajenas a las que causaban el dolor de cabeza a su marido, iba recogiendo la mesa del frustrado ágape la alcaldesa de Villalobos.

El juez se esforzó durante toda la comida en convencer a su esposa de que aquellos infelices seres que habían descendido con tanto descaro del coche delante de la Parroquia, no tenían en absoluto el aspecto de unos criminales.

Como la cabeza de la señora del juez era tan dura como cualquiera de las piedras berroqueñas que a aquellas horas resistían estoicamente al sol en Villalobos, don Fidel trató por todos los medios de recordar alguna de las teorías caracterológicas que había estudiado cuando aún era un mozalbete de la Facultad y se reía de las estupideces de Lombroso. Ahora sentía haberlo olvidado todo, aunque estaba convencido de que ni la descripción lombrosiana más aguda y exacta podría apejar a su mujer de la convicción de que, especialmente el disfrazado de cura, era una especie de Landrú, y franchute por más señas.

Lo que a la mujer de la boca torcida le escandalizaba más era que aquellos pecadorazos hubieran pedido ayuda a la iglesia, y que el calzón del sacristán hubiera cerrado la puerta del templo, después de haberlos admitido en ausencia del cura.

La mujer de la boca torcida revolvía mentalmente el martirologio romano en busca de antecedentes, y mientras sorbía la sopa con un ruido de labios que nada

tenía de sentimental, se le iban presentando las imágenes de mártires, vírgenes y sacerdotes que habían resistido hasta el fin los asaltos de los impíos, y no habían permitido que el templo del Señor fuera profanado por hombres como los que ahora estaban encerrados en la Parroquia de Villalobos.

Pero a la mujer de la boca torcida se le ocurrió que aquello traería al menos un gran bien, pues aun teniendo en cuenta los horrores que estarían pasando a estas horas el señor cura párroco y la pobre Isabel, lo cierto era que todo ello traería como consecuencia la expulsión del sacristán y, por consiguiente, de la sacristana también, esa mala pécora, sucia y resucia, que había dado a luz sin permiso de su marido al mocoso del monaguillo.

A ella y a mujeres como la Cinda no habría más remedio que echarlas de Villalobos, si se quería que las pobres monjas del Hospital de Afuera viviesen tranquilas.

Muy ajena debía de andar a todo esto la Cinda cuando después de comer, con la tácita ayuda de don Oroncio, burló la vigilancia de su madre y salió como alma que lleva el diablo hacia el molino.

—Oroncio, prohíbeselo —había dicho la madre al ver que su hija se levantaba de la mesa.

—Pero, mujer... Ella ya es mayor.

La señora Clemencia gimió impotente ante la abulia de su marido.

—Nos traerá un disgusto. Oroncio. Nos traerá un disgusto como la otra vez.

Y se quedó sentada en el comedor, pequeño y adornado con cromos religiosos, hasta los que llegaba, poderoso y dorado, el sol de mediodía.

Bajo la misma luz, el cabello pardo y brillante de la Cinda reverberó por un instante cuando ella empezó a correr entre los trigales. Después, hasta ese destello sucumbió en el polvo de la carretera.

El cartero opinó que lo mejor después de haber comido a medias era echarse una siesta entera, hasta que el señor gobernador interrumpiese con su llegada todas las actividades decentes de Villalobos.

El cartero se quedó dormido en su silla de la oficina de Correos gracias a que la buena diligencia del vecindario hacía innecesaria su labor de barrido vespertino que acostumbraba a hacer a aquellas horas.

El cartero roncaba como un bendito a los pocos minutos de sentarse en su silla de la oficina de Correos, a pesar de ser esta incómoda y desvencijada, como sólo en una oficina de Correos y en Villalobos puede haberlas.

Al cartero le rondaba una mosca impertinente y pesada en la nariz. Se posaba y

volvía a volar para posarse otra vez. Pero nada de esto turbó el profundo sueño del cartero en su silla desvencijada y dura.

Soñaba con filas interminables de barriles llenos de tinto, que salían en una especie de procesión mágica desde la taberna del Tuerto, pasaban por la plaza del Ayuntamiento y entraban en la parroquia, donde el señor cura estaba predicando la novena de Santa Olegaria. Después, las campanas tocaban a rebato y por la calle de enfrente a Correos, largas filas de convecinos suyos traían en medio el cadáver de doña Paula. Los barriles y los acompañantes de la vieja entraban a una en la parroquia. Quiso contar los barriles: uno, dos, once, dieciséis... Siguió contando durante varios minutos, hasta cansarse. Después el suelo cedía bajo sus pies. Los barriles a un lado y a otro vociferaban debajo del púlpito donde predicaba el cura la novena de Santa Olegaria. Los que traían el cuerpo de doña Paula lo depositaron en el suelo, en el medio de la iglesia. Entonces los barriles dejaban de hacer ruido y el párroco cesaba en su predicación. Detrás de ambas procesiones venía un grupo de hombres muy graves, que sin embargo llevaban todos en la mano un vaso lleno del mismo tinto de los barriles: eran el alcalde, el gobernador, el Tuerto, don Nando, el juez, el secretario, y una serie de individuos desconocidos a los que el cartero nunca había visto por Villalobos. Todos se sentaban en los primeros bancos, y sin abandonar su gesto de seriedad impresionante levantaban sus vasos, brindaban en silencio, con gestos y guiños, y bebían a la salud de la difunta, que yacía en el medio.

Entretanto, él seguía hundiéndose en mitad de los barriles. Sentía sed y calor; una sed insaciable de aquel vino que bebían todos menos él. Cada vez caía más bajo y nadie parecía hacer caso de él. Los barriles empezaban a reírse a carcajadas. En sus bocas, en sus ojos y en sus narices rezumaba el vino tinto, pero él seguía teniendo sed y hundiéndose en el piso de la iglesia. De pronto quiso gritar y no pudo. Su lengua se movía y sus labios modulaban algo, pero la voz no le salía del cuello, como si la tuviera petrificada en la garganta.

Esto le asustó más que los barriles y el cadáver de doña Paula. En la angustia de la caída quiso cogerse a algo. Estiró las manos, se aferró al respaldo de un banco lleno de mujeres que se habían vuelto a él con ojos asustados y burlones. Zarandó los pies en el aire...

El cartero de Villalobos despertó sobresaltado de la pesadilla, agitando la escoba, que tenía apoyada en la pared, muy cerca del sitio donde dormía sus siestas. Los barriles habían desaparecido y dentro y fuera de la oficina de Correos la luz del sol tapizaba majestuosamente la silenciosa calma de la tarde.

Al cura de Villalobos le amenazaba la digestión con ponerse de pie en el pílora cada vez que el sacerdote americano reanudaba sus intenciones de hablar latín para entenderse mejor.

La mujer norteamericana sonreía a todo con una mirada desvaída de ternera

joven.

El hombre norteamericano daba las gracias cada vez que la Isabel le llenaba el vaso de vino tinto, y miraba con atención a los labios del señor párroco para hacerse cargo de la conversación que este sostenía con su paisano del estado clerical.

El cura de Villalobos hacía verdaderos esfuerzos para no impacientarse cada vez que tenía que repetir, silabeándolas, todas sus palabras dos o tres veces a su colega norteamericano.

La mujer norteamericana se había vestido una sutil falda de un tejido terriblemente vaporoso que resultaba menos digno de una criatura bautizada que el mismo pantalón de viaje. A la Isabel le dieron ganas de santiguarse tres veces seguidas, y don Jenaro opinó que en aquella falda debían estar ocultos tres, por lo menos, de los siete pecados capitales. Pero lo turbador era que la misma sensación de peligro no le permitía apartar los ojos de ella.

El colega americano del señor cura de Villalobos enseñaba la dentadura brillante y limpia de un modo gracioso, siempre que pronunciaba nombres como Aranjuez y Zaragoza. Y se volvía grave y serio al hablar de su eminencia el cardenal de Boston.

Era un hombre joven, rubio y guapo. Aunque era delgado, parecía un atleta, con expresión de niño fumador de puros. Sus ojos azules miraban con sorprendido agrado a todos los ángulos del comedor y de la galería, más allá de la cual se extendía el panorama luminoso y cálido de la plaza llena de colgaduras y banderitas. Sonreía siempre que el cura de Villalobos le dirigía la palabra, y siempre que encontraba invencibles dificultades para hacerse entender. A la Isabel acabó por hacerse simpático y, mientras servía, no dejaba de cavilar sobre qué significado podrían tener en aquel cuerpo de atleta esos ojos azules de niño fumador de puros.

El hombre americano seguía sin entender nada de lo que decía el cura de Villalobos, por más que se esforzaba en mirar los labios de don Jenaro.

A don Jenaro no le escandalizó mucho que la brisa que entraba desde la galería jugara con la sutil falda de la mujer, pero en cambio le llamó poderosamente la atención que sus tres comensales hubieran visto bañarse de cuerpo entero en una piscina a su eminencia el cardenal de Boston.

Isabel no sabía quién pudiera ser el cardenal de Boston, pero sospechó que sería un hombre de goma o algo de propaganda como lo que había visto en la capital las dos veces que había estado allí. De todas maneras no comprendía cómo a los franchutes podía parecerles atractivo que un hombre de goma como el cardenal de Boston se bañara en una piscina pública.

El párroco contó a sus huéspedes americanos que a él le habían entrado en pleno agosto muchas ganas de bañarse en el río de Villalobos, pero nunca había visto a ningún cardenal bañarse en una piscina, aunque no dudaba de que tal espectáculo sería muy edificante y constituiría una formidable derrota del infierno.

El colega americano del señor cura opinó que, en efecto, era una verdadera derrota del demonio el que la Santa Madre Iglesia entrara por fin en las piscinas públicas y se bañara a la vista de todos, puesto que la Santa Madre Iglesia no tenía tantas deformidades que ocultar como muchas damas honorables que se bañaban en esos mismos lugares.

A la Isabel le extrañó que algunas damas honorables se bañaran alguna vez, y se fué a la cocina preguntándose si aquella franchuta que comía con su amo sería una de esas damas honorables.

El hombre americano sonreía con paciencia a cada movimiento de los labios del señor párroco y hacía gestos afirmativos cuando el señor cura opinaba que en Norteamérica debían andar sueltos los siete pecados capitales, y movía negativamente la cabeza cuando el párroco afirmaba que el catolicismo de pueblos como Villalobos era la levadura de la Iglesia romana aunque se bañaran todos sus cardenales en las piscinas públicas.

Al sacerdote americano le parecía que se hubiesen entendido mejor en latín, y que de todas maneras era aconsejable que el cura de Villalobos se bañara al menos en privado en el mes de agosto.

Desde que había cesado la afluencia de los campesinos y aparceros de la alquería, la Sinfo y la Gumer determinaron arreglar un poco la salita donde habían puesto a la pobre doña Paula, y renovar las flores, pues aquella estancia olía ya a un tufo muy peculiar y no de cuerpo muerto precisamente.

Habían comido ligeramente.

—Nosotras nos conformamos con cualquier cosa, ¿sabe usted?

Y ahora se estaban así, sin saber qué hacer, hasta que el señor párroco volviera por la tarde para ultimar los detalles del traslado a la mañana siguiente.

—El señor cura es un santo, Gumer.

—Y que lo diga, señora Sinfo. Si no es por él, ¿qué hacemos nosotras, pobrecitas mujeres, que no sabemos sino llorar?

—Ya verás, Gumer. Verás qué honras le hacen a la pobrecita.

—¡Con tanto que ha dejado y tanto bien hecho!

—Era una santa.

—Una bendita, doña Sinfo: una bendita, eso es. Todavía la recuerdo paseando por estas piezas, muy despacito, porque no podía la pobre. Y llamando a todos los gañanes, y preguntándoles por todo, por sus mujeres y por sus hijos.

—Como si la estuviera viendo yo también. Sobre todo cuando lo del Antonio. Había que ver entonces a la señora pidiéndole que se casara con la Cinda y que no dejaran así al crío, en el Hospital de Afuera, tal como si no tuviera padres.

—Pero él no quiso, porque sus dineros le costaba.

—Todo era la madre, Gumer. Todo era la madre y nada más. Y luego la

Clemencia, que puso el grito en el cielo. Pero ahora tendrán que hacerlo, porque los nuevos amos no serán tan buenos. No, no serán tan buenos como la señora.

—Fué buena siempre. Porque de joven ya se le veía lo que había de ser, cuando la cortejaban todos en el pueblo, que aun de la capital tenía pretendientes, y ella decía que pensaba quedar para adornar altares.

—Y bien que los ha adornado, que si no es por ella, la Parroquia se queda en las cuatro paredes.

—¡Tan buena la pobrecita!

Y lloriqueaban una vez más en la habitación contigua a la salita donde yacía el cadáver, a la que se habían retirado las dos.

Por la ventana, a través de las persianas echadas, reverberaba el sol como una llama blanca y temblorosa en mitad de los trigales.

Todo era un mar de espigas allá fuera, dobladas al peso de la fértil promesa.

Al fondo, el caserío de Villalobos parecía un espejismo fabuloso en medio de la claridad ancha del día.

(Todos los colores han cambiado otra vez. Ahora el ambiente se ha hecho opaco y sólido, como si se pudiera coger con las manos. El azul del cielo es sombrío y hondo, encima de los horizontes llenos de caminos. Pero Villalobos sigue a lo lejos adormilado sobre la meseta, entre la tierra rojiza y pardusca que sueña también como un cuerpo desplomado en sí mismo.)

Estaba de Dios que la digestión del señor Onésimo había de ser laboriosa aquella tarde.

Ya mientras comía sintió que cada bocado le caía peor, y que las glándulas rugían allá abajo, en un esfuerzo gigantesco por destrozarlo todo. Después sintió un dolor agudo, seguido de otro, y de otro. Hasta convertirse en un prolongado retortijón que le hizo sudar por toda la calva reluciente y blanca.

Entonces se echó sobre la enorme cama de matrimonio, vacía desde tanto tiempo atrás.

Durante un buen rato se estuvo así, echado bocarriba, con las dos manos sobre el vientre, como si quisiera coger el dolor y retorcerlo entre los dedos.

Con los ojos recorría el techo, la lámpara de globo de cristal rosado que había comprado muchos años antes, cuando se casaron. Después miraba los cuadros como si fuera la primera vez que los veía. Una a una, sometía a una inspección técnica las imágenes de la Sagrada Familia; los rizos del Niño, los ojos de la Madre que sostenía la rueca; las manos del Padre puestas sobre una garlopa gigantesca con la que iba rasando maderas para Dios sabe qué encargos de los ricachones de Nazaret.

De pronto sentía un nuevo retortijón en el vientre, como si algo le anduviera por allí dentro.

«Son gases —pensaba—; pasarán.»

Pero no pasaban, sino que volvían una y otra vez. Hasta que con un esfuerzo de toda su humanidad lograba expulsarlos.

Entonces se quedaba tranquilo unos momentos, dejaba de sudar, y el cuadro de la Sagrada Familia le parecía más poético, más gracioso que nunca.

Poco a poco logró adormecerse. Pero entonces le llegaba de la calle un rumor creciente, como si alguien gritara.

«No me dejarán en paz. No me dejarán en paz», angustió.

Pensó en el pinche de la peluquería.

«Hoy no vale la pena abrir —decidió—. Vendrá el gobernador y no habrá quien se corte el pelo en todo Villalobos.»

E inmediatamente se dio la vuelta sobre la cama, porque ahora le dolía menos, y cerró los ojos.

Poco a poco fué dejando de ver el cuadro de la Sagrada Familia.

Serían las tres de la tarde, o algo más, cuando la Cinda llegó al molino. Corría mirando atrás de vez en cuando, para asegurarse de que nadie la había visto llegar hasta allí.

El molino es un lugar casi derruido, que conserva aún la naturaleza salvaje de bastión que dan a los graneros los campesinos de la comarca. Tiene a un lado una tejavana, y en el centro un recinto amplio, sombrío, porque la luz llega apenas hasta dentro por una especie de aspilleras estrechas y alargadas. Aquí guardan la paja los labriegos, y aquí se reúnen con frecuencia al atardecer los enamorados de Villalobos que tienen algo que ocultar.

La puerta abierta era señal de que Antonio estaba esperándola, y se precipitó dentro con la misma rapidez con que había llegado.

El encandilamiento de luz que traía en los ojos le impidió ver nada en la sombra, y así, antes de que viera a Antonio, ya sintió los brazos de él cogerla por la cintura como otras veces.

—¡Suelta, hombre!

—Cinda, ¿a qué has venido?

—Menudo susto me has dado. Además he venido a decirte que no me cites más aquí. Pueden vernos y sospecharán más de lo que hay.

Antonio estaba decidido a jugarlo todo de una vez. Había venido hasta allí, a ese sitio donde hacía casi dos años se habían amado tanto, para decirle que estaba decidido a casarse. Aunque no tuviera trabajo. Aunque los nuevos dueños de la alquería le pusieran de patitas en la calle. Él la quería y ella le quería: y eso era todo lo que necesitaban un hombre y una mujer como ellos para casarse. Esta vez venía de buenas, y eso era todo.

Cinda no sabía si reír o llorar al escucharle. Se echó a su cuello y le besó

repetidas veces.

Aunque había venido con el propósito de no permitir que él la besara.

—¡Cinda, por favor!

Antonio estaba sorprendido ante aquella explosión inesperada.

—No sabes lo feliz que soy —alborozó ella.

—Pero no habías creído en mí.

—No digas eso, Tonio. Tú sabes que yo siempre he creído en ti. Mi madre... y después las malas lenguas. Ya comprendes que es imposible luchar contra las malas lenguas.

—Bien, Cinda. Ahora podemos sentarnos y hablar de lo que pensamos hacer.

Se sentaron en un montón de paja que había en un rincón. Cinda se sentía tan feliz que ya no le importaban las malas lenguas de Villalobos, ni todas las malas lenguas del mundo, si es que fuera de Villalobos las había.

El granero olía a heno recién cortado y a paja. Era un olor confortable y blando que les agradaba, porque parecía reproducirles el campo del que estaban enamorados. Por las rendijas del tejado de madera y arcilla entraban algunos rayos del sol que iluminaba aquella penumbra. Estaban estrechados el uno contra el otro, igual que en otra ocasión semejante, cuando él la había abrazado de aquella manera.

—Lo primero que haremos es casarnos.

Cinda dijo esto como si ya poseyera la autoridad de ama de casa.

Después añadió:

—Y en seguida, sacar a nuestro hijo del Hospital de Afuera.

Antonio sintió la necesidad de explicar a la mujer su conducta de los meses pasados.

Estaba echado sobre la paja, cara al techo, y ella se había incorporado a su lado para mirarle fijamente.

—Cinda, yo... Quiero explicarte por qué hasta ahora...

Ella le tapó la boca con sus dedos.

—No expliques nada, Tonio. Estás mejor así, sin hablar.

Y antes de inclinarse sobre él para besarle, murmuró con una voz imperceptible:

—Hay cosas que no pueden explicarse.

Y se abrazó al hombre como si se cogiera a la vida.

Sor Micaela sentía por las tardes más facilidad para amar a Dios, por el mero hecho de que no tenía clase de gramática a esas horas.

Pero después de la plática del capellán tuvo unos retorcidos escrúpulos sobre si realmente amaba a Dios al reconocer que la ausencia de ablativos y acusativos era una de las causas de su fervor vespertino.

Y empezó a preguntarse por qué no amaba a Dios con el mismo entusiasmo por

las mañanas que por las tardes.

Al fin, sor Micaela se armó tal lío en la cabeza, que pidió permiso a la Superiora para ir a consultárselo al capellán.

Sor Honoria se lo concedió de muy buena gana, porque sabía que sor Micaela era un ángel y el capellán debía estar necesitado de ángeles a aquellas horas, puesto que el tiempo de la siesta era más propicio que cualquier otro para las tentaciones diabólicas y de los demás enemigos del alma.

Pero cuando sor Micaela entró en el aposento del capellán, este no parecía estar durmiendo la siesta, ni haciendo grandes esfuerzos para vencer tentaciones de ninguna clase. Lo que hacía el capellán cuando entró sor Micaela era rezar el breviario con verdadero fervor, tanto, que a sor Micaela le pareció que aquello favorecería extraordinariamente su amor a Dios.

La celda del capellán, separada del resto del convento por un pasadizo estrecho y oscuro, era una habitación no demasiado amplia, blanca y casi desnuda, con una ventana por la que entraba todo el verde de la pequeña huerta y todo el azul del inmenso cielo. Una gran cruz con Cristo cromado, y un cuadro de la Dolorosa de Quito, una imagen muy devota que había traído el capellán anterior de América, constituían el escaso ornato de la estancia. Al lado de la mesa, casi vacía, aparte algunos papeles que debían contener apuntes de pláticas, había un pequeño estante giratorio con algunos libros en cada una de sus cuatro caras.

En la habitación no había más, amén de tres sillas, puesto que el sacerdote 110 dormía allí, sino en una pequeña casita del pueblo, a la entrada viniendo desde el hospital, donde las monjas tenían alquilada una cama desde antiguo para su pastor de almas.

Pero la celda era limpiísima, con las baldosas del suelo rojas y brillantes, el techo sin telarañas y los escasos muebles sin polvo. En aquel blanco santuario de la piedad, la figura del capellán era como una especie de icono bizantino para la imaginación andariega de las monjas. Sor Micaela se acercó tímidamente al sacerdote.

El capellán del Hospital de Afuera era joven y bien plantado. Jugaba a la pelota como un verdadero campeón, y hasta había sido atleta en su juventud, cuando empezaba los estudios de latín para entrar en el seminario.

El capellán tenía los ojos azules y muy profundos, pero apenas miraba a las monjas a la cara. Tal vez porque entre las monjas era posible también la belleza y él había prometido no mirar a ninguna belleza que no fuera la de Dios y la del paisaje que se asomaba a su ventana.

El capellán pasaba los días con las monjas y los niños, como un servidor de los ángeles. Les decía la misa, les daba las pláticas, el catecismo y los consejos. Rezaba con ellos y por ellos; paseaba por la huerta; recibía a sus penitentes, y al anochecer se dirigía a su casita de las afueras del pueblo, donde descansaba con su sueño tranquilo,

porque también con el sueño servía a los ángeles.

Las monjas decían del capellán que era un santo. Lo dijeron el mismo día en que llegó al Hospital de Afuera, hacía tres años, para sustituir al pobre don Trinidad, que se caía de puro viejo. Y el capellán del Hospital de Afuera decía desde el mismo día memorable que también las monjas eran unas santas.

Las monjas opinaban que su capellán llegaría a obispo de alguna diócesis, y el capellán decía en broma que la Iglesia debía admitir a mujeres en el Episcopado, para que todas las monjas del Hospital de Afuera tuvieran su mitra propia, al menos *in partibus infidelium*.

Y en este dúo riente y tranquilo transcurría la vida dentro de la celda encalada. Sor Micaela se sentó delante de la mesa del capellán mientras este, silabeando los últimos versos de un salmo, iniciaba el ademán de cerrar el libro de rezos.

Después elevó un poco los ojos y casi sin mirarla empezó a decir:

—Veamos, hija.

Sor Micaela tenía verdadero temor a revelar aquello, pero al fin habló con una voz muy blanca:

—Padre... Yo creo que no amo a Dios por las mañanas.

El capellán del Hospital de Afuera sonrió levemente, arqueó las cejas y hasta levantó los ojos hacia aquellos labios que acababan de hablar, porque reconocía que ellos debían poseer una belleza semejante a la belleza del Señor.

La Sinfo iba poniendo las flores nuevas que le traía la Gumer, en torno al cadáver de la pobrecita doña Paula.

Ahora la estancia volvió a oler a vida fresca, a cosas llenas de juventud.

Estas mujeres de la alquería no recuerdan ya el aroma de las flores del campo, de esas florecillas humildes y pequeñas que se engalanan todos los años para las bodas de la primavera.

Han trabajado demasiado con los animales, con la limpieza de la casa, con el cuidado de los gañanes, con llevarle el humor a la pobrecita doña Paula, y se han olvidado para siempre de todo lo que tiene olor a juventud, a vida y a flor.

Son unas mujeres ajadas por la existencia, exterminadas por la meseta, encorvadas por la piedad. Una a una, ponen las flores en los enormes jarros de cristal y porcelana, limpiando los tallos de hojas, pero sin escoger los colores, sin cuidar demasiado el orden de esas corolas que bañan de infancia la habitación de la anciana muerta.

Ahora, cuando han concluido su última labor, se mueven como sombras por los pasillos: penumbras mustias que deambulan de un lado a otro buscando sentido a las cosas que tal vez ya no lo tienen o que no lo tuvieron nunca.

Allí, a sus espaldas, en una habitación pequeña llena de flores jóvenes, está la

gran Visitadora, esa otra sombra que ahogará también la existencia de las flores del campo.

El sol empieza a descender más allá de las persianas de la alquería. En todo el mundo llano y surcado de caminos hay un rumor expectante de los grandes momentos. El mismo de la mañana, que se reproduce ahora, idéntico a sí, en torno a la luz dorada que acaricia a la tierra con un deseo insaciable.

Pero ellas, la Gumer y la Sinfo, tampoco han sabido nunca de este deseo.

Al señor juez de Villalobos le extrañaba que los grupos de gente insistieran en tomar el sol despiadado de junio en la plaza del Ayuntamiento.

Se quedó mirando detrás de los cristales. Observaba cómo los grupos engrosaban y cómo las mujeres salían de los portales hablando unas con otras y haciendo gestos significativos de furor y de escándalo.

Era exactamente lo mismo que habían hecho siempre las mujeres de Villalobos. Y, hasta en una ocasión, las mujeres de Escalona también. El juez de Villalobos llamó a su esposa, para que viera lo animada que estaba la plaza a aquellas horas.

Pero la esposa del exjuez de Escalona ya no estaba en casa. Entonces empezó a pensar don Fidel si la aglomeración de aquella gente en la plaza tendría alguna relación con lo que su esposa había dicho de los turistas franchutes.

Mientras se apartaba del cristal movía la cabeza, pues cada vez estaba más convencido de que las mujeres lo estropearían pronto si no llegaba a tiempo el señor gobernador.

La muchacha de la honestidad a toda prueba se decidió a salir a hurtadillas de su madre, porque, la verdad, no le convencía quedarse fregando los platos mientras el pueblo entero se reunía en la plaza para ver en qué quedaba lo de los asesinos de la pobrecita doña Paula.

Que los franchutes eran los responsables del acontecimiento y que detrás de las puertas de la Parroquia debía esconderse el cuerpo del delito, era algo que no admitía duda desde el momento que señoras tan honorables como la del juez y la boticaria lo habían estado proclamando a los cuatro vientos.

Seguramente el gobernador traería consigo fuerza suficiente para allanar la puerta de la iglesia y librar al pobre párroco de su cautiverio en manos de aquellos criminales. Porque, si no, ¿qué iba a ser de ella y de Villalobos?

La muchacha de la honestidad a toda prueba había ofrecido ya dos rosarios y una misa oída de rodillas por esta intención, aunque temía que se le inflamaran las rodillas como aquella otra vez, cuando estuvo a punto de declarársele aquel muchacho irreprochable que a ella le gustaba.

Con estos y otros pensamientos semejantes llegó hasta la plaza cuando los primeros grupos iban engrosando con nuevos hombres y mujeres del pueblo, y en el instante preciso en que salían de la farmacia de don Rosendo Oliván y Pérez la boticaria y la señora del juez.

Don Rosendo Oliván y Pérez era sobre todo un hombre de paz. Él lo había dicho siempre:

—A mí ya me lo contarán después. Quiero, como cualquiera de Villalobos, que se vengue a la pobre doña Paula y que se libere al señor cura. Pero ya me lo contarán después. No es necesaria mi presencia en la plaza y en cambio puedo hacer mucho bien quedándome en la farmacia, porque hasta es posible que esos bárbaros se lancen a la agresión y tenga yo que usar la tintura de yodo.

Todo este brillante discurso pacifista se lo espetaba a su mujer, delante de la señora del juez, en el instante en que ambas ilustres damas de la sociedad de Villalobos salían para añadirse a la manifestación de protesta que en la plaza del Ayuntamiento había crecido ya hasta lo inverosímil, con el fin de rendir por el acoso a los criminales que tenían secuestrado al reverendo párroco de Villalobos en su misma casa, después de haber asesinado a sangre fría y por motivos totalmente oscuros y seguramente inconfesables a la pobrecita doña Paula.

La boticaria asintió a las razones de su esposo y creyó muy verosímil la agresión de los forasteros, en cuyas armas debía quedar alguna bala aún. Era por tanto muy razonable que don Rosendo Oliván y Pérez se quedara en la retaguardia para suministrar la tintura de yodo necesaria en caso de refriega.

Por esta causa las dos damas franqueaban solas la limpia y cerrada puerta de la farmacia en el instante mismo en que aparecía por la calle adyacente la muchacha de la honestidad a toda prueba.

Al colega norteamericano del señor cura se le ocurrió la feliz idea de bajar a la iglesia para rezar el oficio, que tenía muy atrasado aquel día a causa del viaje.

Don Jenaro se sintió íntimamente aliviado y satisfecho porque aquella conversación embarazosa tuviera fin, y animó al sacerdote norteamericano a bajar a la iglesia para sus rezos.

En vista de que el sacristán no aparecía por ningún lado, el señor cura de Villalobos se prestó a acompañar a su colega norteamericano hasta la iglesia por el pasadizo interior que daba directamente a la sacristía y que era muy oportuno para casos de emergencia como aquel.

De paso pretendía enseñar al cura norteamericano ciertas cosas interesantes de la organización canónica del pueblo de Villalobos; le explicaría la novena y fiesta de

Santa Olegaria, que empezaba aquella noche y terminaría el día de la Patrona con una zarabanda enteramente de acuerdo con todas las reglamentaciones del *Rituale Romanum*. Había que reconocer que Villalobos era un pueblo sumamente creyente y hasta piadoso; lo único que era de lamentar es que no poseyese una piscina lo suficientemente atractiva para que los feligreses pudieran bañarse en ciertas épocas del año.

Con este motivo el cura de Villalobos y su colega norteamericano se enzarzaron en una edificante disputa sobre el culto de las imágenes y sobre lo que una imagen como la de Santa Olegaria podía representar para un pueblo piadoso y creyente como era Villalobos.

El maestro don Nando se vistió con su mejor traje negro y se encaminó después de comer al Ayuntamiento, porque juzgaba que su deber era estar junto al bruto del alcalde en el momento de la llegada del gobernador de la Provincia.

El maestro de Villalobos se había sonreído escépticamente al oír lo que decían de los franchutes refugiados en la casa del cura. Le parecía inverosímil que a don Jenaro pudiera encañonarle alguien y secuestrarlo. Pero opinaba que esto era lo mejor que podía ocurrirle a Villalobos en el momento de la visita del señor gobernador.

Don Nando se había atusado el bigote; había cubierto la magra calva con los largos cabellos grises que aún le brotaban en el temporal izquierdo y con los que hacía verdaderas filigranas, y había decidido fumarse un puro de día de fiesta.

Por la calle lucía una sonrisa de las que sólo usaba fuera de la clase, porque en ocasiones tan solemnes, el maestro de Villalobos acostumbraba enterrar en lo más hondo del hígado la temible bilis que provocaba aquellos diluvios de divisiones con números decimales sobre los enhiestos alcornoques de la escuela.

Don Nando vaciló al pasar frente a la taberna del Tuerto. Primero pensó que su puesto de servicio a la República estaba ahora junto al tarugo del alcalde; después jugó con la idea de que unos vasitos aguzarían su natural ingenio y que esto le sería de gran ayuda para los consejos que pensaba dar al alcalde en momentos tan apurados. En fin de cuentas, el tinto del Tuerto, por un metabolismo prodigioso, podía convertirse también en una suprema razón de estado.

Y esta última fué la idea que triunfó y la que movía las manos y la sonrisa de don Nando cuando abrió la puerta de la taberna.

Una vez reunidas todas las niñas de la escuela, la señorita Benigna se encaramó a la tarima donde solía encaramarse todos los días para señalar en el mapa los afluentes del Ebro, y pronunció este memorable discurso:

—Queridas niñas: ya sabéis que esta tarde llegará a Villalobos la primera

autoridad de la Provincia (varias niñas pusieron los ojos bizcos, lo que aumentó el nerviosismo de la maestra) y es necesario que todos demos muestras de civismo y de amor a la patria y a la persona del señor gobernador. (Más niñas pusieron los ojos bizcos.) Por lo cual quiero que vayamos todas con orden y que al llegar a la plaza os coloquéis en los lugares que la autoridad nos haya señalado. (Se extendía entre las niñas lo de los ojos bizcos.) Allí estaremos en silencio hasta que todo haya pasado. Esta es la mejor manera de expresar nuestro amor a la patria y nuestro respeto al señor gobernador. Ya sabéis que el silencio es lo que produce la sabiduría (estrabismo general en las niñas); os lo repito casi todos los días y lo tenéis que saber de memoria. (Algunas niñas hicieron que «sí» con la cabeza.) De manera que en la plaza, lo que podéis hacer mientras esperamos el fausto momento de la llegada de nuestra primera autoridad es repasar todas por lo bajo los afluentes del Tajo y del Duero, que quedaron muy mal el día pasado, y recordar las lecciones del Júcar y del Guadalquivir o Turia, que es lo que toca para mañana. (Todas las niñas hicieron que «sí» con la cabeza.)

»También se os dará a cada una una banderita de papel con los gloriosos colores nacionales. (Algunas niñas se frotaron las manos para expresar su satisfacción.) Debéis respetarla y no usar la enseña patria para pegaros unas a otras, y menos para hacer aviones o pajaritas. (Las niñas que se habían frotado las manos pusieron una cara muy compungida, como si ya hubieran hecho las pajaritas con las banderas.) Quiero que todas me las devolváis a la vuelta como si no las hubierais usado. Porque esas banderitas pueden servir para otra ocasión tan alta como esta.

Dicho lo cual, la señorita Benigna se secó los labios con el pañuelo, se arregló el pelo rápidamente y descendió de la tarima desde la cual señalaba en el mapa todos los días los afluentes del Ebro, y empezó a repartir las banderitas con los colores nacionales.

A sus espaldas, algunas niñas empezaron a hacer además de construir pajaritas y aviones con el papel de las banderitas, mientras en el fondo el mapa de la Península Ibérica recibía toda la magia del sol de la meseta.

Cuando dan las cuatro de la tarde en Villalobos está dando la misma hora que nuestros abuelos llamaban «*las tres*». Esto, que parece algo sin importancia, tiene en realidad una terrible trascendencia para la vida ciudadana si se considera que a las cuatro de la tarde de un día de junio en Villalobos el calor es exactamente un calor de las tres.

Bajo este calor denso y táctil de las tres de la tarde, Villalobos a las cuatro de ese día de junio era una ciudad más aplastada que nunca contra la inclemencia de la meseta. El aire se había detenido en el último espasmo de las campanadas del reloj del Ayuntamiento, al que siguieron después las de la Parroquia, brincando entre los tejados en busca de la sombra bajo los soportales de la plaza.

Tan... tan...

Las ondas concéntricas del tiempo cabalgaban sobre el sonido calcinado del viejo bronce. Desde los tejados polvorientos una mueca de estupidez atalayaba al sol. Cada sonido de: aquellos era un grito de sed, una angustiosa llamada a la penumbra.

Pero el tiempo seguía impertérrito, colgado del sol, y cada una de aquellas campanadas aguantó en su descenso a la plaza el peso del calor de la tarde.

El tabernero de Villalobos estaba dispuesto a arengar a la multitud si las circunstancias lo exigían y el calor se lo toleraba; pero antes era necesario que don Nando le diera unas cuantas ideas sobre la situación exacta de los franceses y sobre sus propósitos colonizadores.

Entretanto, y mientras la ocasión llegaba, el Tuerto se conformó con servir a sus incondicionales de la hora de la siesta, y gritar eufóricamente cada vez que pasaba un grupo de hombres y mujeres delante de su establecimiento con dirección a la plaza.

Sor Micaela no veía demasiado claro en aquella maraña de sutilezas con que el capellán había tratado de convencerla de que las horas de la mañana eran las más propicias para amar a Dios, pese a todos los acusativos y ablativos de la gramática.

Sor Micaela luchaba tenazmente por mantener los ojos abiertos mientras el capellán hablaba, y atribuía al excesivo calor de las cuatro de la tarde aquella pesadez que gravitaba en sus párpados.

Pero se despidió del sacerdote más aliviada, porque ahora estaba convencida de que realmente amaba al Señor aun en las horas de clase, puesto que el capellán del Hospital de Afuera había alegado tantas frases de santos célebres para persuadirla.

Sor Honoria había dado órdenes para que se adecentaran las galerías, las aulas y los dormitorios de los niños, porque era posible que el señor gobernador de la Provincia visitara aquella tarde el establecimiento benéfico de Villalobos.

Sor Honoria estaba a punto de avergonzarse de aquel sentimiento, pero le parecía consolador que la muerte de doña Paula motivara una visita del señor gobernador civil al Hospital de Afuera.

Todas las monjas, menos sor Micaela y sor Ana del Santísimo Crucificado, que debían vigilar a los niños, se pusieron sus largos mandiles azules encima del hábito negro y empezaron a barrer y a fregar, no porque hubieran oído el bando del señor alcalde cantado por el Benito, sino porque habían oído la voz de la Obediencia y tenían voto de seguir esa voz aunque les pidiera barrer y fregar a las cuatro de la tarde de un caluroso día de junio.

Estaba de Dios que el cartero y barrendero de Villalobos no tuviera descanso aquel día.

No debía llevar media hora de sueño, anegado entre el vino de los barriles que atestaban la iglesia, cuando se despertó bruscamente. Con un gesto de malhumor comprendió que la causa de tan cruel desenlace de su sueño eran los gritos que daban las mujeres apostadas a la entrada de Correos.

Al principio no pudo comprender qué decían aquellos energúmenos, pero le pareció que los gritos debían ir dirigidos ya a la presencia del señor gobernador, y se puso en pie de un salto, movido por un invisible resorte de responsabilidad, porque era posible que la primera autoridad de la Provincia visitara las oficinas de Correos de Villalobos, y no sería oportuno encontrar dormido en una silla a un funcionario del Municipio y del Estado.

Es posible que el alcalde estuviera en sus glorias ante el panorama que le ofrecía la hermosa plaza del Ayuntamiento, engalanada y limpia, con sus banderas, sus colchas en los halcones, y un barrido fenomenal, como hacía tiempo que no lo sufría la pobre plaza, por mano de todas las amas de casa de la vecindad.

Es posible que esto le produjera una alegría íntima, no tanto de origen estético, como nacida de la consideración que su jerarquía le valiera entre sus convecinos.

Ahí estaba el punto de la cuestión. ¿No se habían reído de él hombres tan pedantes como el maestro, tan insufribles como el señor cura, y tan tiesos y envarados como el juez de Villalobos? Pues ahí lo tenían: bastaba un bando del alcalde, cantado por la voz del Benito, un sencillo bando de andar por casa como quien dice, y todo el pueblo se había puesto en conmoción. Los portales barridos, la plaza baldeada, las fachadas limpias y adornadas con banderas, colgaduras y colchas. ¿Les parecía poco?

En el subterráneo de su conciencia, del que don Simplicio no tenía conocimiento alguno, al alcalde le bullía la atrevida convicción de que una muerte como aquella le venía bien a Villalobos, aunque él jamás se hubiera confesado conforme con semejante idea.

El alcalde estaba en sus glorias. Y no era para menos. Sólo de vez en cuando le turbaba un pensamiento desolador: ¿por qué no habría desobedecido alguien a sus órdenes? ¡Con lo necesitado que estaba el municipio del producto de unas cuantas multas!

Al sacerdote norteamericano le daba muy poca devoción la imagen de Santa Olegaria

que el sacristán había colocado aquella mañana en un pequeño altar junto al presbiterio. Por mucho que el señor párroco se empeñó en explicarle las fiestas que se hacían en Villalobos en homenaje a aquella imagen, al sacerdote norteamericano le siguió pareciendo una figura detestable la de aquella santa con su manto de seda bordado en colores vivos, con su cabeza erguida al cielo y los ojos en blanco, porque el imaginero había pensado sin duda que las santas que veían a Dios ponían los ojos en blanco.

El párroco de Villalobos comprendió que era inútil discutir con su colega norteamericano, en primer lugar porque apenas se entendían, y en segundo lugar porque le daba miedo que una vez más le pidiera que hablaran los dos en latín para entenderse mejor.

Al párroco le parecía excelente que el sacerdote norteamericano hablara en latín con Dios, y así le dejó arrodillado en un banco de la iglesia, vacía y cerrada, mientras él pasaba a la sacristía para ultimar los preparativos de la novena.

Sólo cuando estuvo en la sacristía revolviendo los ornamentos, se acordó de la pobrecita doña Paula, que había muerto aquella madrugada, y pensó que al día siguiente habría que hacer un oficio de primera clase, según lo exigía el alma de una persona que había hecho tanto bien a Villalobos, y que sin duda aun después de muerta se acordaría de su Parroquia.

Inconscientemente le bullía en la cabeza el perverso pensamiento de que también la muerte de un feligrés ilustre hacía bien a la Parroquia, pero el señor cura se santiguó tres veces para sacudir aquella idea que le parecía una tentación irreverente y diabólica.

Don Jenaro pensó que esa misma imagen de Santa Olegaria, contra la que había despotricado con democrática libertad su colega norteamericano, era un obsequio de la difunta a la Parroquia, y que el rico manto de seda de la Patrona del pueblo había sido bordado cuidadosamente por unas monjas de la capital, cuyas labores manuales alcanzaban gran prestigio en toda la diócesis. Y le dio rabia que ahora un cura joven y extranjero, con el único mérito a su favor de haber visto a ciertos miembros del Sacro Colegio Cardenalicio, se permitiera ciertas frases sobre la devoción y el gusto de aquella imagen.

El señor párroco de Villalobos estaba desconsolado. Durante un buen rato no atinó a hacer nada de lo que debía hacer. Murmuró entre dientes contra el sacristán, que a aquellas horas de la tarde no se había presentado aún, a pesar de todo lo que había que hacer. Pero le hubiese bastado con volverse al viejo reloj de pared que adornaba la sacristía, para convencerse de que aquella hora de la tarde no pasaba aún de las cuatro.

No habían dado aún las cuatro de la tarde cuando a los dos compañeros del sacerdote

norteamericano les llamó la atención el extraordinario alborozo que había en la plaza de Villalobos, delante de la Parroquia.

Especialmente a la mujer norteamericana le producía un enorme júbilo toda aquella gente reunida abajo, y esperaba que de un momento a otro saliera el toro obligado para cualquier fiesta de estos pueblos españoles. Seguramente iba a ser muy divertido. Les hubiera gustado que estuviesen allí el sacerdote norteamericano y el cura del pueblo, porque indudablemente se trataría de un gran espectáculo; pero ya que los dos clérigos no habían vuelto, al menos ellos no podrían perderse la fiesta.

Por esto se dispusieron a abrir la galería que daba a la plaza y a asomarse para ver mejor la fiesta.

Y cuando ellos aparecieron en la galería de la casa parroquial, fué tan grande el griterío que subió desde la plaza, que no tuvieron más remedio que sonreír a la muchedumbre y saludar con sus brazos agitados al aire.

Esto pareció excitar aún más el entusiasmo de las gentes. La mujer norteamericana se sentía perfectamente feliz y miraba a su compañero diciéndole con los ojos: «¿Qué te parece? Seguramente nos han tomado por los presidentes de los Estados Unidos.»

Y diciendo esto con los ojos a su compañero, siguió agitando el brazo derecho sobre el tumulto de palabras ininteligibles que subía hacia ellos.

En el instante en que entraba en la plaza del Ayuntamiento la señorita Benigna con sus huestes armadas de banderitas nacionales, se abría la galería de la casa parroquial y se asomaban a ella dos extraños personajes sonrientes que gesticulaban y saludaban al pueblo con los brazos.

La maestra de Villalobos sintió correrle el cuerpo un escalofrío de patriotismo y se volvió a sus niñas gritando:

—¡Viva el señor gobernador!

A lo que vociferaron todas las niñas:

—¡Vivaaa!

Mientras, agitaban sus banderitas bicolors hacia la galería desde la que saludaban los dos personajes.

La gente, que oyó aquel grito subversivo en medio del tumulto provocado por la aparición de los desvergonzados franchutes, se volvió furiosa hacia la maestra y sus tropas y miraron hostiles y amenazadoras a ambas.

Pero la maestra de Villalobos no se dio por aludida, y como tenía por norma el cumplir con su deber a pesar de todo, y en aquel momento su deber era ni más ni menos dar una lección de patriotismo a sus niñas, volvió a gritar un viva más sonoro, más estentóreo, que retumbó por todos los ámbitos de la plaza, seguido inmediatamente del mismo berreo de las niñas y de un rugido frenético de los grupos

más cercanos a ellas.

La señorita Benigna no sabría explicar si la mujer que la golpeó primero en la cabeza era la boticaria o un energúmeno del infierno. Lo que sí explicaría con mucho gusto y lo estará explicando hasta la noche es cómo enarboló la banderita bicolor que estaba agitando en aquel instante y la asentó tres y cuatro veces indiferentemente sobre la cabeza, sobre las nalgas y sobre las espaldas de las agresoras.

Lo mismo debieron hacer las niñas, porque durante varios minutos toda la plaza parecía un agitarse airado de banderitas bicolors, desgarradas, rotas, hechas astillas contra las cabezas de mujeres y de hombres que clamaban por una venganza rápida y feroz.

Al poco tiempo, las banderitas de la señorita Benigna habían flameado sobre un sinnúmero de lomos y de moños, y hasta la mujer de la boca torcida había sido santiguada con los colores nacionales.

En aquella baraúnda hubiera sido imposible poner calma aunque el Benito y el barrendero de Villalobos se hubiesen empeñado en ello.

Las mujeres gritaban como locas que había que liberar al señor cura, que había que tirar a aquellos desvergonzados franchutes desde la galería abajo; que ellos habían asesinado a la pobre doña Paula, que ahora vete a saber dónde tenían secuestrado al párroco de Villalobos, y quién sabe cuántas cosas más por el estilo.

La señorita Benigna, que sólo atendía a la defensa de su persona y no tenía oídos para los denuestos de las mujeres, gritaba como una histérica arengando a sus niñas para que acallaran de destrozar las banderitas en los moños de aquella gentuza.

Y de esta manera se zarandearon las banderas de un lado a otro en la refriega descomunal, que sin duda debió parecer una verdadera corrida de toros a los regocijados espectadores de la galería del señor cura.

Lucinda ya no llevaba la cuenta de las veces que Antonio había repetido aquella tarde que se casaría aunque se quedara en la calle, aunque tuviera que pedir limosna por los caminos.

Echados en la paja del granero, continuaban abrazados como al principio, tratando de reanudar un idilio que la testarudez de los vecinos de Villalobos no había conseguido romper.

—Seremos felices, Cinda. Iremos a cualquier sitio.

Ella le miraba una vez más a los ojos.

—Eso ya me lo dijiste otra vez.

—Mujer, tú sabes que entonces no podía.

—Me engañaste con lo de la señora. Ahora lo confiesas, ¿verdad?

—«Entonces» era imposible. Tienes que comprenderlo, Cinda; es verdad que la señora no se oponía...

—Era tu madre, ¿verdad?

Antonio dejó de hablar un momento. Después murmuró:

—Ahora mi madre no podrá oponerse.

La Cinda hubiera deseado preguntar muchas cosas y decir algunas más, pero prefirió callarse ante la voz persuasiva del hombre.

Fuera, toda la Naturaleza parecía haber muerto insensiblemente, aplastada por el calor. De los campos cercanos no llegaba ni una voz humana, ni el canto de un pájaro. Ni siquiera los chopos o los juncos del río murmuraban a aquellas horas dormidas sobre la caricia cálida del aire.

Lucinda sintió todo aquel silencio en su propia carne y se atemorizó:

—Debe de estar pasando algo, Tonio. No se oye nada en todo el pueblo.

—Déjalos que se diviertan como quieran. Así estaremos en paz tú y yo.

Y siguió recostado sobre la paja del granero, mirando al techo, por el que entraban, vivos aún, los rayos de la luz exterior.

La boticaria estaba convencida de que era algo insoportable que aquellas niñas con las banderitas aplaudieran y dieran vivas a los asesinos de la pobrecita doña Paula.

Si ella no tomaba personalmente el desquite, no habría en todo Villalobos una persona capaz de vengar el insulto a la colectividad. Por eso arremetió contra la primera que se puso a su alcance, que resultó ser la mismísima maestra del pueblo, la señorita Benigna.

A su arremetida contra la bien peinada cabeza de la educadora de las niñas de Villalobos se adhirieron la mujer de la boca torcida y la muchacha de la honestidad a toda prueba.

Ni los banderillazos ni los tirones de pelo eran capaces de arredrar a aquellas mujeres valerosas, dispuestas a vender cara la independencia de Villalobos a unos truhanes como sin duela eran los dos franchutes asomados a la galería del párroco con tanto descaro.

Metida de narices en la refriega, la boticaria no pudo darse exacta cuenta de la tremolina que había levantado su patriótica actitud, ni percibía los manotazos que desde el balcón central del Ayuntamiento daba el señor alcalde, rugiendo como una fiera que pusieran orden inmediatamente, pues de un momento a otro podía llegar el señor gobernador a la plaza de Villalobos.

Las mujeres del pueblo secundaron con valentía la obra destructora de la boticaria arremetiendo contra las desmedradas banderitas, y, a falta de estas, contra los moños de la primera que tuvieran a mano. Y hasta la señora del juez repartió aristocráticos coscorriones a las niñas de la maestra, a las que tenía un odio ancestral, porque en la misa de nueve de los domingos le ocupaban siempre su banco favorito en la Parroquia.

También la muchacha de la honestidad a toda prueba luchó en la escaramuza moviendo sus escuálidos miembros como las aspas de un molino que no acabaron de sembrar el terror en las fuerzas enemigas. Lo que le ocurría a la muchacha de la honestidad a toda prueba era que no acababa de dilucidar bien quién era contrario a la iglesia y quién no, y más de una vez alcanzó un soberbio pellizco al robusto brazo de alguna matrona que peleaba por la misma causa que todas las buenas gentes de Villalobos.

Los compañeros del sacerdote norteamericano no cabían en su piel de júbilo, y confesaban que en su vida habían presenciado un espectáculo semejante a aquella zarabanda de empellones, gritos, denuestos y banderitas tremoladas al aire. Con risas y aullidos intraducibles a lengua cristiana, demostraron su admiración por la perfecta originalidad de aquellos festejos, y se preguntaban si sería corriente en aquellos pueblos castellanos el recibir a los turistas con tales demostraciones de adhesión y alegría.

Lo único que sentían era que no estuviese presente el sacerdote norteamericano, a quien sin duda hubiera regocijado el espectáculo original de los gritos y las banderitas, porque era un hombre sumamente sencillo a pesar de su figura atlética.

Al señor alcalde de Villalobos se lo llevaban todos los diablos.

¿Qué iba a ser de sus pacientes preparativos para recibir dignamente al gobernador de la Provincia? ¡Multas! ¡Una buena tanda de multas para todo el vecindario!

Rugía desde el balcón, llamaba al Benito, que debía encontrarse en la taberna del Tuerto a aquellas horas, gritaba al cartero y barrendero que pusiera orden en su calidad de agente municipal; clamaba por el secretario y lo ponía de bestia para abajo, porque tampoco el secretario aparecía.

Y así, solo, el pobre alcalde se agitaba de un extremo a otro del balcón pidiendo orden a las mujeres e intervención a los hombres para que de nuevo reinara la paz en la engalanada plaza.

La verdad era que ni el mismo alcalde llegaba a comprender el motivo de todo aquel motín, y que en un principio creyó que se debiera a alguna treta del señor cura. No viéndole aparecer por ningún sitio, estuvo a punto de creer que aquel zorro había intentado estropearle su fiesta y librarse así de las honras fúnebres que aquella misma tarde el alcalde planeaba celebrar en homenaje a doña Paula.

Pero poco a poco, conforme su magín se lo permitía, fué comprendiendo el motivo de aquella baraúnda de gritos, tirones de moño y banderas. El que las mujeres clamaran por la devolución de su párroco y llenaran de insultos a aquellos dos

inofensivos seres que sonreían y saludaban desde la galería parroquial como si en realidad les estuvieran haciendo objeto del más cordial homenaje, empezó a divertir al bueno del alcalde, y hasta es posible que se hubiera adherido a la zarabanda, si en aquel momento no enfilara la plaza, por el extremo opuesto, seguido de la chiquillería de don Nando, un magnífico automóvil que por las trazas debía ser el del gobernador de la Provincia.

Don Nando gritaba furioso desde; la taberna a la chiquillería para que no se montaran en los traseros del coche, pero maldito el caso que le hacían aquellos salvajes desmandados.

Entre gritos, silbos y rugidos de la pequeña turba, el coche oficial fué penetrando por las callejas de Villalobos, hasta desembocar en la plaza del Ayuntamiento, donde otra muchedumbre desenfrenada hacía manifestación de su júbilo con gritos salvajes, golpes y empujones.

En ese instante, el coche del gobernador disminuyó la marcha y se dispuso a entrar solemnemente en el escenario de la refriega.

Al señor alcalde le chorreaba el sudor por el cuello enrojecido cuando gritó con una voz que le hubiera envidiado el Benito:

—¡El señor gobernador!

Y sin esperar a ver el efecto que producían sus palabras en la plaza, corrió hacia la escalera para estar en la entrada del Ayuntamiento en el instante en que se detuviera el coche de la primera autoridad.

Cuando las monjas hubieron terminado la limpieza de las galerías del convento por las que había de pasar el señor gobernador civil, volvieron todas a sus tareas habituales.

Sor Micaela y sor Ana del Santísimo Crucificado recogieron a los niños en sus clases para tratar de explicarles cómo habían de recibir, saludar y sonreír a un personaje de la excepcional importancia de un gobernador civil.

Sor Micaela estaba convencida de que aquello era mucho más fácil de explicar y comprender que el acusativo, pero no estaba muy persuadida de que los niños fueran a saludar y sonreír al gobernador exactamente de la misma manera que ella lo estaba haciendo.

Después llevó a los niños a merendar pan y chocolate, y por fin los sacó al recreo, al sol y al aire, para festejar el acontecimiento de una visita tan importante.

Sor Micaela no deseaba pensar aquellas cosas irreverentes que le traía el

demonio, sin duda. Pero era imposible apartar la idea de que a los pequeños del Hospital de Afuera les había sentado bien la muerte de doña Paula.

Fué entonces cuando sor Micaela se acordó de que debía rezar un padrenuestro por el alma de la señora, y se dirigió a la pequeña capilla del convento, sobre cuya espadaña brincaba la luz de la ancha tarde castellana.

Lucinda no quería pensar lo que ocurriría si su madre les sorprendiera en aquel instante en que parecía que las cosas iban a ocurrir exactamente igual que la primera vez.

Rendida al fin a las súplicas de Antonio, se había reconciliado con él, y estaba abrazada a su cuerpo, echados los dos en la penumbra, sobre el heno del granero.

El calor del heno amontonado en el molino era muy agradable en esos instantes en que Antonio la besaba y le prometía una vez más casarse con ella.

Lucinda pensaba que sería maravilloso que aquello continuara siempre.

El Tuerto y sus leales de la hora de la siesta creyeron que lo mejor sería acercarse hasta la plaza para ver si el señor gobernador ordenaba tomar por asalto a la Parroquia y desalojar a los franchutes, que aún se resistían con los rehenes del cura y la Isabel.

El tabernero opinaba que aquella sería una estrategia digna de un gran general, y que la Parroquia no se conquistaba así como así aunque todas las mujeres devotas de Villalobos atacaran con sus mejores bríos.

Pero el maestro don Nando era de parecer que los pobres extranjeros no tendrían más remedio que rendirse al asedio por hambre. Por lo demás, que acabaran antes con el párroco, no podía menos de reportar beneficios a un pueblo progresista como aquel.

Al mozo de Teléfonos le parecía que el señor gobernador no había venido a ordenar ningún ataque, sino que su llegada debía tener alguna relación con la muerte de la vieja, allá en la alquería. Pero no se atrevió a decir lo que pensaba en voz alta porque le daba lástima deshacer las ilusiones de un hombre tan importante como el tabernero.

La Gumer y la Sinfo acabaron por dormirse en sus sillas donde velaban el cadáver. Era extraño que nadie hubiera venido después de comer a visitarlas, pero de todas maneras estaban dispuestas a agradecer a quien fuere este rato de descanso, porque aquella mañana, desde la madrugada, había sido muy movida.

A la muchacha de la honestidad a toda prueba le pareció que el señor gobernador llegaba como llovido del cielo, porque la baraúnda de la plaza, con tantos mozos de por medio que empezaban a aprovecharse de la ocasión para levantar las faldas de las niñas y las mujeres, empezaba a comprometer su integridad.

Era cosa de Santa Olegaria y de toda la corte celestial el que el señor gobernador hiciera su entrada en la plaza de Villalobos en aquel instante preciso.

La señorita Benigna recogió sus huestes agotadas y rotas. Procuró ordenarlas en medio de la refriega, dio un buen papirotazo con el resto de su bandera a un mozo que se propasaba con las niñas, comprobó las bajas, e inició una retirada honrosa antes de que las banderas cayesen en poder del enemigo.

Los colores nacionales desgarrados, los palos de las banderitas rotos, las niñas de la señorita Benigna se fueron recogiendo hacia el extremo de la plaza y allí esperaron el toque de retirada a nuevas posiciones.

A las niñas de la señorita Benigna no les gustó mucho la medida estratégica de la maestra, pues desde que se habían metido los mozos en la batalla el juego resultaba mucho más divertido que cuando sólo tenían que tirar del moño a la boticaria. Pero a la señorita Benigna le pareció que la tarde iba tomando un sesgo peligroso para la institución.

La boticaria, la honorable mujer del juez de Villalobos y la mujer de la boca torcida daban golpes a diestro y siniestro entre el mocerío que se había metido entre ellas. La boticaria empujaba a este, y esto a aquel, y aquel a la señorita del juez, y la señora del juez al otro, y el otro a la mujer de la boca torcida y esta a la boticaria, y así, como una onda inacabable, menudeaban los golpes, los empellones y los ayes entre las mujeres, y las risas, los codazos y las palabrotas entre los muchachos del pueblo. No había derecho a que estos sinvergüenzas trataran de tergiversar las cosas y se aprovecharan de la buena voluntad de las vecinas de Villalobos para tocar a las niñas con tanta frescura.

Por esta causa las mujeres maduras se habían olvidado de los franchutes, que seguían con el mismo entusiasmo el extraordinario festejo desde la galería de la casa cural, y ahora se revolvían contra estos enemigos del decoro y los aporreaban con todas sus fuerzas.

Fué el grito del alcalde el que libró a los mozos de Villalobos de una vergonzosa paliza en manos de las mujeres, enardecidas por las voces de la boticaria.

—¡El señor gobernador!

Rugió la garganta de don Simplicio; y como movidos por un resorte, todos,

aporreados y vapuleadoras, se volvieron hacia el automóvil que enfilaba majestuosamente la soleada y polvorienta plaza.

Don Rosendo Oliván y Pérez no quería saber nada de cuanto estaba ocurriendo en la plaza, a las puertas de su farmacia. Prefirió aguardar en la trastienda el resultado de los acontecimientos, y por fin respiró aliviado cuando sintió que el ruido cedía y que lentamente se iba restableciendo afuera el silencio.

Sólo entonces se decidió a asomar la nariz al exterior y comprobar por sí mismo los destrozos que aquella batalla campal debía haber ocasionado en la hermosa plaza de Villalobos.

Pero en realidad la plaza continuaba entera, y hasta los dos extranjeros seguían en la galería de la casa Parroquial tan sonrientes como si nada de lo ocurrido tuviera que ver con ellos.

Era en aquel instante cuando el señor cura de Villalobos aparecía con otro sacerdote rubio y atlético junto a los dos espectadores del regocijante festival.

El señor juez respiró por fin al ver aparecer al párroco en la galería de su casa, sano y salvo, acompañado de aquel clérigo rubio y atlético, que sonreía de la misma manera que los otros dos extranjeros. Se secó el sudor frío de la frente y se dispuso a bajar a la plaza para estar a la entrada del Ayuntamiento en el instante en que descendiera de su coche el señor gobernador.

El honorable exjuez de Escalona había presenciado aquel espectáculo bochornoso desde la ventana entreabierta de su despacho. No le cabía en la cabeza cómo el alcalde no había hecho llamar al puesto más cercano de la Guardia Civil para que se impusiera el orden al vecindario alborotado.

El juez de Villalobos empezó a sudar frío en el momento en que vio a su honorable esposa zarandeada de aquí para allá por un grupo de jovencuelos a los que, sin embargo, ella propinaba espectaculares puñetazos, sin rendirse al acoso de los enemigos. Por más que se estrujaba el cerebro, el señor juez de Villalobos no había sido capaz de comprender el motivo de aquel alboroto que había llenado de polvo la plaza; y juzgaba que estos vecinos de Villalobos eran unos verdaderos salvajes, tal vez porque el sol pasaba aquí más despacio y más cercano que en Escalona.

A don Jenaro le alarmaba cada vez más el enorme griterío que llegaba hasta la sacristía de su iglesia.

Al principio creyó que aquello era el ruido normal de la muchedumbre amontonada en la plaza, a la espera del gobernador. Más tarde se dio cuenta de que

las voces no revelaban ningún buen ánimo. Por fin notó que se gritaba contra alguien, y que el alboroto adquiriría todo el aspecto de una furia desbocada. Le extrañó que sus feligreses mostraran a esas horas de modorra y sopor su aspecto levantisco, y pensó que debía haber algún motivo digno de conocerse en todo aquello.

Fué la curiosidad más que el miedo lo que decidió a don Jenaro a interrumpir el piadoso rezo de su colega norteamericano, para subir con él de nuevo a la galería.

—No podedg guezag con tanto güido —protestó el sacerdote turista al aparecer el párroco de Villalobos.

—Venga, padre. Encontraremos otro sitio.

Y con gestos y medias palabras, que el otro entendía igual que si fuesen enteras, se lo llevó a la galería, donde estaban los otros dos.

En el momento en que ellos se asomaban a la plaza, sonaba la poderosa voz del alcalde y la borrasca cedía ante los asombrados ojos de los dos espectadores, como a toque de bando municipal. El hombre y la mujer se volvieron al colega norteamericano del señor párroco y expresaron con gestos grandilocuentes y palabras ininteligibles su entusiasmo por aquella fiesta tan extraña en la que no había «togos» a pesar de todo.

Puede decirse que lo de «togos» fue lo único que entendió el buen párroco de Villalobos, que tampoco acababa de comprender la escena que se estaba desarrollando en la plaza.

El mismo alcalde se hubiera maravillado del efecto producido por su grito estentóreo en la plaza de Villalobos. Pero no tuvo tiempo de admirar su propia obra, porque como un loco se precipitó hacia la escalera y bajó por ella como si le empujaran mil infiernos, jurando y perjurando que en cuanto desapareciera del pueblo la primera autoridad de la Provincia se comería vivo al secretario por no estar en su puesto a una hora tan oportuna.

Cuando el señor alcalde de Villalobos llegó al portal del Ayuntamiento, la portezuela del coche oficial se abría frente al señor juez, al secretario, al Basilio, al barrendero y cartero, al Tuerto y demás autoridades de Villalobos, que se habían adelantado al alcalde.

En derredor de este grupo había un silencio sepulcral que después de la pasada baraúnda daba la sensación de un inmenso vacío en todo el ámbito urbano. Detrás del coche podían verse aún los desastrosos efectos de la batalla campal: las mujeres desgreñadas, los mozos desarrapados, los hombres con cara de susto, como entontecidos por el sol y por la gritería.

Poro no fué nada de esto lo que llamó la atención del señor alcalde. Lo que le dejó absorto, lo que por poco le corta el habla para el resto de la tarde, fué ver que del coche salía un personaje, luego otro y por fin otro. Y que ninguno de ellos era el

excelentísimo gobernador civil de la Provincia.

Al párroco de Villalobos parecían empujarle dos legiones de potestades angélicas cuando salió de la casa cural en dirección al Ayuntamiento.

Que del coche detenido ante el Municipio bajaran personalidades de tomo y lomo y que el señor cura no estuviera presente en ese momento trascendental en el que se decidía el porvenir de la iglesia de Villalobos y de las ánimas benditas, era algo tan absurdo, tan infernal, que no cabía en la mollera de don Jenaro.

En aquel instante se olvidó de su colega norteamericano y de sus compañeros, que habían suscitado con su aparición en la galería de su casa aquel San Quintín tan sonado. No pensó más en el eminentísimo de Boston ni en los baños de la Santa Iglesia Romana. Sólo le llenaba la cabeza la idea de que su presencia era urgente en aquel lugar, para contrarrestar la acción del señor alcalde, cuya parte en el reciente motín contra la parroquia no ofrecía dudas en el pensamiento del buen cura.

Y lo primero que se encontró el párroco de Villalobos al pisar la plaza, junto a las caras descompuestas y absortas de la boticaria, la mujer de la boca torcida y la muchacha de la honestidad a toda prueba, fué la enorme cabezota del sacristán, el padre nutricio del monaguillo, al que le descerrajó con un grito descomunal esta andanada:

—¡Toca las campanas, animal! ¿No ves que ha llegado el señor gobernador?

Y sin más explicar ni ver, siguió corriendo hacia la puerta del Ayuntamiento.

Casi al mismo tiempo que el cura, llegaba junto al coche oficial el maestro don Nando, con su flamante vestido negro, que venía igualmente despavorido a incorporarse al puesto que su jerarquía le garantizaba en la comitiva.

Pero en vano los ojos del maestro de Villalobos buscaban en aquel grupo de personas que se saludaban la cara del gobernador, al que conocía de un reparto de premios al que él había asistido en la capital. Creyó que el gobernador habría entrado ya. Pero, por otro lado, allí estaba el alcalde, y eso parecía una irregularidad.

El maestro de Villalobos no acababa de explicarse todo aquello, ni sabía en fin de cuentas a qué iba a venir el gobernador.

Por lo que concluyó que todo le importaba un par de rábanos, y que maldita la gracia que le hacía una carrera como la que acababa de echarse, a sus años.

Puede decirse que la Gumer y la Sinfo se despertaron simultáneamente de sus respectivas siestas en las sillas de la cámara mortuoria. Sólo entonces se dieron cuenta de que dos o tres viejas habían entrado hasta allí y estaban rezando piadosamente ante el cadáver de la señora Paula, rodeado de flores y con cuatro velas, tres de las cuales ya se habían apagado hacía tiempo.

Como movidas por un resorte, la Sinfo y la Gumer se levantaron, se sonrojaron, se pusieron de rodillas y empezaron a vociferar:

—Padre nuestro que estás...

Y añadieron su espontánea piedad a la interminable cadena de méritos del alma de la difunta.

Don Rosendo Oliván y Pérez se acercó tímidamente al grupo donde peroraba su mujer.

—¿Ha llegado ya? —preguntó.

—Sí —replicó rápidamente la mujer del juez—. Ya están ahí. Ahora verán esos sinvergüenzas si en Villalobos hay principios todavía.

Pero don Rosendo Oliván y Pérez simuló ignorar de qué principios se trataba, porque todo eso era mejor saberlo después, de sobremesa, cuando su mujer se lo contara.

El señor Onésimo sintió una gran satisfacción al abrir de nuevo los ojos y darse cuenta de que había dormido mucho tiempo y de que el vientre ya no le molestaba tanto.

Se incorporó en el lecho, se frotó los párpados, en los que sentía un cosquilleo voluptuoso, y puso los pies en las zapatillas forradas de piel de conejo.

Después anduvo por su habitación de un lado a otro buscando la orientación que la siesta le había arrebatado. Hasta él llegó un murmullo en la plaza, pero no sintió curiosidad.

«¡Bah! —pensó—. Mañana me lo contarán en la barbería.»

Y después de dos o tres vueltas más se volvió a tumbar en el mismo hueco que había dejado su cuerpo en la cama. El pregonero, el cartero, el mozo de Teléfonos y el secretario se cuadraron a los lados de los personajes montando la guardia de sus preciosas personas.

Ya no había duda de que el señor gobernador había delegado en su secretario de gobierno para aquel trascendental asunto. Y el secretario de gobierno del señor gobernador había presentado a los otros personajes como el secretario particular del señor gobernador y el señor notario de Villarrama.

El secretario de gobierno tenía un gesto sonriente y untuoso que no inspiraba ninguna confianza, sino todo lo contrario. El secretario particular ofrecía todos los rasgos esenciales y necesarios para caracterizar a un fisgón profesional. El notario era enjuto y envarado y llevaba sobre la frente, con mucha más lucidez que el mismísimo exjuez de Escalona, el sello incalculable de la equidad.

Esto es lo que pensaban el pregonero, el cartero, el mozo de Teléfonos y el

secretario del Ayuntamiento de Villalobos mientras hacían guardia a las preciosas personas de los recién llegados.

¿Qué podía hacer ya la señorita Benigna con sus banderitas destrozadas, sus niñas en desorden y su propio cabello desgredado por las manos vehementes de la boticaria? ¿Cómo pudiera haber gritado un «viva» a España y otro al señor gobernador y uno más al alcalde de Villalobos si su voz estaba ronca de tanto gritar y además sentía que las lágrimas de rabia le subían por los ojos y le hacían temblar la garganta?

No. Lo mejor que podía hacer la señorita Benigua fué precisamente lo que hizo: recoger a sus niñas, reunir a las que pudo y retirarse a su escuela con gesto de dignidad ofendida, para meditar sobre las enseñanzas de aquella derrota histórica.

Menos mal que al empezar la retirada se le adhirió la muchacha de la honestidad a toda prueba, a quien desde el momento en que nadie se ocupaba de los abominables franchutes, de la mujer vestida con pantalones, y desde que el cura había salido a la calle sano y salvo, ya nada podía interesar de cuanto ocurriera en, la plaza del Ayuntamiento.

Al acercarse a la escuela repararon en el molino. Aquel era un lugar propicio para el comentario y el descanso después de lo ocurrido. Pero, ¿quién iba hasta allí? Sería mejor descansar en la escuela.

Además, la muchacha de la honestidad a toda prueba opinó que el molino era un lugar perverso, puesto que en él se daban cita los enamorados de Villalobos. ¿Y quién sabe si en estos momentos hay allí alguna pareja besándose y haciendo cosas capaces de ruborizar a las piedras?

(Bien sabía Lucinda que no estaban haciendo cosas que pudieran ruborizarla a ella, pero seguramente le hubiese parecido un mal augurio que aparecieran por el molino en aquel preciso instante la señorita Benigna y la muchacha de la honestidad a toda prueba.)

Era ya media tarde cuando los vecinos de Villalobos se cansaron de dar vivas al gobernador, puesto que nadie les había dicho que no fuese el gobernador quien había llegado para hacer justicia. Ni nadie les había asegurado para qué viajaba a Villalobos el gobernador. En primer lugar, porque el gobernador no había viajado a Villalobos, y en segundo lugar porque nadie, excepción hecha del señor juez, sabía a ciencia cierta por qué razón podía viajar el señor gobernador a Villalobos.

Los hombres y las mujeres empezaron a retirarse hacia la pared de la iglesia para aprovechar el sol decadente de aquellas horas.

El último sol del día que para tantos podía ser también el último. Esto lo sabían bien los ancianos de Villalobos, y comentaban ahora, después de que tantas cosas

habían sucedido, la desgracia de la señora Paula, que había muerto por la mañana en la alquería.

Al colega norteamericano del señor párroco le pareció que era abusar de la hospitalidad del cura permanecer un minuto más en su casa. De manera que en cuanto pasó la tremolina de la plaza, empezó a opinar que debía despedirse del anfitrión que tan delicadamente le había atendido, y con quien había sostenido tan saludable plática sobre la conveniencia y el sentido de los baños públicos en la Santa Iglesia Romana.

Pero el ama no estaba dispuesta a dejarles ir sin tomar un buen piscolabis para la merienda, porque era mucho el susto que tenían que haber pasado los pobrecitos, allí en aquella galería, frente a esas fieras de la boticaria y de las otras mujeres devotas de Villalobos.

La turista norteamericana decidió que a aquella hora avanzada de la tarde debía sentarle mejor el pantalón que la vaporosa falda, y decidió mudarse una vez más, por lo que el ama tuvo que introducirla de nuevo en su aposento y vigilar a la puerta para que ningún condenado como el sacristán o el monaguillo cayera en la tentación de fisgonear por allí.

Quien fisgoneaba de lo lindo, con gran detrimento de la paciencia del alcalde, era el secretario particular del señor gobernador, quien, una vez reunidas todas las autoridades de Villalobos en el despacho del primer magistrado municipal, no se anduvo en requilquios para manifestar que la misión de los tres señores venidos desde la capital era ni más ni menos proceder por todos los medios legales a activar la cuestión del testamento de esa señora que había fallecido en el lugar, y sobre el cual los poderes civiles tenían concretos e inefables intereses.

La chispa del asombro se fué encendiendo en todos los ojos y el rubor de la cólera en los rostros del alcalde y del cura, que veían volar sus ilusiones.

Sólo el señor juez, a la derecha de las jerarquías provinciales, mantenía una serenidad alquilada en Escalona, cuando él era juez de aquel pueblo, donde había comprado las zapatillas y otras comodidades de su vida de funcionario probo.

Un resoplido que no auguraba nada bueno se le escapó al alcalde cuando supo definitivamente cuál era la finalidad del viaje.

(¡Y él, que había pensado en honras fúnebres en la plaza de Villalobos! ¿Qué es lo que pretendían esos señores de la capital? Estaba la muerta ahí, como quien dice. Nadie, ni siquiera el cura, con todo su descaro, se había atrevido a tocar, lo del testamento, y ahora venían de la capital estos pedazos de bestias, decididos a leer el testamento *corpore insepulto*.)

—Pero esto es imposible —estalló don Simplicio, poniendo su mejor voluntad en

vencer el humor que le agriaba toda la cavidad intestinal.

—¿Imposible? —musitó el secretario particular, con un hilo de voz condescendiente—. No veo por qué ha de serlo.

—Es una profanación —casi rugió el cura, envalentonado por la réplica del alcalde, al que se sentía unido desde ese instante con un lazo de simpatía arrolladora.

—¿Una profanación? —arqueó las cejas con femenina cortesía el secretario particular.

Y mientras hacía aquella exhibición supraorbital, los ojos le parpadearon con una coquetería que sin duda pareció un insulto a don Jenaro.

—¡Eso es! —bramó el alcalde, mucho más seguro al sentirse respaldado por la potestad eclesiástica—. ¡Una profanación! Y que lo diga. Está aún ahí el cadáver, caliente, recién hecho, como quien dice, y ya pensar en testamentos.

(A don Jenaro le pareció que no era eso lo que él había querido decir, pero se calló, porque hubiera sido peligrosa una escisión en el bloque defensivo que hacía con el alcalde.)

—Orden del gobernador.

Ninguno de los concurrentes se quedó boquiabierto como esperaba el secretario particular, porque ya lo estaban desde que la disputa había comenzado.

El secretario parpadeó con la misma coquetería de antes, decepcionado sin duda de lo mal que le estaba saliendo la *mise en scène*.

—Pero no puede hacerse —refutó aún el párroco, pertrechado en una desesperada defensa.

—Tendrá que hacerse —atipló el secretario particular.

Después buscó con sus ojos desvaídos al exjuez de Escalona y al notario que le había acompañado.

—Señor juez, señor notario: procedan. Búsquese el documento.

—¿El documento? —suspiró el juez, que se había puesto mortalmente pálido al sentirse llamado a escena.

—Eso es, el documento —impacientó el secretario particular como una vicetiple de zarzuela a la que le salen a deshora las comparsas—. Procédase a su lectura bajo cualquier condición y sin que nada obste.

—Pero, señor gobernador..., digo, señor secretario. Ese documento...

A pesar del halago que suponía la incidental equivocación del juez, el secretario particular sintió agotársele la última reserva de calma protocolaria que traía de la capital.

—¡Qué! ¿Ha desaparecido?

Y fulminó con los ojos al cura y al alcalde.

—No..., no, señor gobernador..., digo, señor secretario. No es que haya desaparecido. Pero tampoco está aquí.

—¡Cómo! ¿No lo tiene usted?

El señor juez de Villalobos y exjuez de Escalona empezaba a sudar frío, lo que era pésima señal. Hubiera preferido que se lo tragara la tierra.

—No..., no, señor.

La voz de vicetiple se hizo opaca y habló con movimiento de *pizzicato*:

—Es inexplicable. Llama usted al señor gobernador, como si todo estuviera dispuesto, y ahora nos sale usted con esas. Es inexplicable, créame. No le gustará al señor gobernador.

Los ojos del alcalde se abrieron hasta desorbitarse de asombro. ¿Conque era este hombre el causante de la famosa visita? Sintió un vehemente impulso de echarse encima de él y ahogarlo. Pero tuvo que reprimir sus instintos, porque estaba delante de la plana mayor de la Provincia.

Y no era el alcalde el único asombrado por la revelación. El cura de Villalobos tampoco miraba al juez con ojos demasiado apacibles.

Tan poco apacibles fueron aquellas miradas, que el pobre exjuez de Escalona sintió que el sudor frío, que era su especialidad en estos casos, le corría a torrentes por la espalda.

Entretanto, el secretario del gobernador seguía hablando con su voz chillona y ordenancista, como si se tratara de reprender a un párvulo sorprendido con las manos en la masa.

Tanto chilló y reprendió, que hasta las miradas del alcalde y del cura se hicieron benignas y compasivas, como de carnero degollado, sobre el infeliz representante de la equidad en Villalobos.

Por fin, alguien propuso trasladarse a la alquería de doña Paula y allí, sobre el terreno, proceder a la lectura del testamento, ya que no faltaba el notario y todos los circunstantes eran personas de probidad justificada y llenos de un idéntico deseo de terminar cuanto antes aquel asunto.

El cura rezongaba porque la novena cíclica de Santa Olegaria debía empezar a las siete en punto. El alcalde resopló indignado, porque le parecía casi una profanación trasladarse de aquella manera al domicilio de una difunta tan ilustre. Claro que a él también le interesaba el testamento, que sin duda beneficiaría al pueblo cuyos destinos él presidía. Pero no le faltaba el temor de que las autoridades de la capital se hubieran presentado allí con su cuenta y razón.

El juez no tenía ánimos para pensar. Como un delincuente entre dos guardias descendió entre los dos secretarios del gobernador, seguido del notario y de un nutrido grupo de personalidades de Villalobos.

Los menguados grupos de curiosos y somnolientos se quedaron con la boca abierta al ver aparecer en la plaza la fúnebre comitiva.

Sólo el sacristán se atrevió a irrumpir en el grupo de personalidades para abordar al señor párroco.

Era necesario consultarle si se retrasaba la hora de la novena.

—No. Toca cuando te he dicho.

La voz del párroco estaba aún indignada por cuanto había sucedido en la sala del Ayuntamiento,

—Y que los turistas se van a ir —continuó el sacristán.

—Que se vayan con viento fresco —rezongó el párroco.

Y siguió adelante, hasta el coche del secretario particular.

Casi al mismo tiempo que el coche de las autoridades provinciales y locales, arrancaba de la plaza de Villalobos el de los turistas norteamericanos, que la boticaria y el tabernero habían confundido con franchutes, por tan diversos motivos.

El coche abierto y lleno del polvo de las carreteras pasó entre los grupos de curiosos, que ahora miraron a sus ocupantes como se suele mirar siempre en Villalobos a las gentes de bien que vienen desde muy lejos en automóviles semejantes a este.

Lo cual no quiere decir que algunas mujeres, cuyas cabezas febriles no cesaban de maquinar nuevas truculencias, no pensarán que aquellos tres seres extraordinarios iban detrás del coche de las autoridades con algún siniestro propósito.

Pero el escarmiento de la tarde había sido de los gordos, y a esas cabezas febriles no les quedaban deseos de expresar sus imaginaciones. Por eso las mujeres se callaron y se quedaron con la expectación de nuevos fallecimientos sorprendentes en lo que aún quedaba de este original día.

Después, muchas gentes se fueron a sus casas. Otros se quedaron contemplando el aspecto verbenero de la plaza con sus colgaduras, sus reverberos de sol decadente y los pedazos de banderitas de las huestes de la señorita Benigna esparcidos por el suelo.

Los viejos aprovecharon la última tibieza del sol; los mozos las primeras confidencias de la sombra, y los chiquillos la anchura toda de la plaza, para volver a sus gritos, a sus carreras y a sus juegos.

Cuando Antonio y Lucinda salieron del molino el sol caía en diagonal sobre los campos cercanos a Villalobos. Les dio en los ojos y les hizo reír con esa impertinencia, porque le sentían receloso de todo cuanto le habían ocultado durante la tarde.

Por fin le dieron la espalda y se dirigieron a las primeras calles del pueblo.

(Villalobos a estas horas tiene su mejor color. El oro viejo del sol poniente cae

sobre las tapias encaladas de los corrales y les arranca todo el misterio de sus consejas en un diálogo invisible de luz moribunda. Después, el pueblo se colorea de rosa pálido, de anaranjado y de un rojo sangriento que pinta sobre los adobes y los tejados toda la agonía de la jornada pronta a sucumbir.

El campo, en derredor, se ha hecho más profundo en una dimensión inédita hasta esas horas apacibles de la tarde. Los trigales rizan las sombras de sus espigas a la caricia del aire que sopla su resurrección en la meseta. Bandadas interminables de pájaros vuelan hacia los árboles del arroyo, hacia la torre parroquial y hacia los tejados más altos del pueblo. La algarabía de sus chiquillos es lo único que palpita en esa naturaleza quiescente. Con intervalos cada vez más cortos y rápidos, el grillo desata de pronto su mecanismo al pie de las hierbas secas:

—Cri, cri, cri...

Y todo vuelve a ser como al principio, cuando el día era joven y azul encima de la llanura.)

—¿Hablarás a tus padres?

La Cinda se le ha quedado mirando en el camino que sube a las primeras casas del pueblo. A lo lejos alguien arrea a un asno perezoso y paciente bajo la carga.

—No tengas cuidado, Tonio. Mi padre está con nosotros.

—Entonces, ¿esta noche?

—Esta noche, Tonio.

El cartero de Villalobos opinó que lo mejor era dormir una vez más, puesto que el señor gobernador había optado por quedarse en la capital, y nadie sabía el motivo de aquella peregrinación en coche de todas las autoridades fuera del pueblo.

Pero no le duró mucho al cartero de Villalobos su merecido descanso, porque el secretario del Ayuntamiento tuvo la maligna ocurrencia de que habían quedado demasiados residuos de la pasada refriega en la plaza y sería conveniente barrerlos antes de que volvieran las autoridades de su misteriosa jira.

La Sinfo y la Gumer no cabían en sus respectivos pellejos, de puro júbilo.

Que durante todo el día el campesinado de Villalobos hubiera desfilado por la alquería con las gorras en las manos de los hombres y unas lágrimas de cocodrilo en los ojos de las mujeres, era bastante satisfactorio. Pero esto de ahora rebasaba toda suposición.

Ahí es nada: las autoridades de la Provincia. Un representante del señor gobernador, en persona, a pesar de las escasas simpatías de la difunta hacia la primera autoridad de la Provincia.

Todos unos señores encopetados entraban ahora, con sus sombreros en la mano, con gestos muy serios de condolencia, diciendo frases corteses y hasta dispuestos a oír el responso que el señor cura estaba rezando ante el cadáver de la pobrecita doña

Paula.

La Gumer y la Sinfo no sabían cómo explicarse aquello. Mejor dicho, no tardaron en explicárselo a su manera, cuando estuvieron solas, mientras aquellos señores tan solemnes se reunían en la sala de arriba, lo más lejos posible del lugar donde yacía la pobrecita doña Paula.

—Son cosas del señor cura, Gumer. Siempre estimó a doña Paula.

—Y que lo diga, señá Sinfo. El señor cura siempre quiso bien a esta casa. Y a la señora, como si la hubiera parido. Él ha debido traer a esos personajes tan empingorotados, para que todo el mundo se dé cuenta de la mujer que hemos perdido.

Y una palabra enhebrada con otra, la Gumer y la Sinfo edificaron toda una teoría de agradecimiento, de admiración y de apoteosis para la pobrecita doña Paula, por parte de Villalobos, de la Provincia y del mundo entero.

—No me extrañaría nada que el Papa mandara sus indulgencias, Gumer. También el Papa debe ser bueno y agradecido.

—Si lo hemos de ver, señá Sinfo. Si lo hemos de ver...

En la farmacia de don Rosendo Oliván y Pérez no había menos revuelo que en la taberna del Tuerto a aquella misma hora.

La única callada entre las mujeres era la muchacha de la honestidad a toda prueba.

Sin duda, había convenido en que el tema desarrollado por sus amigos no iba muy de acuerdo con su prudencia y menos con su castidad.

—Los han visto salir. ¿No se lo estoy diciendo?

—¡Y dice usted que del molino!

La boticaria abría los ojos como si en realidad su pudor estuviera mortalmente herido y las columnas del mundo se estremecieran bajo sus pies.

—¡Pues claro! Igual que la primera vez. Y dicen que iban bien amartelados. ¡Fíjese!

La mujer de la boca torcida cargaba y descargaba sus baterías con marcial rapidez.

Poco a poco el blanco de sus tiros hizo efectos desastrosos en la boticaria y en la honorable señora del juez.

—Es incomprendible —vacilaba la última.

—¡Dios mío! ¡Si no vamos a poder vivir las mujeres decentes en esta tierra!

Y al decir esto, la boticaria ponía los ojos en blanco, y se volvía hacia la muchacha de la honestidad a toda prueba, que estaba haciendo formidables esfuerzos por abstraerse de aquella conversación y pensar en cosas menos sugestivas.

—No me cabe en la cabeza cómo puede haber mujeres así —concluyó con aplomo la señora del juez.

—¡Y ya lo probó la otra vez!

—¡Ay, señora! —sonrió con una mueca diabólica la mujer de la boca torcida—.
¡Hay cosas que gustan más cuanto más se prueban!

—¡Chiss...!

Y los turbados ojos de la señora del juez y de la boticaria se volvieron hacia la muchacha de la honestidad a toda prueba, que debía estar empeñada en un gigantesco combate con las imágenes lúbricas del Tonio y la Cinda abrazados encima del heno del molino.

El hijo de la sacristana echó las campanas al vuelo en cuanto hubieron dado las seis y media en los desacordes relojes de la plaza.

Dentro de treinta minutos exactos empezaría la novena de Santa Olegaria, estuviera o no en Villalobos el secretario del gobernador.

Tales habían sido las órdenes tajantes del señor tura.

Sobre las campanas de la torre parroquial caían los rayos del sol, estremecidos por el furioso volteo.

Ahora Villalobos tenía un color de nostalgia, como si las cosas se dieran el último abrazo antes de que llegara la sombra. El calor había mitigado su azote sobre las calles. Desde las tapias encaladas, la sombra se desplomaba en un giro solemne. Todavía la claridad de la tarde se mantenía encima de la villa, y aún la agonía de la jornada sería lenta, trabajosa y desesperante, pero estos rayos del sol vespertino tenían encima del canto de las viejas campanas la nostalgia de un abrazo de despedida.

A las seis y media había llegado a su límite vespertino el bullicio en la taberna del Tuerto.

Podía decirse que todos estaban de acuerdo en rodear a una sola persona: don Nando, el maestro de Villalobos, porque era el único testigo de las cosas ocurridas en el Ayuntamiento que tenían a mano.

—Yo preferí no llegarme hasta la alquería, la verdad —comentaba entre sorbo y sorbo del clarete el maestro.

Y la verdad era que se había sentido amargamente postergado en su dignidad docente al no darle cabida en el coche oficial.

—Hizo muy bien, don Nando —aseguraba el tabernero con el mismo aplomo que si estuviera dirigiendo personalmente las operaciones de Madagascar.

—Aquello se ponía sucio —alivió el maestro.

—Óigame: ¿y es verdad que fué el juez quien llamó al gobernador?

Don Nando saboreó de nuevo el clarete.

—Como lo oyen.

Todos se miraban reanudando el estupor.

—¡Habrased visto mosquita muerta!

—Para que os fiéis de los jueces: ahí lo tenéis.

Todos se estremecieron en la misma oleada de entusiasmo. Pero el que entraba no era precisamente el juez de Villalobos, sino el secretario del Ayuntamiento.

—¡Hola! —gritó el Tuerto, satisfecho de que todos los escombros de la tormenta fueran cayendo en su taberna—. ¿Tampoco usted ha ido a la alquería?

—¿Yo? —caviló el secretario—. ¿Para qué?

—¡Hombre! Pues para ver si le tocan unos pesos.

—¿Pesos? —Aquí el secretario hizo una graciosa mueca de escéptico que le caía muy bien—. ¡Si se los ha de llevar todos el gobernador!

Hubo un rugido general ante esta afirmación que sonaba a algo subversivo en Villalobos.

—¿Qué dice usted?

—Pues digo... —vaciló el secretario, rascándose la cabeza con un guiño de voluptuosidad— que por algo el señor gobernador ha mandado a su representante, y con un notario.

—¡Atiza! ¿Y por qué ellos van a quedárselo todo?

—Hombre, porque son más fuertes.

Hubo un minuto de silencio, en atención a esta aguda filosofía del secretario. Después, don Nando aseguró con una voz profunda como la que empleaba para hablar de Sigerico y Wamba en la escuela:

—Esto es el puerto de arrebatacapas.

Y acto seguido, por solicitud del tabernero, tuvo que explicar durante diez minutos largos qué quería decir aquello del puerto de arrebatacapas.

Al señor juez de Villalobos no acababa de olerle demasiado bien el giro que tomaban los acontecimientos.

En primer lugar, le había molestado que el señor gobernador, en vez de venir personalmente a Villalobos, donde había tales intereses en juego, hubiera mandado a este gahnápiro del secretario, sin educación ninguna, y con carta blanca para resolver arbitrariamente asuntos tan delicados.

En segundo lugar, le parecía una irreverencia y hasta casi un sacrilegio que, caliente aún el cadáver como quien dice, las cosas se precipitaran de aquel modo, y el señor secretario del gobernador se hubiese empeñado, armado de notario y todo, en proceder a la apertura del testamento de la pobrecita doña Paula.

Jamás el señor juez de Villalobos hubiera creído que en la capital de la Provincia anduvieran de tal modo las cosas. Y ahora, casi estaba arrepentido de haber tomado

cartas en algo tan monstruoso y sin sentido. Al fin y al cabo, ¿qué se le daba a él de los fabulosos bienes de la vieja? ¿Acaso sabía siquiera si existían esos bienes? Y en todo caso, ¿qué podía importarle a él, exjuez de Escalona, hoy funcionario en Villalobos y mañana sabe Dios dónde, qué podía importarle a él que las fincas de la difunta pasaran al municipio, al Estado o a la parroquia?

Tres eran los candidatos a aquella herencia que había revuelto de tal manera a Villalobos. Y los tres alegaban idénticas esperanzas, con distintos títulos; porque doña Paula, la pobrecita doña Paula, en vida había sido igualmente amable con el Estado, cariñosa con la iglesia y leal al municipio.

Pero al juez de Villalobos no le reportaría esto más que el negro sudor frío que ya le corría por la espalda y que acababa de ponerle de un humor de mil diablos, después de las intemperancias del secretario del gobernador.

Ahora, el señor juez de Villalobos llegaba en el mismo coche que el secretario, junto con el alcalde, el párroco y el notario. No tenía tiempo de mirar a las mieses, que parecían brillar por igual en los ojos de sus compañeros. Tal vez si el señor juez de Villalobos hubiera mirado a las mieses que bordean la carretera hasta la alquería de doña Paula hubiera comprendido qué era lo que desataba de aquella manera singular todas las ambiciones del Municipio, de la Iglesia y del Estado.

Don Simplicio no acostumbraba a sudar frío ni caliente mientras no moviera sus piernas. Pero ahora parecía estar dispuesto a hacerlo aunque fuera incómodamente arrellanado en el coche del gobernador.

Apenas se puede decir que hubiera expresado una sola palabra desde que fué arrebatado del Ayuntamiento y arrastrado a este vehículo que ahora se detenía delante de la casa de doña Paula.

Se conformaba con mirar a las mieses. Con apretar mucho los labios. Con pensar en cosas terribles como el que, por este verano, aquello no sería suyo, ni podría hacer el reparto acostumbrado de cereales entre sus adictos electores de Villalobos.

Esto era abrir una brecha irremediable en su carrera política y municipal. Debería luchar, debatirse hasta el fin con todo el encarnizamiento de su dialéctica que había hecho estallar más de una vez la inflamable paciencia del cura. Pero ahora era distinto: ¿qué podía significar todo su empuje de alcalde de Villalobos contra un notario y contra un secretario del gobernador?

Por eso, como un viejo gladiador vencido por primera vez, el alcalde don Simplicio no decía palabra, y se conformaba con mirar y mirar a las mieses. Y con pensar mucho en cosas lóbregas y terribles.

Sor Micaela estaba en la capilla dirigiendo el rosario de los niños. Era la última

distribución del horario cotidiano, y a sor Micaela le daba una especial devoción el que aquellas horas del atardecer fueran dedicadas por estas bocas y estas mentes infantiles a ensalzar a Nuestra Señora del Hospital, de Afuera.

Claro que estas bocas y estas mentes infantiles actuaban de un modo mecánico y rutinario, y cometían verdaderas monstruosidades con la pureza del dogma expresado en la oración. Pero sor Micaela comprendía que en el cielo debían interpretar benignamente el que los niños del Hospital de Afuera dijeran, por ejemplo, «y bendito es el Fruto de tu entre», en vez de decir «el Fruto de tu vientre», que era lo que correctamente expresaba la divina Maternidad de Nuestra Señora.

A sor Micaela esto no la inquietaba ni poco ni mucho, porque sabía que Dios era capaz de interpretar todas y cada una de aquellas sílabas truncadas, al lenguaje de los ángeles. Lo que más le distraía mientras los niños rezaban era precisamente que el señor gobernador, que sin duda había llegado ya a Villalobos, no se hubiera dejado caer por el Hospital de Afuera.

La mujer de la boca torcida salió con su trote de mula cansada en cuanto oyó el primer toque de la campana grande, que anunciaba con media hora de anticipación el comienzo de la novena.

La mujer de la boca torcida pensaba indudablemente que era una cuestión de honor sagrada el llegar antes que nadie a la cita anual con Santa Olegaria.

La mujer de la boca torcida se había despedido con frases muy cortas y expresivas de la boticaria y de don Rosendo Oliván y Pérez. Estaba convencida de que a Santa Olegaria le interesaría igual que a ellos cuanto pensaba contarle de todo lo ocurrido aquella tarde memorable.

¡Ah! Y tampoco debía pensar en olvidarse del padrenuestro que tenía por rezar desde la mañana por el alma de la bendita doña Paula.

La señorita Benigna no se explicaba aún por qué las mujeres de Villalobos habían roto sus banderitas y se habían empeñado en tirarle de los pelos sólo por gritar «¡viva el gobernador!» en la plaza del Ayuntamiento.

Esto había sido una pesadilla durante la retirada de aquella refriega al sol de la plaza encalada y llena de colgaduras. No sabía si su deber era presentar la dimisión como maestra del pueblo, o rehacer sus huestes malparadas para asistir a la novena. Por fin, cuando estuvieron en la escuela, se decidió por lo segundo, que no parecía una medida tan extrema como la primera, y porque sin duda en todo aquel incidente debía mediar un equívoco que tarde o temprano se pondría en claro.

De esta manera la señorita Benigna dio una vez más muestras de su comprensión y paciencia, y avisó a las niñas que aquella tarde la escuela iría en corporación a la

novena de la Patrona.

Mientras tanto, las niñas de la señorita Benigna podían ir a sus casas a reponerse del susto y a arreglarse un poco los cabellos, que, unos más que otros, todos habían sufrido de los mismos tirones que los de la maestra.

Pero ahora las niñas de la señorita Benigna no irían con banderitas a la Parroquia aunque el mismísimo gobernador en persona presidiera la novena de Santa Olegaria.

El cartero acababa de barrer la plaza de Villalobos por quinta vez en aquel día, cuando empezaron a sonar las campanas de la Parroquia.

Pero el cartero de Villalobos no prestó atención al toque, porque hacía mucho tiempo que estaba distanciado de la iglesia y a él no le interesaban ciertas cosas propias de mujeres.

Después, el cartero de Villalobos se dirigió con paso cansado a la taberna del Tuerto, donde a aquellas horas se comentarían sin duda alguna las cosas ocurridas en esta tarde memorable de Villalobos.

A la señora del juez no le extrañó que aquellos personajes de la capital invitaran a su marido a una excursión en coche, pues su marido era un personaje de importancia en el pueblo, y era natural que a los personajes de importancia de Villalobos les invitaran a hacer una excursión en coche y a merendar los personajes de importancia de la capital.

Pero la señora del juez pensaba mientras se arreglaba la mantilla que era una vergüenza que todos aquellos personajes no estuvieran de vuelta para la novena de la Patrona.

El Tuerto aseguraba que él había visto pasar a todas aquellas autoridades en el coche oficial, y que algo muy gordo se debían traer entre manos cuando hasta el cura mangoneaba allí.

El Tuerto aseguraba que el cura siempre había sido un fresco, y que le hubiera reventado un neumático al coche oficial sólo para ver la cara que ponía el cura con el susto.

A don Nando y a los demás oyentes del flamante discurso del Tuerto les pareció de perlas todo lo que este decía y se rieron mucho cuando el Tuerto habló de pinchar un neumático al coche oficial, porque todos se imaginaron la cara roja e irascible del cura, en el momento de la explosión.

La muchacha de la honestidad a toda prueba llegó a la iglesia cuando ya habían entrado la mujer de la boca torcida y la boticaria.

En vista de ello, todas decidieron salir a la plaza hasta el segundo toque de las campanas, porque era una falta de reverencia murmurar delante del Santísimo.

Y fué mientras cumplían este doloroso deber cuando llegó, sofocada, la señora del juez, quejándose de que su marido no estuviera de vuelta para la novena de Santa Olegaria.

—Tampoco está el señor párroco —consoló la mujer de la boca torcida.

—¿Que no está el señor cura?

—Todos salieron en el coche oficial —comentó la boticaria—. Ya le decía yo a mi Rosendo: mira, Rosendo, que aquí hay gato encerrado.

—¿Y qué gato puede ser ese? —preguntó la señora del juez.

—Ya se lo dije yo a mi Rosendo: mira, Rosendo; para mí que doña Paula no ha muerto de muerte natural.

—¡Ca! —objetó la señora del juez—. ¿No ha visto lo bien que se fueron los turistas? No tenían cara de asesinos.

—Bien, bien. Pero usted bien que gritó en la plaza.

La honorable señora del juez estaba muy sofocada.

—¿Yo gritar? ¡Por Dios y por los ángeles!

La boticaria parecía estar decidida al ataque y dispuesta a resarcirse de los fracasos de aquella tarde, antes de que empezara la novena.

—No lo niegue usted. Gritó, y gritó como la que más. ¿Y no fué usted la primera que tiró de los pelos a la señorita Benigna?

Hallarse en evidencia era algo que aplanaba a la honorable señora del juez de Villalobos. Así, pues, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para replicar:

—¡Uf! ¡Qué cosas tiene usted! Fíjese bien en lo que dice. Yo soy una señora; mi marido ha sido juez de Escalona y de otros muchos sitios, y nunca me han dicho ciertas cosas.

La señora del juez estaba a punto de anticipar un buen sofión a su contrincante.

—¿Y no fué usted la que rompió la primera banderita, y la que gritó que había que acabar con todos ellos?

Indudablemente, las salidas estaban cortadas para la señora del juez. No quedaba más recurso que el que otras veces había manejado con ciertos resultados positivos, y era evadirse de la verdad, desenvolviendo inesperadamente todo su poder de inventiva.

—¿Yo? Pero si yo estaba en mi casa. Si yo no salí un solo momento.

Y de seguro que la pobre mujer estaba en aquel instante convencida de que había estado toda la tarde encerrada poco menos que como una doncella turca.

Pero la retirada no le valió a la señora del juez sino para excitar más a la otra.

—¡Mentirosa! ¡Es usted una lagarta!: Eso es usted. Ahora querrá que las demás carguemos con el mochuelo y es capaz de mentirle al lucero del alba. Pero yo le

cantaré las verdades. A usted y al señor juez. Sí, señor.

Y de seguro que hubiera empezado a cantarlas allí mismo si la honorable señora del juez no hubiera optado por la otra solución que siempre sacaba a relucir en casos de emergencia, que era la huida.

Y se la favoreció el que en ese momento sonara el segundo toque de campana desplomándose desde lo alto de la torre hasta el grupo de mujeres, que no hacían más que manotear y gritar a la entrada de la iglesia.

Fue esta la coyuntura que aprovechó la señora del juez para tener el primer soponcio de la tarde. Vio que las cosas se negaban a girar en derredor; que el color se negaba a emigrar de sus mejillas; que no sentía frío ni fiebre ni nada; que las voces, las caras y los gestos los percibía claramente como si nada ocurriera. Pero la señora del juez estaba empeñada en sufrir un soponcio, porque él era el remedio para esta situación. Y consiguió tener el primer soponcio, aunque en realidad dentro se sentía tan entera y tan fresca como antes de tenerlo.

El ama del señor cura se puso la mantilla de los días de fiesta y supuso que el párroco ya no vendría por casa a aquellas horas, sino que se dirigiría directamente a la iglesia para dar comienzo a la novena.

A pesar de todas sus suposiciones, dejó preparado el vaso de leche fresca, el pedazo de jamón y el cuarto de roscón que el cura acostumbraba a tomarse en la merienda, porque, contra la costumbre, el párroco de Villalobos no sentía excesiva inclinación al vino.

Después de estos preparativos, el ama del señor cura descendió por las chillonas escaleras de la casa parroquial, porque habían dado ya el segundo toque y la iglesia se ocuparía pronto.

Don Simplicio no sabría explicar si lo que sentía en aquellos momentos solemnes era asombro, rabia o satisfacción. Pero es posible que hubiera de las tres cosas en el rugido que por poco se le escapa en las mismísimas narices del secretario del gobernador.

¡Todo para el Hospital de Afuera! ¡Todo, todo! Menos esa miseria que quedaba para el municipio. Y la Parroquia, ¿qué me dice usted? ¡La Parroquia sí que llevaba tajada!

A pesar de todo, no podía quejarse. Pues ¿qué iba a esperar de una vieja como aquella? ¿Que le dejara todo el grano a él, un hombre laico, que andaba siempre a la greña con el cura, con escándalo de las mujeres como doña Paula?

Pero lo que más enfurecía a don Simplicio, aunque era casi lo que más le hacía reír, era aquella cláusula que exigía como condición, para que el Municipio de

Villalobos gozase de la parte correspondiente, que sus representantes conspicuos hicieran ocasionalmente manifestación de la fe que profesaban, dando ejemplo al pueblo con su asistencia al culto, y demás galimatías que a la vieja se le había ocurrido enunciar delante de Dios sabe qué estúpido notario.

¡Esto era para deshijarse de risa! Don Simplicio hubiera dado casi la mitad del grano que le correspondía al municipio cada verano en virtud de aquella cláusula, por tener delante de sus narices al notario y a los testigos, ya que a la vieja con toda certeza no la podía tener.

Aunque pensándolo bien, las cosas no resultaban tan desagradables. Lo que sí era desagradable era ver la cara del secretario del señor gobernador. Al alcalde le daban nuevas ganas de reír cuando se le pasaban las de vociferar. Él tendría su trigo. El mismo que la vieja le había concedido cada año, y más que él podría sacar del dejado al Municipio; eso ya estaba. Ahora, a oír misa delante del pueblo, para que se viera que cumplía las condiciones. A ir a las solemnidades junto con el cura, y delante de él si era preciso. A ir a la Patrona... ¡Co...! ¡Si la novena iba a empezar justamente aquel día y dentro de media hora! No había más remedio que ir. Don Simplicio estaba dispuesto a demostrar al pueblo su integridad profesional, ¡qué canastas! El Tuerto y don Nando se destriparían de risa, pero lo primero era lo primero.

El Tuerto y don Nando, que sabían más historia de Francia que el alcalde de Villalobos, hubieran asegurado con una sonrisa de satisfacción que el grano de doña Paula bien valía una novena de vez en cuando.

Sor Micaela había bajado a la capilla del Hospital de Afuera, una vez que dejó a los niños en el dormitorio de pequeñas camitas, todos con los ojos cerrados rendidos al sueño, después de aquella tarde de espera al gobernador de la Provincia.

Sor Micaela iba a la capilla con una especial devoción, porque también las monjas del Hospital de Afuera harían la novena a la santa Patrona de Villalobos, y porque sabía que a la mañana siguiente ya le sería posible amar al Señor igual que por las tardes.

El señor juez de Villalobos abría y cerraba los ojos sin entender del todo la situación. Aquello era inaudito. Haber movilizado a las primeras autoridades de la Provincia, haber tenido en vilo a personajes respetables, a los que sin duda no les sobraba demasiado tiempo, para oír las monsergas testamentarias de una estúpida vieja que legaba lo mejor de sus posesiones a un hospital que ni siquiera era hospital, sino asilo de niños; parte de sus campos al Municipio, y una serie de mandas para misas, sostenimiento de escuelas y otras menudencias parroquiales.

Claro que el señor juez de Villalobos era ante todo persona de orden y por lo tanto

adicta a la doctrina de la Iglesia que predicaba el señor párroco, pero no dejaba de reconocer que era algo asombroso ver a todos aquellos personajes con el mismo gesto de desengaño y de estupor, en torno al notario que lentamente iba dando lectura a aquella atrocidad en una habitación lo más alejada posible del saloncito donde estaba la pobrecita doña Paula, para vencer los últimos escrúpulos que aquella falta de respecto podía clavar en conciencias tan transparentes como la del señor juez de Villalobos.

La sacristana se prometía volver al altar de las ánimas en cuanto terminara aquella baraúnda abominable de la novena. Porque le parecía que algunas ánimas seguían sonriendo, y aquello ya picaba en historia y hasta era posible que tuviese que dar parte de ello al señor cura.

Pero hasta que la novena terminara, era imposible llegar hasta el altar de las ánimas y contemplar la milagrosa sonrisa. Porque las niñas de la señorita Benigna se habían instalado allí, delante de Nuestra Señora del Carmen y hacían difícil distinguir con claridad si era sonrisa o si era un gesto de dolor lo que había en aquellos rostros.

Al cura de Villalobos la prisa por terminar toda aquella ceremonia aburrida y casi sacrílega no le borró la cara de pascua que puso en cuanto empezó a escuchar, del principio al fin, las devotas manifestaciones de adhesión a la fe romana y católica que hacía doña Paula en aquel escrito, que con voz lúgubre y solemne iba leyendo el notario.

Pero mucho más le hizo abrir la boca todo lo que seguía. El recuerdo que le dedicaba a él, a don Jenaro, que era él mismo, indudablemente, el cura párroco de Villalobos. Y se relamía ya con la buena noticia que a la mañana siguiente, de madrugada, llevaría a las monjas del Hospital de Afuera.

Claro que después empezarían los trámites y los dimes y diretes, y todo sería largo. Pero al fin llegaría el momento en que las monjas de Villalobos tuvieran un edificio saludable, amplio y bonito que diese envidia a todos los pueblos de alrededor que no eran Villalobos.

Pero cuando el cura tuvo que contener a duras penas una verdadera carcajada de alborozo, porque aquello era ya bañarse en pura agua de rosas, fué cuando escuchó las condiciones que la pobrecita doña Paula ponía al señor alcalde para entrar en posesión del grano que le dejaba a su Municipio.

Vio a don Simplicio abrir y cerrar la boca, ponerse colorado, volver a palidecer y tornar a encenderse como una amapola. Después se dio cuenta de que el alcalde le miraba con malos ojos y resoplaba vibrantemente, como un rinoceronte acorralado. Y el cura de Villalobos tuvo que evitar la sonrisa con un guiño de ojos que al alcalde le

hubiera parecido más ofensivo, de haberlo notado.

—Verás qué sorpresa, Cinda.

—¿De veras, Tonio? ¿De veras que esta vez se lo dirás?

—Esta misma noche, Cinda. Y después, a tus padres. Con trabajo o sin trabajo, nos casamos el mes que viene.

—¡Qué alegría! Yo ya casi me conformaba...

—¡Qué tonta eres, Cinda! ¿Creías que yo te iba a hacer esa guarrada?

A la Cinda le alegraba sobre todo que el Tonio volviera a la Parroquia después de todo lo ocurrido, y que aquella misma noche se lo dijera al señor cura. Y le alegraba también, mucho más, el que dentro de un mes podría recoger a su hijo del Hospital de Afuera, y ocuparse de él como una buena madre. Casi le daban ganas de llorar, pero no lo hizo porque sabía que a los hombres les avergüenza que se llore cuando ellos hacen algo bueno.

Ahora que lo más gordo había pasado, al cura de Villalobos le picaba la impaciencia, porque a las siete debía estar en la Parroquia y empezar la novena de Santa Olegaria. Dentro de poco sonaría el cohete que el sacristán quemaba todos los años desde la torre, y él todavía estaba en la alquería, que ya era casi de las monjas, escuchando la voz temblorosa del notario, y viendo los gestos de asombro del secretario del gobernador.

La muchacha de la honestidad a toda prueba había hecho un sitio en el banco para la señora del juez, que de ninguna manera quería ponerse al lado de la boticaria.

La muchacha de la honestidad a toda prueba parecía querer devorar el altar mayor de la Parroquia, donde habían puesto a un lado, entre unas docenas de velas que empezaba a encender el monaguillo, la imagen de Santa Olegaria.

La muchacha de la honestidad a toda prueba, mientras devoraba el altar con los ojos, iba haciendo tiempo pasando y repasando una y tres veces las cuentas de su rosario.

Don Onésimo se sintió mal cuando despertó de su interminable siesta. El vientre le dio un tirón al tratar de incorporarse y tuvo que renunciar a pisar el suelo por aquella tarde.

Este hecho no le desconsoló bastante, porque se sentía satisfecho en la cama, pero no dejó de pensar que indudablemente habrían ocurrido cosas dignas de saberse en Villalobos durante tantas horas.

Dio una vuelta más sobre las sábanas y cerró los ojos, procurando desviar la

atención del dolorcillo que le rondaba en el abdomen. Al poco tiempo dejó de sentirlo y se sentía como las propias rosas. Unos minutos después, el barbero de Villalobos dejó de notarse a sí mismo.

El sol iba abandonando lentamente las calles de Villalobos cuando el cartero salió de la taberna del Tuerto, para darse una vueltecita por la oficina de Correos, no fuera a ser que hubiera alguna novedad.

No es que hubiese bebido más de lo corriente a aquellas horas, pero el cartero de Villalobos se movía de un lado a otro con un ritmo tan simétrico, como cuando barría la plaza del Ayuntamiento.

A la mujer del juez le temblaba aún la mantilla cuando se arrodilló en el sitio que le había hecho en su banco la muchacha de la honestidad a toda prueba. No le parecía bien guardar rencor a nadie cuando estaba a punto de empezar la novena de la Patrona, pero tampoco podía dejar de lanzar miradas fulminantes hacia el lugar donde se hallaba arrodillada la boticaria, cerca de las niñas de la señorita Benigna.

En el coche de las autoridades provinciales viajaba un silencio sepulcral, como si allí llevaran el mismísimo cadáver de la pobrecita doña Paula.

Nadie se atrevía a mirar a su vecino, y sólo el señor párroco, forzando un poco la voz, había sugerido, al salir de la alquería, que tal vez le urgiera llegar cuanto antes a la Parroquia.

Don Jenaro había dado a la Sinfo y a la Gumer las órdenes oportunas para que lo tuvieran todo dispuesto a la mañana siguiente para la traslación al cementerio. Esto había provocado una riada de lágrimas en la Gumer y unos sollocitos con mezcla de hipo en la Sinfo. Pero a don Jenaro le parecía que tenía otra cosa en que pensar para ponerse ahora a consolar a estas dos viejas que velaban aún, como dos lebreles, el cuerpo de la pobrecita doña Paula.

—Si es necesario, nos iremos del pueblo.

—¿Irnos del pueblo, Tonio?

—Sí, mujer; para buscar trabajo donde sea. No nos ha de faltar. Precisamente en Villaelices...

—¡En Villaelices! ¿Por qué se te ha antojao ese pueblo asqueroso que no puede ver a los de Villalobos?

—Tonterías, mujer. Eso lo dicen con la boca chica, que cuando se trata de

sacarnos los sudores, bien que nos buscan. Iremos allí o a otro sitio y tendremos trabajo; ya verás cómo trabajo no nos falta hasta hartarnos. Y podremos llevarnos al crío y vivir felices donde sea, que pa eso no se necesita mucho, ¡rediez!

Antonio y Cinda querían llegar pronto a la Parroquia para hablarle a don Jenaro de lo que habían decidido con respecto al casorio. Por eso apretaron el paso en cuanto oyeron el segundo toque de las campanas.

Cuando reventó el cohete del sacristán, el Tuerto acababa de salir a la calle, en la puerta de su establecimiento, para tomar el fresco con sus amigos, porque había hecho demasiado calor aquella tarde.

Todas las tardes de junio hace calor en Villalobos. Y es un calor idéntico al que hace todas las tardes de julio y agosto. Por eso el Tuerto sale cada vez que empieza a bajar el sol sobre Villalobos, mientras se ensancha el crepúsculo, a la tertulia de sus parroquianos en la entrada de la taberna.

—Ya espabilaron el cohete.

—Un año más, don Nando.

—Pues sírvenos un vaso, que yo pago en honor de la Patrona.

Y entró el Tuerto, ya que aquella ronda la pagaba don Nando en honor de la Patrona. La mujer de la boca torcida había empezado ya tres veces el padrenuestro por el alma de la pobrecita doña Paula, pero la primera vez la habían distraído las niñas de la señorita Benigna con sus risas y cuchicheos; la segunda, el estampido del cohete que anunciaba el comienzo oficial de la novena; y la tercera, el monaguillo, que no acertaba a encender las velas más altas en torno a Santa Olegaria, y que ya la estaba poniendo nerviosa con tanto agitar de un lado a otro el enciendevelas, con peligro de dos floreros llenos de flores blancas y color morado.

La mujer de la boca torcida se hubiera levantado para sacudir al monaguillo, y hasta es posible que le hubiera llamado hijo de mala madre (puesto que lo era y había estado muchos años en el Hospital de Afuera), y le hubiese arrebatado de un tirón el enciendevelas. Pero reflexionó que todo aquello era más incómodo que rezar por el alma de la pobrecita doña Paula, y cerró los ojos con fuerza, arrugando mucho los párpados, mientras decía por cuarta vez:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

El coche oficial se detuvo a la entrada del pueblo, para que descendieran el alcalde, el párroco y el señor juez de Villalobos. El secretario del gobernador no deseaba pasar más tiempo en el pueblo y el coche siguió por la carretera, levantando una nube de polvo, contra la que se estrellaban los rayos del sol decadente en la tarde cálida y azul.

El señor alcalde, el párroco y el juez, avanzaron juntos sin decir palabra entre sí. Fué el estallido del cohete lanzado desde la torre de la iglesia lo que les hizo apresurar el paso. El cura estaba disgustado, porque aquel año llegaba tarde por primera vez a la novena, y apenas tenía pensado lo que iba a decir a sus feligreses en el primer sermón dedicado a Santa Olegaria.

¿Qué virtud de la Patrona comentaría, si ni siquiera se acordaba de si la Patrona de Villalobos había sentido especial predilección por una virtud? Aquel día en el pueblo se había chismorreado mucho, había habido hasta un intento de apedrear el coche de unos indefensos forasteros; la gente se había soliviantado y habían menudeado los cachetes y tirones entre las mujeres, por causas oscuras y desconocidas. Esto daba que pensar al párroco; y además tenía que preocuparse de prepararlo todo para el entierro del día siguiente, el funeral, al que ya no asistiría el gobernador; y de dar la noticia a las monjas.

Todo ello requería un madrugón extraordinario. Y la perspectiva de este acontecimiento era una verdadera sombra en aquel atardecer soleado y tranquilo de Villalobos.

El señor párroco apretó aún más el paso cuando se acercaron al Ayuntamiento.

Pero en ese momento, en que de un tirón pensaba presentarse en la iglesia, se dio cuenta por primera vez de que el señor alcalde le estaba diciendo algo, y se volvió a él sorprendido.

—Espéreme aquí, señor cura. Voy a una diligencia y estoy aquí en seguida.

Y sin dar tiempo a más réplica desapareció por el portalón municipal.

Al cura de Villalobos le extrañó esta actitud inesperada del alcalde, pero no quiso manifestar sus impresiones al juez, que le miraba aún con un poco de suspicacia por todas las cosas ocurridas en tan poco tiempo.

El cura de Villalobos pensó que el señor juez no podía mirarle de aquella manera a causa de que él esperara también algo de la herencia de la pobrecita doña Paula, ya que ni él pertenecía a Villalobos, ni había tenido relaciones de ningún género con la difunta.

Y sacó la conclusión de que el gesto del señor juez se debía a la vergüenza más que a la envidia o a otro pecado capital.

Que el cohete de la Parroquia estallara a las siete menos cinco minutos puntualmente no era nada extraordinario para los dientes del Tuerto, que estaban tomando la fresca en la puerta de la taberna. Lo que sí lo fué era que al poco tiempo pasaran como almas que lleva el diablo, en un grupo silencioso, el alcalde, el cura y el juez.

Con un mismo gesto se levantaron el secretario del Ayuntamiento, el mozo de Teléfonos, don Nando y el tabernero, casi automáticamente, uniéndose en marcha detrás del primer grupo, ron el mismo silencio, porque todos pensaban idénticamente

que debía existir algún motivo para aquella vuelta sin el coche oficial, aquella cara larga del juez y aquellas prisas del alcalde.

Pero su asombro fué mayor cuando vieron que ante el Ayuntamiento se detenían todos y que en vez de seguir adelante los dos primeros, esperaban a que don Simplicio entrara en el Ayuntamiento y saliera con la misma velocidad, empuñando ahora, por segunda vez en esta jornada histórica, la vara de mando que le acreditaba como primera autoridad de Villalobos.

En cuanto el secretario vio la vara en manos del alcalde, palideció tanto como el mismísimo juez y se apresuró a dar escolta a su dueño y señor hasta donde él fuera.

Los demás hicieron lo mismo, pero a distancia, sin decir una palabra, mirándose los unos a los otros con el mismo gesto de pasmo inexpresivo, y los mismos movimientos de hombros, que venían a indicar elocuentemente la ignorancia total de lo que estaba ocurriendo.

Si el cartero y barrendero de Villalobos hubiera visto avanzar solo al señor cura, no se habría movido de su silla, a la puerta de la oficina de Correos, porque a él no le interesaban desde hacía muchísimo tiempo las cosas de iglesia.

Pero era muy distinto que con el cura viniese también el alcalde, y a un paso de distancia el secretario y el juez, y más atrás el Tuerto con sus mejores clientes.

Todo esto excitó en el cartero y barrendero municipal las glándulas de la curiosidad, y tan automáticamente como los de la taberna, se echó a andar detrás de todos, sin preguntar nada, porque comprendió que nadie le hubiera contestado una palabra.

Era lógico que cuando entrara en la iglesia un hombre como el Antonio, que desde «aquello» no había pisado tierra sagrada, estremeciera las cabezas de todas las mujeres un movimiento giratorio de un lado a otro, e inmediatamente todos los labios se pusieran a elaborar sordos cuchicheos incomprensibles.

Y era más lógico todavía que la mujer de la boca torcida sintiera un violento retorrijón en sus entrañas al ver a la Cinda y al Antonio acercarse con aquel descaro al altar, saludar con media genuflexión, como quien hace un garabato, y meterse en la sacristía como si fuesen los amos y señores de aquel lugar reservado a las personas decentes que nunca habían tenido hijos fuera de lo que manda Dios.

A la mujer de la boca torcida le daban ganas de levantarse y sacar a rastras a aquella mujer.

Y casi lo hubiera hecho si en aquel instante no entrara el señor cura, seguido de personas que provocaron un nuevo movimiento giratorio de todas las cabezas.

La mujer de la boca torcida se contentó con murmurar por lo bajo, con un gesto

de desolación que expresaba todo el terror primitivo causado en su alma por aquella profanación:

—¡Qué frescura!

Y ni ella misma sabría decir si esa exclamación se refería a la Cinda, o al alcalde, el secretario, el tabernero, el maestro y el mismísimo cartero de Villalobos, que entraban en aquel momento por la puerta principal del templo.

Al tabernero, al secretario y al maestro les provocó la misma sensación de vacío en el estómago lo que en aquel momento ocurría ante sus narices.

¿Debían seguir al alcalde hasta dentro mismo de la iglesia?

Porque era evidente que la autoridad municipal, con su vara y todo, estaba dispuesta a presidir la novena.

Don Nando miró al secretario. El secretario miró al Tuerto. El Tuerto al cartero. El cartero, al mozo de Teléfonos, y este ya no tuvo a quien mirar, porque el juez se había escabullido y nadie sabía dónde paraba.

Todos volvieron a mover los hombros. Todos esperaron a que alguien diera el primer paso. Y todos lo dieron al mismo tiempo en cuanto el señor alcalde atravesó el umbral de la puerta, detrás del cura de Villalobos.

El alcalde llevaba la cara muy alta, casi tanto como la vara de su autoridad. Porque estaba dispuesto a convencer a sus convecinos de que él cumpliría por encima de todo las condiciones expresadas en el testamento de doña Paula, para poder entrar en posesión del grano que se le asignaba cada año al Municipio.

Al cura no le era necesario que le dijeran todo lo que iba pensando el alcalde. Pero le pareció una buena prueba para don Simplicio el que todas aquellas caras asombradas de viejas y jóvenes se volvieran hacia ellos al entrar todos al mismo tiempo en la iglesia.

Porque en todas aquellas caras, arrugadas o frescas, había la misma sombra de pánico, como si el caballo de Atila o el capitán Villeneuve o una legión de demonios hubiera hecho irrupción en el templo.

Y al cura le pareció muy oportuno que para amenizar aquel momento, el órgano del coro lanzara inesperadamente lo mejor de su trompetería por encima de aquellas cabezas que seguían desde los bancos con un movimiento circular acompasado el paso de la extraordinaria comitiva.

Cuando las monjas del Hospital de Afuera terminaron la novena a Santa Olegaria, el capellán del convento comenzó su plática que acostumbraba a dar tres veces por semana.

El capellán dijo a las monjas que debían dar gracias al Señor por vivir en unos

tiempos en que la Gracia parecía andar desatada por esos campos y esas ciudades, a pesar de toda la contra que le hacían el mundo, el diablo y la carne. El que ellas estuvieran allí, al cuidado de esos niños hechos por Dios a despecho de todos los enemigos del alma, era un testimonio suficiente de aquello que había dicho San Pablo hacía muchos siglos: que donde había abundado el pecado, sobreabundaba la Gracia.

El capellán dijo a las monjas que debían estar ansiosas de hallar motivos de merecer esa Gracia que andaba desatada por campos y ciudades, y que el calor de junio, lo mismo que las moscas, igual que la dificultad de los niños para aprender el oficio del acusativo o del dativo, o la mortificación que suponía tomar cada mañana un desayuno en cuya leche había exceso de agua, todo eso debía alegrarlas porque las ayudaba a servir al Señor y a merecer su Gracia.

El capellán explicó a las monjas que la Gracia era más hermosa que un hábito limpio y que una toca bien almidonada. Y que si los ángeles pudieran envidiar las tocas y los hábitos de las monjas, sería no por la dosis de almidón que estas llevaran, sino por la mortificación que suponía llevarlas en el mes de junio en un pueblo como Villalobos. El órgano seguía gruñendo por encima de todas las cabezas cuando la comitiva que seguía al cura y al alcalde llegó delante del presbiterio. Entonces don Jenaro señaló los bancos vacíos que había en las primeras filas, para que se acomodaran el secretario, el Tuerto, el empleado de Teléfonos, y también algunos clientes de la taberna y el mismísimo don Nando, que miraba a un lado y a otro despavorido.

(El cartero, con una ingeniosa maniobra sesgada, se había quedado junto a la pila del agua bendita, en la puerta, porque a él nunca le había interesado sentarse cerca del presbiterio.)

El alcalde subió a un asiento que había al lado del Evangelio y apoyó su vara junto al respaldo de la silla. Después permaneció de pie, porque no le parecía oportuno que la primera autoridad de Villalobos adoptara exactamente la misma postura que todos sus súbditos.

El juez de Villalobos se echó sudando frío en una butaca de su despacho y se limpió la frente con un pañuelo. No quedaba más que hacer, después de todo su fracaso. Pediría el traslado a otro lugar. Al fin y al cabo, este clima duro de Villalobos nunca le había sentado bien. No es que se diera cuenta ahora de ello, pero la verdad es que ahora se le hacía insoportable. En otro sitio le iría mejor, indudablemente. Sobre todo después que el alcalde y el párroco se enteraran de cuál había sido la realidad de su actuación en el asunto del testamento.

¡En qué estarían pensando los testigos y el notario cuando la maldita vieja determinó cosas tan absurdas! ¡Dejárselo todo a esos pordioseros de Villalobos, en manos de unos cualesquiera, de gentes que no sabían producir, que no podrían sacar

el fruto a aquellos bienes incalculables, como lo hubiera sacado cualquier empresa, cualquier sociedad, el Estado mismo!

Y ahora todo, todo, menos lo que de derecho correspondía al erario público, todo en manos de unas monjas, de un municipio y de un párroco. Era absurdo. Algo que no hubiese ocurrido en Escalona, indudablemente.

El señor Juez de Villalobos volvió a enjugarse el sudor frío de la frente cuando pensó en Escalona. Se relamió felinamente al meditar en una vuelta a aquel paraíso perdido. Peto de pronto recordó que lo más urgente por el momento era localizar al mozo de Teléfonos, que era el único testigo de su conversación con el señor gobernador.

Nadie podía saber si lo que halagaba al señor cura era la presencia de tantos peces gordos, la promesa del testamento o los raudales que fluían del órgano y que empezaban a metamorfosearse en las voces disparatadas del pequeño coro de doña Rosalía.

Pero lo cierto fué que su sonrisa paternal se cortó en flor cuando entró en la sacristía y se encontró de manos a boca con el Antonio y la Cinda.

—¡Cómo! —gritó encolerizándose rápidamente—. ¿Qué haces aquí tú?

El cura de Villalobos se encaraba con Antonio procurando adoptar su más impresionante gesto de energúmeno.

—Queremos hablar con usted... Poro don Jenaro no tenía tiempo de escuchar a Tonio, mientras se encaraba con Lucinda.

—Y tú, ¿a qué vienes con este?

—¡Señor cura! —sollozó la aludida.

—¡Qué señor cura ni qué Cristo! ¿No te tenía prohibido que te presentaras a mí hasta que...?

—Déjenos hablar, don Jenaro.

—¡Calla, calla, so pedazo de...! Déjame revestir, que ya es hora de empezar. ¡Eh, tú! ¿Dónde pusiste la capa pluvial?

El sacristán estaba amoscado, porque sabía que el encuentro con el Tonio no iba a ser del gusto del señor cura, y en fin de cuentas él lo pagaría todo, como siempre ocurría. Así que ahora hizo un gesto a la Cinda para que se fueran, pero no pudo evitar que Antonio avanzara hacia el párroco y le dijera casi a voz en grito:

—¡Queremos casarnos!

Cuando oyó esto el párroco se volvió colorado con un indescriptible gesto de sorpresa que sólo podría compararse al que debió poner mientras escuchaba la parte del testamento de la vieja que se refería a la Parroquia y a las mandas para la misma.

—¡Vaya! —el señor cura se volvió a la Cinda—. ¿Ya lo saben tus padres?

Cinda bajó los ojos.

—Aún no —continuó Antonio—, pero lo sabrán esta noche.

—Entonces dímelo mañana —gruñó el cura.

—Es que nos casaremos aunque ellos no quieran.

—No seas bruto, Tonio. Que ya hiciste muchas de las tuyas desde que saliste del catecismo de la Parroquia.

—No es ser bruto, señor cura. No es ser bruto querer que nos casemos. Al cura se le almibaró un poco la mirada y por primera vez pensó que sería mejor hacer esperar un poco al alcalde, al Tuerto y a don Nando, para que por una vez que pisaban la iglesia se estuvieran un buen rato en ella.

Y sintió un extraordinario alborozo interior, como un cosquilleo, a causa de lo que podía decir ya.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Hace tres años que lo estamos pensando.

—Entonces, ¿por qué no te casaste cuando lo del niño?

—Déjelo, señor cura. Aquello es agua pasada.

—Sí, pero el crío ahí está esperando en las monjas. Por cierto que os lo lleváis ahora que empezará a estar bien.

Cinda arqueó las cejas.

—Nos lo llevaremos pase lo que pase —contestó Antonio—; estoy dispuesto a marcharme a otro sitio para encontrar trabajo.

—¿Por qué? —indagó el cura, relamiéndose cada vez con más fruición.

—Porque los nuevos dueños de la alquería no me querrán allá.

—Eh, eh, despacio. ¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie, pero ya verá como es así, porque en el pueblo se ha hablado mucho de nosotros y siempre para mal. Ya le he dicho a la Cinda: nos vamos de por todo esto. Trabajo no ha de faltar.

—Si no fueras tan pedazo de alcornoque, no hablarías tanto antes de tiempo.

La Cinda volvió a arquear las cejas, y deseaba que Antonio dejara hablar al cura.

—La alquería cambia de dueño, es verdad; y pasa al Hospital de Afuera, para que las monjas pongan allí su colegio, para todos los niños de la comarca. —Las cejas de Cinda llegaron al máximo de su curva mientras hablaba el cura. Tonio le oía atónito sin saber qué decir—. Y además doña Paula ordena que los nuevos dueños de la alquería conserven y mejoren a todo el personal que trabajaba allí. Ya lo sabes, Tonio.

Lo que Tonio no sabía era qué responder mientras el señor párroco se iba vistiendo el roquete y el sacristán mantenía a pulso la pesada capa pluvial de las grandes solemnidades.

Cuando estuvo vestido, entraron algunos chavales con sotanas rojas, porque Santa Olegaria había sido una mártir, y pequeños roquetes blancos, porque todos los santos del cielo habían blanqueado sus almas en la Sangre del Cordero. Y formada así la comitiva, el señor párroco indicó a la Cinda y al Tonio que pasaran delante, según su

categoría de simples fieles, y que se sentaran en los primeros bancos: Antonio al lado del Evangelio, y Cinda al lado de la Epístola, porque el apóstol San Pablo había ordenado que las mujeres callaran en la iglesia.

Al alcalde no se le ocurría de qué modo discreto se podía manifestar la impaciencia en el templo, y no hacía más que mirar a los bancos de los fieles, al lugar donde gruñía el órgano y donde las tiples de doña Rosalía gritaban a Santa Olegaria que se acordara de Villalobos, puesto que todos sus vecinos la habían aclamado siempre como celestial Patraña.

A la mujer de la boca torcida no le parecía nada bien que una mujer como Cinda tomara asiento en los primeros bancos del lado de la Epístola, y así se lo hizo sentir con un codazo y una rápida mirada a la boticaria; porque aunque la mujer de la boca torcida no sabía el precepto de San Pablo referente a la locuacidad femenina en la iglesia, conocía que con el estrépito del órgano y del coro de doña Rosalía, aquella era la manera más cómoda de expresar sentimientos en el templo.

Después reanudó su vigésimo padrenuestro por el alma de la pobrecita doña Paula, a la que no podía olvidar mientras durase aquel día.

La muchacha de la honestidad a toda prueba estaba en sus glorias oyendo al coro de doña Rosalía repetir a Santa Olegaria que se acordara de todos y cada uno de los vecinos de Villalobos, puesto que ellos la habían aclamado siempre como celestial Patrona. Le pareció muy acertada la letra de las estrofas y cantó con todo el pueblo la parte que correspondía al coro:

*Pues tus hijos te aclaman patrona,
santa mártir de Dios, Olegaria,
no deseches la humilde plegaria
de este pueblo que a ti te corona.*

Y después, la muchacha de la honestidad a toda prueba volvió a ponerse de rodillas, porque el señor párroco estaba empezando la novena.

Las niñas de la señorita Benigna sentían una especial predilección por una pequeña imagen de San Antonio que estaba sobre su peana al lado del grupo que formaba la escuela.

Miraban al santo y se guiñaban los ojos, haciendo ruborizar a la maestra, porque más de una vez la boticaria se había vuelto hacia allí con un gesto de escándalo.

Un grupo de niñas menores de diez años la había emprendido con el confesonario del señor cura. Se arrodillaban y se ponían de pie en el lugar en que se confiesan las

mujeres; metían las narices por donde se confiesan los hombres, lo tocaban todo, lo fisgoneaban todo, y no cesaban de cuchichear sus impresiones infantiles sobre aquel tremendo bastión de la lucha contra el mundo, el demonio y la carne.

El capellán del Hospital de Afuera decía a las monjas que debían seguir esperando en Dios, puesto que Él se había portado tan caballerosamente hasta ahora con ellas, y que no debían sufrir desilusión alguna porque el gobernador no hubiera venido a visitar el establecimiento, porque al fin y al cabo tenían al Señor en la capilla y las visitaba todos los días sin necesidad de que ellas barrieran los pasillos como lo habían hecho aquella tarde.

También les dijo que el Señor debía estar muy satisfecho de ellas, pues él sabía la preocupación que muchas monjas tenían con respecto al amor del Señor, que parecía enfriarse a ciertas horas y en ciertas clases, y esto no podía menos que agradar al Señor.

Sor Micaela se ruborizó al escuchar estas cosas, porque conocía que el capellán estaba hablando para ella. Aunque es posible que si su modestia y compostura en la iglesia le hubiese permitido mirar en derredor, hubiera notado el mismo rubor suyo en muchas mejillas escondidas detrás de las tocas almidonadas.

Cuando don Jenaro terminó de rezar la novena, el coro arremetió una vez, más con el himno de la Patrona, y de nuevo todas las mujeres, incluso la muchacha de la honestidad a toda prueba, volvieron a vocear la parte correspondiente al pueblo, mientras el cura subía al público sin la capa pluvial:

*Pues tus hijos te aclaman patrona,
santa mártir de Dios, Olegaria...*

El señor juez soñaba ya descaradamente con Escalona, sentado frente a la ventana, más allá de la cual el ocaso se esparcía rápidamente por todo el cielo circundante.

(A estas horas la sombra en las calles de Villalobos era azulada y violácea y en el espacio sangraba la agonía del sol por encima de los tejados.

Los gatos rubios, los gatos grises y los gatos negros de Villalobos se agrupaban en caricias de bigotes, de colas y de lomos.

Encima del campanario, una estrella precoz analizaba el silencio lejano de cara a la meseta. Villalobos, a estas horas de la luz indecisa, debió parecer a los ojos del astro un holocausto singular a la muerte del día. El juez se apartó de la ventana y dio varias vueltas por el despacho. La obsesión de Escalona le perseguía aún, después

que la pasada tormenta rugía ya muy lejos, cerca de la estrella que se había subido al campanario.)

El señor cura de Villalobos consideró que la idea de referirse a todos aquellos ateazos que habían venido a la novena no era inspiración del Espíritu Santo; y prefirió pensar, mientras subía al púlpito, en el efecto que debía hacer el cardenal de Boston tirándose en traje de baño a una piscina pública, entre todos aquellos herejotes de Norteamérica.

Pero le pareció muy oportuno, una vez en el púlpito, anunciar que aunque la fiesta estaba dedicada a Santa Olegaria, no estaría de más hablar del infierno, porque si Santa Olegaria era lo que hoy era, se debía a haberse librado de ir allí, a donde irían a parar muchos de los que le escuchaban, si no aguzaban bien las orejas para oír lo que él iba a decirles.

Al cura de Villalobos le causaba siempre un especial bienestar ese movimiento de todas las cabezas hacia él cuando pronunciaba las primeras palabras de sus sermones.

Al cartero y barrendero municipal le dio un vuelco el corazón en cuanto oyó nombrar al infierno. Se alegró de haberse quedado allí, al fondo de la iglesia, junto a la pila del agua bendita, y de no haber avanzado hasta donde estaban los demás que habían entrado por curiosidad de saber qué haría el señor alcalde con su vara en la iglesia. El cartero y barrendero municipal no había oído demasiadas veces hablar del infierno, pero sabía por referencias de don Nando que los curas ensartaban disparate tras disparate en cuanto se referían a este tema. Ahora, el cartero de Villalobos se imaginó a don Nando y al Tuerto, colorados, oyendo las barbaridades que hacían los demonios con las almas de los borrachos, los incrédulos, los holgazanes. Y se alegró de no estar en los primeros bancos, pues también él empezaba a ponerse colorado.

El crepúsculo se ensanchaba y se encogía delante de la ventana del señor juez. Ahora todas las cosas tenían un color anaranjado vivo, y las casas de enfrente, con sus colgaduras de fiesta, parecían recién doradas por una acariciante mano invisible.

Pero al señor juez de Villalobos le parecía que estos crepúsculos anaranjados no podían compararse con los de Escalona, donde el sol pintaba las cosas con colores más variados y vivos.

Y cuando la luz fué decayendo en la calle, el juez encendió la de su casa, pensando que aquel espectáculo había durado muy poco tiempo, y que los crepúsculos en Escalona eran más largos y más interesantes.

La sacristana estaba convencida de que las ánimas del altar del Carmen debían sonreír aún mientras el señor cura hablaba sobre las atroces penas de que ellas se habían librado. Y se prometió volver a visitarlas en cuanto la gente saliera del templo. A la Sinfo la animaba aquello de las velas encendidas en torno al cuerpo de la pobrecita doña Paula. Había sido una brillante idea de la Gumer, y ahora le hacía la impresión de que la cara arrugada y blanca que yacía allí, en medio de las flores y de las llamitas trémulas, estaba más sonriente y más tranquila.

Algunos campesinos seguían velando delante del cadáver de doña Paula, y la Sinfo conocía que eso ocurriría así toda la noche.

La Gumer se levantó para enderezar una vela torcida que echaba su cera líquida sobre el suelo, formando una caprichosa figura blancuzca y grotesca.

La luz de las llamitas trémulas chisporroteó con un quejido inaudible y volvió a levantarse por las paredes entre una caricia de sombras.

Fuera, la luz del día se había hecho violácea y moribunda. Los trigales enviaban un susurro de condolencia desde todos los horizontes de la alquería y los pájaros habían dejado de cantar en los árboles cercanos.

Después, la última luz de fuera se apagó, y la de las velas adquirió más brillo, consciente de su importancia en la sombra total que lo llenaba todo.

Al Tuerto le interesaba el sermón del infierno por lo mucho que se hablaba en él de los borrachos y de las tabernas. Opinó que aquel lugar no debía ser tan terrible, porque había personas alegres como las que él había conocido en su establecimiento. Pero era una lástima que el señor curase olvidara de hablar de los franceses, que estaban matando tanta gente en Madagascar.

El Tuerto opinaba que entre los franceses también debía de haber borrachos, puesto que todos los soldados del mundo bebían. Y también habría ladrones y violadores, porque todos los soldados violan y roban al entrar en las ciudades.

El Tuerto se preguntaba si no sería pecado violar y robar en las ciudades de Madagascar, porque estando aquello tan lejos de Villalobos como decía don Nando, es posible que allí no rigiera la misma ley que en su pueblo.

De todas maneras, el Tuerto creía que el sermón del infierno era interesante, porque en él se hablaba de pecados de los que no se podía hablar en la mesa porque las mujeres se escandalizaban.

A la muchacha de la honestidad a toda prueba se le iban y venían los colores cada vez que el señor párroco aullaba contra los jóvenes que bailaban en la plaza y contra las muchachas que se levantaban las faldas para arrastrar a los hombres al infierno.

La muchacha de la honestidad a toda prueba estaba segura de que aquello nunca había ocurrido en Villalobos, pero también le constaba que cuando el cura decía estas cosas tendría su razón para decirlas, aunque estaba segura de que ninguna de las mujeres que había en la iglesia, ni las niñas de la señorita Benigna, ni la esposa del juez, se habían levantado las faldas de aquel modo para llevar a los hombres al infierno.

El cartero y barrendero de Villalobos estuvo a punto de salirse de la iglesia mientras el cura hablaba de las tabernas y de los borrachos; pero juzgó que sería interesante seguir oyendo lo que decía sobre los hombres que pecaban con las mujeres y se acostaban con ellas, porque el cura de Villalobos hablaba con claridad y llamaba al pan, pan, y al vino, vino. Lo cual, en opinión del cartero y barrendero municipal, no dejaba de ser una cosa estimulante y digna de oírse entera.

La boticaria se preguntaba si Santa Olegaria habría hecho todas aquellas atrocidades antes de ser santa, y si habría esperado a los hombres por las noches en las esquinas para conducirlos a su perdición.

A la boticaria le parecía muy difícil poder repetir todo aquello a don Rosendo, después, por la noche, con las mismas palabras del cura.

El alcalde se sentía satisfecho, porque hasta entonces el señor párroco se había metido con las mujeres y con los hombres, pero no con los alcaldes.

Miraba a un lado y a otro siempre que el cura vociferaba contra el robo, la borrachera y la lujuria, porque sabía que ninguno de estos era pecado de alcalde, sino a lo más de maestros de escuela, de taberneros y de jueces.

Y le parecía muy bien que el cura párroco se aliara con la autoridad municipal para terminar con aquellas maldades en Villalobos.

Especialmente le había gustado lo que dijo el predicador, con una voz terrible y bronca, de que el vicio era como una hidra de siete cabezas, que cuando no mordía con una, despedazaba con la otra, pero que siempre estaba alimentándose de la carroña de los hombres.

También le pareció que los alcaldes no tenían carroña, pues los había elegido el señor gobernador, y el señor gobernador debía saber lo que elegía.

A la mujer de la boca torcida le hubiera gustado levantarse para mirar la cara de la Cinda cuando el cura hablaba de las mujeres malas que cambiaban su carne por la

condenación de los hombres.

La mujer de la boca torcida no había entendido bien lo que el cura decía de que esas mujeres eran como los bancos y las cajas de ahorro del infierno, en las que los hombres han acumulado todo su capital de pecados y de condenación.

No lo entendió bien, porque la mujer de la boca torcida estaba empeñada entonces en estirar el pescuezo para ver el efecto que las palabras tonantes del cura producían en la Cinda y en otras mujeres, y porque aquello de los bancos no iba para ella, que no tenía ni ahorros ni carne.

El capellán del Hospital de Afuera decía a las monjas que ellas hacían las cosas mejor que los mismos apóstoles antes de la Venida del Espíritu Santo, pues los apóstoles antes de Pentecostés habían alejado a los niños del Señor, y ellas ahora llevaban a los niños al Señor. Y esto es lo que más podía agradar a Dios, puesto que Él mismo había dicho que de los niños era el Reino de los Cielos.

Dijo también que lo importante era amar a Dios y que si el amor de los hombres a Dios fuera tan grande como el Amor de Dios a los hombres y a los niños, el infierno dejaría de existir porque ya no tendría razón de ser.

Don Jenaro tronaba desde el púlpito con toda la fuerza de su voz.

Especialmente sudaba ahora que estaba empeñado en demostrar que el infierno no dejaría de existir nunca, porque siempre habría pecados y maldad en los hombres.

A don Jenaro le parecía maravilloso aquel espectáculo de su Parroquia, llena de gente, con todos los ojos vueltos hacia él, en los que se reflejaba, como una luz siniestra y purificadora, todo el fuego del infierno.

Don Jenaro descansó un momento para secarse el sudor del rostro, y mientras lo hacía se confirmó en su certeza de que aquel espectáculo era mil veces más interesante que contemplar a su eminencia de Boston arrojarse desde un trampolín público al agua.

Antonio estaba consternado por todas las cosas que decía el señor cura.

Deseaba mirar a Cinda para sonreír y convencerla de que todo aquello que oía no era tan terrible. Pero no miró a Cinda, por no distraerse del sermón, y porque deseaba que pasara aquel día para poder casarse cuanto antes y sacar al crío del Hospital de Afuera. El señor juez de Villalobos se había adormilado en su sillón mientras el crepúsculo se escondía en el horizonte y la noche comenzaba a desplomarse sobre los tejados del pueblo.

La cal de las paredes de enfrente se hizo azulada y las colgaduras parecían

sombras tremoladas al aire de la tarde.

Pero el juez de Villalobos no veía nada de esto, porque se había adormilado en su sillón.

La señorita Benigna juzgaba que estando sus niñas en la iglesia el señor cura no debía decir ciertas cosas de ciertas mujeres.

La señorita Benigna se había pertrechado en la sombra del confesonario y allí se ponía colorada y pálida a su placer, sin que nadie la importunara con miradas.

El capellán del Hospital de Afuera aseguró a las monjas que muchas veces Dios premiaba en este mundo los desvelos que se tomaban por sus niños, y que no sería nada extraño que ellas empezaran a tener su premio aun antes de subir al cielo.

Pero dijo también que lo principal era amar a Dios y que una monja del Hospital de Afuera debía considerarse suficientemente premiada si conseguía amar a Dios lo mismo por la mañana que por la tarde, y aunque tuviera que repetir veinticinco veces cada día el oficio del acusativo en las oraciones compuestas subordinadas. A sor Micaela le duraban aún los bonitos colores en las mejillas cuando se encerró en su celda para las últimas oraciones.

Después apagó la luz y se acostó contra las sábanas frescas y olorosas a tomillo. Estuvo un buen rato pensando en que Dios ya la había premiado dándole a conocer la manera de amarle por la mañana, puesto que él deseaba que ella amara a los niños.

Se incorporó desvelada, porque acababa de acordarse de que no había rezado por el alma de doña Paula. Juntó sus manos y rezó un padrenuestro y tres avemarías. Volvió a acostarse y se quedó pensando un buen rato en que doña Paula ya habría recibido el premio, pues ella había amado siempre a los niños del Hospital de Afuera.

De pronto tuvo miedo por una tentación de vanidad. Quiso rechazarla y hasta estuvo a punto de incorporarse de nuevo. Se santiguó para alejar la tentación y se dio media vuelta en el lecho con el propósito de dormirse antes de que aquel pensamiento volviera.

Sor Micaela se durmió así, con una sonrisa, porque le parecía una barbaridad lo que se le presentaba en ese pensamiento. En sueños, la misma tentación la seguía a todas partes: era como si doña Paula en persona la llamara para decirle que en adelante las monjas del Hospital de Afuera tendrían la alquería de la difunta para educar en ella a los niños de la comarca.

Cuando la iglesia se quedó vacía, la sacristana corrió al altar de las ánimas, para ver si estas seguían sonriendo después de todo lo que habían oído al señor cura.

Se puso de rodillas delante y miró con miedo. No vio muy bien, porque la luz era escasa. Pero se convenció de que las ánimas sonreían aún, porque la Virgen del Carmen seguía con el brazo extendido hacia ellas.

Al llegar a casa, el señor cura de Villalobos se cambió de ropa y se sentó en la mecedora para descansar después de un sermón tan largo y tan duro.

Don Jenaro estaba contento, porque al fin aquellos incredulazos del tabernero y de don Nando habían oído las cosas claras.

Después recordó que tenía que dar órdenes al sacristán para el funeral del día siguiente, y volvió a bajar a la iglesia.

Allí se enteró de que el Tonio y la Cinda le esperaban para confesarse.

Al cura de Villalobos no le pareció aquella la mejor hora para sentarse a oír atrocidades y sandeces, pero pensó que después de un sermón como aquel, lo menos que podía ocurrir es que se confesaran el Tonio y la Cinda.

Así es que se sentó para escucharles y los espabiló con una penitencia proporcionada a las atrocidades y sandeces que había oído.

La muchacha de la honestidad a toda prueba se entretuvo para oír los comentarios de las mujeres.

A la boticaria le parecía que un sermón así era necesario cada dos semanas en un pueblo como Villalobos, en el que había tanto vicio y tanto borracho. La mujer de la boca torcida opinó que con lo que había dicho el señor cura bastaba para cerrar el Hospital de Afuera, porque en adelante no sería necesario. El edificio podía convertirse en granero de los pobres y en taller para las damas que quisieran hacer ropitas para las misiones.

La señora del juez prefirió no hablar, y se fué a su casa, sin desear las buenas noches a nadie.

La muchacha de la honestidad a toda prueba llegó a su casa un poco más tarde de lo acostumbrado, porque el sermón había sido largo. Lo único que no entendía bien era cómo las mujeres que se levantaban las faldas delante de los hombres podían arrastrar a estos al infierno.

La muchacha de la honestidad a toda prueba bostezó al entrar en su casa, porque era tarde y el sermón había sido muy largo.

Al alcalde de Villalobos le extrañaba que el sermón hubiera gustado a hombres como el Tuerto, contra cuyo establecimiento había dicho tantas cosas el señor cura.

Cuando se sentó a la mesa para cenar, sonrió con socarronería y dijo a su mujer:

—Mañana prepara jamón y mesa para dos más, porque quiero invitar al párroco y al capellán del Hospital de Afuera.

La alcaldesa se quedó mirándolo con cara de sorpresa, y don Simplicio tuvo que explicar a su mujer:

—La Iglesia es muy lista. Muy lista. Ya sabe bien a quién se une y contra quién predica.

Y sin más comentar, con esa frase sibilina rezumándole en el caldo, siguió cenando el señor alcalde de Villalobos. El cura pudo sentarse por fin en la mecedora de la galería. Habíalo ordenado todo con el sacristán para los funerales. Había mandado al ama que le despertara temprano, para avisar a las monjas de lo del testamento. Había absuelto de sus atrocidades al Antonio, y a la Cinda de sus tonterías.

Y ahora reanudaba el rezo del oficio que le había interrumpido el ama aquella mañana con la noticia de la muerte de la vieja.

El cura de Villalobos sonrió con benevolencia por encima de la ventana que daba a la plaza del Ayuntamiento y pensó que el alcalde era un truhán a quien venía muy bien esa condición del testamento de asistir a los actos de la iglesia con la vara de su autoridad.

Volvió a leer los salmos, como lo había hecho por la mañana, y se quedó sonriente con los ojos puestos encima de los versos sagrados.

EPÍLOGO

LA NOCHE

EN LA PLAZA DE VILLALOBOS quedan ya muy pocas luces encendidas. Una es la del cura. Otra la del alcalde. Otra la de la oficina de Correos.

En medio de estas luces hay una oscuridad densa y cálida que se aferra a las cosas con una caricia llena de voluptuosidad.

Las paredes blancas, las colgaduras de la fiesta malograda se han ido desvaneciendo poco a poco en la penumbra niveladora.

Primero se ha apagado la luz del alcalde. Después la de la oficina de Correos. El cartero y barrendero de Villalobos ha atravesado la plaza con paso lento y desgachado. Después se ha metido por una callejuela. Sus pasos llenan al principio todo el silencio:

—Toc, toc, toc...

Después se pierden dentro de la sombra.

El reloj de la parroquia da una hora con voz cascada de puro vieja y monótona. Son las doce y media. A punto de terminar el día, esta jornada que Villalobos ha vivido de cara a la muerte...

La luz del cura ha oscilado. Después se apaga de una vez y todo queda en tinieblas, mientras en la lejanía empieza a levantarse la luna en medio del desierto sin color.

Por encima de los tejados, sobre toda la meseta circundante, hay un confuso rumor de seres que despiertan, de cosas que siguen viviendo cuando todo acaba en el pueblo. El vuelo mudo de los murciélagos traza geometrías invisibles bajo los aleros, y choca con las ventanas entreabiertas de las casas. Para ellos también hay una vida mientras peregrinan hacia la muerte. Pero cuando muera uno de estos pequeños seres de la noche, nadie de los que viven de día en Villalobos les dedicará un recuerdo, ni una oración, ni saldrá a la calle a comunicar la noticia a las vecinas.

Hay un mundo al lado de otro mundo. Junto a Villalobos hay otro espacio lleno de vitalidad que avanza hacia el mismo fin común, en la noche llena de luz blanca. Hay insectos que mueren, y estrellas que perecen tal vez cada minuto. Hay millones de latidos que cesan mientras en Villalobos duermen los buenos ciudadanos, los clientes del Tuerto, las alumnas de la señorita Benigna, el Tonio y la Cinda.

Mientras dura esta paz, hasta que llegue un nuevo día, sólo Dios sabe lo que está fraguando en cada alcoba, en cada corazón, en cada polvo minúsculo.

Ignoramos qué rumor correrá a la mañana siguiente. Si las campanas que toque el hijo de la sacristana serán por alguien que se ha ido, o por alguien que llega.

Habrán niños en el Hospital de Afuera y es posible que lleguen a vivir mejor en la alquería de la pobrecita doña Paula. Pero todo esto pasará también como las banderolas, las colgaduras y la limpieza de la plaza para recibir a un gobernador que a última hora no vino.

Habrán sido todo una especie de comedia, una farsa con la que hemos disfrazado el

acontecimiento más grande del día. La gente habrá huido del pensamiento que deseaba evitar, y el recuerdo de la pobrecita doña Paula habrá cristalizado en la oración de última hora.

Entretanto, muchos pensarán que a Villalobos le ha ido bien. Que lo que interesaba era que muchas cosas quedaran como estaban y que no cambiaran de dueño.

Y no habrán pensado que es la vida, cada día, cada minuto, la que cambia de dueño en Villalobos.

La Coruña, 19 junio-18 septiembre 1954



Francisco José Alcántara (Haro, 14 de febrero de 1922 - La Coruña, 11 de octubre de 1999) fue un escritor, periodista y traductor español.

Durante su juventud residió en Bilbao, donde llegó a dirigir alguna función de teatral y en La Coruña, siendo colaborador de *La Voz de Galicia*. Ingresó en la orden de los Jesuitas y ejerció como misionero en las ciudades de Bogotá y Caracas. Posteriormente, tras abandonar la orden, estudió Humanidades Grecolatinas en Zaragoza y Barcelona al tiempo que ejercía como periodista en el *Heraldo de Aragón*, y en la revista *Atlántida*. Ejerció la docencia en los Maristas de Zaragoza en los años 50/60.

Su novela *La muerte le sienta bien a Villalobos* recibió el Premio Nadal. Escribió otras dos novelas: *Frontera* y *Desenlace*, pero su mayor producción literaria la realizó como traductor.